

EL TESTAMENTO

DE

UN DEMÓCRATA CRISTIANO

ó

LA ÚNICA SOLUCION

AL MAL QUE TRABAJA LA SOCIEDAD ACTUAL.



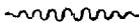
MADRID:

IMPRENTA Á CARGO DE TOMÁS ALONSO,
Isabel la Católica, 21, bajo.

1869.

607158

UN PENSAMIENTO.



I.

Un hombre siente en el fondo de sus entrañas imperioso instinto de entregarse todo y hacer algo en bien de sus semejantes: tiende una mirada, se recoge un momento á meditar; «cuatro días pasamos por la tierra» aquello solamente que tienda á formar el corazon de sus compañeros en esta jornada hasta su término, para vivir dignamente mientras dure, y al llegar no ver perdido su grandioso fin; eso es, solo eso, lo que encuentra que puede llamarse propiamente hacerles bien.

Colocado ya en ese punto de partida, ¿cómo conseguirá mejor su fin? ¿Consagrará su pluma, ó consagrará su lengua para llevar á los hombres ese bien que siente impulso de llevarles en cuanto penda de él?

El mundo ha leído siempre poco de cuanto se refiere á reformar el corazon; porque si rehuye siempre el trabajo que no halaga, mucho más el que repugna.

El mundo no ha estado jamás tan derramado y distraído como en la época presente; nunca, pues, en peores condiciones para fijarse en un libro. Todas las circunstancias y accidentes exteriores de la vida, excluyen hoy del fondo del alma el sosiego, la lentitud y esa apacible expansión que la lectura reclama.

Jamás se vió á los hombres tan entregados á la lectura de cuanto halaga las pasiones malas como hoy; nunca, por tanto, les fué tan repugnante y enojosa, por no decir detestable, la lectura incompatible con esa inclinacion que les fascina y es de moda.

Un libro no llega jamás á muchas manos; aún adquirido no se lee; leído no se medita. Falta empeño para desentrañar su fondo, y siendo, cual se supone, su objeto desvanecer el error y reformar el corazon, lo que falta antes que todo, es valor para leer tranquilamente aquello mismo que reprende y vitupera acaso el estado actual de su entendimiento y sus entrañas.

Del hombre que en ese estado experimentase satisfaccion en una lectura tal, podria fundadamente afirmarse que habia triunfado de los escollos de la vida. No: eso es muy raro; tan natural como es al hombre alejar el trato, la conversacion que no le es grata, así le es natural, así á lo menos, el dejar caer ese libro de las manos.

Al contrario; que el hombre esté distraido, que el trabajo le sea repugnante, que la tendencia á una opuesta ocupacion le supedita y le arrastre, le vereis siempre dispuesto, sin embargo, á recordar ó aprender de viva voz.

¡Es tan natural en el hombre presentar su atencion á la palabra viva! ¡Tan en consonancia con la aptitud grabada en su condicion!

¡Ah! Es el primitivo modo de aprender; el autor de su naturaleza le habló así la primera vez que habló.

Por eso, sin escepcion, al presentarse un hombre en la tribuna, la muchedumbre se agolpa, se recoge, calla, su atencion está esperando en actitud contrariada entre avidez y temor; una voz articulada rompe el silencio con su timbre, como el brillo del primer relámpago rasga el fondo del horizonte oscuro; la inmensa masa herida en su imaginacion, avanza un paso, y plegándose en torno de ese timbre articulado, todo entero para todos, en un segundo, millares indecibles reciben en el seno de su alma una leccion que, útil ó perjudicial, les quedará grabada.

Es que allí habla todo el hombre y todo el hombre le escucha. No habla su lengua sola, no; la entonacion que la acompaña destrenza su palabra en mil matices; amparándola la accion, la vigoriza, toma sensible forma entonces, las dimensiones se miden, la fantasia cree ver... aún las tintas, los colores. Y hasta la mirada que de ordinario se resigna al modesto papel de seguir á su espalda la palabra y observar su efecto, lances hay en que le pide espera; marcha sola, y abriéndose paso en actitud fascinadora, las puertas del alma se las presenta abiertas.

Es sí; es que allí habla el alma entera y los sentidos todos, y á todo el hombre impresiona, y así le vence, le rinde, le subyuga.

La eleccion, pues, entre consagrar un hombre su lengua ó su pluma en bien de sus hermanos, resulta ya fuera de duda. Pero son las ma-

sas impacientes, tal cual las cosas se han puesto, hay que decirles algo más de lo que en un arranque de entusiasmo puede decirles su tribuno: escuchando un rato, es ya imposible; ¿y por qué ha de contrariar su inclinacion, que le arrastra, de decirle al pueblo en su bien lo que los escaños del Congreso no consienten ni pudiera en un balcon?

¡Y es tan fugaz el tránsito del hombre por entre la humanidad! Desde que se sintió en aptitud, aunque modesta, de permitirle expansion á su vehemente deseo, encarcelado de hacer algo, hasta su muerte, son tan breves, son tan contados sus dias! ¡Y si advierte anuncios de una muerte prematura! ¡Y si aún antes de esa misma anticipada muerte, las fuerzas físicas *siente* que le van dejando y con ellas el aliento y el vigor!

El sabe que al sonar su última hora vibrará en su corazon una emocion desabrida, la amarga sensacion del gran vacío irreparable de no haber hecho apenas cosa alguna en el bien único de los mortales. Ese es el sentimiento que de seguro le atormentaría al despedirse de todos, al decirle al mundo... Adios!

En la condicion del hombre solo un instinto hay inmortal, el de su inmortalidad. No en un mármol sepulcral; esa inmortalidad es el orgullo vacío del desgraciado gentil; ni en que su nombre sobreviva á la destruccion de su mortal existencia, estérilmente vagando de boca en boca como el casco de nave destrozada, flotando sin objeto sobre las ondas del mar.

El instinto de inmortalidad en quien en el sepulcro precisamente vé la cuna de su existencia nueva, es el de la felicidad sin fin; el instinto de hacer participar á sus semejantes de esa dicha, instinto de hacer el bien, es uno mismo con aquel; por eso es inmortal, y al tiempo de morir el hombre esa inclinacion no muere.

Entonces, pues, vé la ocasion de recoger en un punto cuanto piensa y cuanto siente; consígnalo todo de manera indeleble en cuanto cabe: un libro vereis entre sus manos en actitud de entregarlo y despedirse: allí está el hombre, que se entrega de una vez á los hombres sus hermanos.

El tierno padre que fué invirtiendo cariñoso en alimentar sus hijos el fruto del modesto trabajo de sus manos, cuando su muerte se aproxima *inesperada* acaso, tomando el triste sobrante recogido con desvelos, como una continuacion de su trabajo y su interés por ellos, lo pone á su disposicion y muere.

Y al devolverle á Dios la credencial de la mision que á todo mortal le entrega al presentarle en esta vida; alma humilde que no vé sino su nada, porque solamente su nada puede ver, se arrojará, sin embargo, confiado y para siempre en brazos del Criador.

II.

Ni es un libro tampoco lo que ofrezco; porque no fuera oportuno. La misma forma de conversacion trabada como entre personas muy queridas; porque así las quiero á todas; no encontrando cosa alguna si no eso que me deje satisfecho el corazon; la misma forma revela que no es ni en pretensiones un libro. Gérmén hoy, podria acontecer que, sirviendo de núcleo y recibiendo nuevas capas de sustancia propia, llegase á adquirir las proporciones de fruto en desarrollo completo y en sazón.

Entretanto, con esto habré satisfecho el instinto que me impulsa en mis condiciones de presente.

Precisamente al contrario; me he propuesto condensar las ideas hasta el extremo posible, evitando además toda escursion, todo episodio y transcrito, y cita, y texto, y cuanto estiende las proporciones de un escrito sin añadir un átomo de jugo; antes dificultando el hallarlo como sucede al ave con los granos esparcidos entre la grama y el follaje; mi intento ha sido más bien, si pudiera compararlo con la operacion que hace la abeja, presentar elaborada y en reducidísimo volumen la materia acerba que recogió dispersa sobre el romero y el tomillo.

Y cuando España, en inquietud de vértigo y postracion á la vez, pide el consuelo posible á cada uno de los hombres que moran bajo su cielo, aunque á mi pátria querida es á quien presento esta insignificante particita de fortuna, único legado de que puede disponer un verdadero pobre que se vá del mundo; no son sus habitantes solos á quienes mi lánguida voz, pero leal y amiga, se dirige.

¡Hombres de todas las religiones de la tierra!..... Todos somos hijos del mismo Criador: su imágen está grabada igualmente en nuestra alma; la luz de la razon reverbera del mismo modo en nuestra frente; tenemos todos el mismo corazon: idénticos sentimientos de nobleza, de pundonor, de equidad, de compasion impelen nuestras acciones; son pauta de nuestra conducta de hombre á hombre, que somos al fin hermanos, pues somos hijos de un Dios; y en el mismo acatamiento y dependencia vivimos de nuestro Criador. Hermanos míos queridos, ¡qué iguales somos en el alma! ¡qué iguales en corazon!

Idéntica nuestra condicion, nacemos para el mismo fin; pasamos todos por la tierra, y este tránsito que hacemos, obligada senda es de llegar todos á un término; y el término á donde vamos, á donde debemos ir, es uno mismo tambien. Un viaje es nuestra vida, y en él compañeros somos todos; ¡es tan simpática, tan franca, tan confiada la compañía de un viaje!

Pues bien; con tantos y tan dulces vínculos unidos en el principio, en el tránsito, en el fin, no reputareis por demasía que uno de vuestros compañeros que os ama con más cariño y más verdad del que vosotros pensais, se atreva á demandaros un favor, una fineza será que no olvidaria nunca, y aunque agradecer no puede, os quedaria obligado en cuanto tiene y vale y es.

¿Que en qué consiste esa fineza? En que de ese sencillo librito que teneis en vuestras manos leais siquiera la primera parte, eso os pide; que tengais á bien escucharle ese rato de conversacion leal nacida de sus entrañas, inspirada en vuestro amor. Y aunque ese amor no lo creais ni lo entendais ahora, hacedlo; no es un sacrificio grande lo que os pido, algun dia direis en vuestro pecho—«en verdad que aquel hombre nos amaba.»

El hombre es hombre antes que nada, y os habla primeramente como á hombres; adopta despues la religion de sus padres, que puede ser la verdadera, ó cualquiera de las falsas, pero que para él es verdadera. Y sin desaprobarnos nada, sin juzgaros, seais de la verdadera ó de una falsa, desea solamente que leais: una cosa os asegura, que nada habeis de perder, que ni os arrepentireis.

Católico, protestante, encisma, mahometano, judío ó resto del paganismo en natural religion, sola y destragada, un alma imágen de Dios teneis todos y todos un corazon. De solo el corazon ha brotado este librito, y pende mi insistencia en que leais, de estar seguro de que en el vuestro sentireis lo mismo que siento yo. ¿No sabeis que cuando vibra una cuerda templada con otra al unison, con solo vibrar la una suenan lo mismo las dos?

Compactos en religion, ó de comunion distinta, de todos soy fiel amigo. Dejad de prevenciones, de recelos; donde hay nobleza no hay peligro, no hay de qué sentir temor.

¿Y en política, qué sois? ¿Monárquicos? Yo os respeto. ¿Republicanos? Mejor. No es politico el librito, nó. ¡Oh! si lo fuera, haríais bien en no creer á su autor, no aún porque en política no es infrecuente engañar hablando á doble intencion; haríais bien en no creerme, porque si son muy, contados los que amoldan su conducta á la política que creen, fabulosamente menos son aún los que abrigan conviccion, y en vez de mostrarnos la verdad, pudiera presentaros el error. Politico jamás lo fui; si á serlo vosotros por principios pudiérais hallar en estas páginas alguna traza ó sendero que os conduzca á los secretos de esa ciencia, entonces viérais acaso que ese ramo del saber humano, en que se matriculan tantos que jamás fueron cursantes, es de tan trascendental influjo en todas las fases de la vida; que no solamente no creerlo, si es que ni imaginarlo hicisteis nunca.

Un librito, pues, interesante para todos, y por su asunto para siempre, es lo que ofrezco.

En cuanto á estilo, porque la sencillez es natural, y lo natural es digno y grato á todos, es sencillo; porque hay inteligencias que por su propia amplitud y elevacion, al fijarse en un asunto sienten el instinto de abarcarlo en toda su circunferencia, y echar la sonda hasta en sus senos ó deducciones más profundas, por eso, sin pretension de poder satisfacerlas, en muestra de respeto á esas personas que con pasar la vista por un escrito lo honran y lo sancionan, he aspirado á dejar como debajo de la sencillez de estilo, cierto fondo en el asunto, donde pudiendo espaciarse un tanto, no queden completamente defraudadas.

En fin, me ha inspirado exclusivamente vuestro bien; vision de fantasmagoria es para mí toda otra aspiracion. Si terminada esa lectura nada sentís que cambie vuestros juicios, nada de dulce y tranquilo que se pegue al corazon, jueces árbitros os nombro que habreis fallado mi error. Pero leéd con lentitud, leedlo todo; no interrumpais ni salpiqueis su lectura; una página sola que dobleis os quita el derecho de arrojarlo con desprecio de las manos.

III.

Tan natural es en el hombre que se propone conjurar un mal, presentarlo primeramente con viveza por el lado de su mayor dimension y aspecto más sério á sus lectores, que más de una vez su mismo buen deseo lo exagera, consiguiendo sólo que pierda de su prestigio la verdad, que se basta para abrirse paso por sí sola.

El hábito mismo de ver pintados con fuerza, aun con verdad y exactitud, los males contra que se piensa declamar, suele influir tambien desventajosamente en los ánimos más dóciles y atentos, haciendo juzgar que no es tan inminente el mal en realidad como las palabras vaticinan, ó ya existente, tan grave cual lo presenta delante de los ojos.

¡Ojalá que en el asunto de que me propongo hablar, ojalá que fuera segun se conjetura de ordinario en otras cosas, y no cual es en hecho de tristísima verdad!

La infidelidad de los consortes es más frecuente que sabida, y llega ya hasta la impudencia de no temer ni aun al público. Lamenta el buen padre de familia que sus hijos no le respetan apenas, que desconocen la obediencia, que las muestras de amor filial, hasta las más comunes, son equívocas. Quéjase el señor con insistencia y con creciente estrañeza de esa falta de interés con que los domésticos atienden su fortuna; ese olvido del acatamiento á su persona y ese despego para con toda la familia por atencion que ella merezca.

La buena fé en los negocios y comercio de la vida está [reservada

ya á esos pocos hombres que una sociedad procaz ridiculiza, y cuando nó, les llama necios.

¿Y qué dice la autoridad de respeto y obediencia? Si se cumple un mandato es por temor; allí hasta donde la fuerza llega, llega solamente la obediencia. Medra el que puede y el que puede menos retrocede, ó desamparadamente cae al suelo. Conciencia para nada, para todo fuerza; que fuerza es, y aun es peor, la *astucia* que maquina bajamente, y el *dolo* que ejecuta su urdidumbre siempre armado con armas prohibidas. Y esta es la gran traña de las altas esferas, de las medias, de las bajas.

Si eso es ser hombres y cristianos, ignoro la idea que se tiene, ni de la dignidad del racional, ni de la elevación del redimido; la ilusión de la vida desaparece en semejante sociedad.

No es que el hombre no haya siempre caído en debilidades, mostrado pequenezes y llegado hasta marcharse con infamante crimen, no. Pero llegar un tiempo en que la inmoralidad parezca ya la regla de las costumbres..... ¡Desgraciada sociedad cristiana! ¿Y no hay un remedio para ella?

Remedio general y pronto, humanamente no le hay.

Tenemos trastornado el plan de la Divina Providencia, y mientras ese plan no se restaure, la sociedad no se levanta de su mortal postración; ni aún es eso solo, si es que, acabando de desfigurarse poco á poco su semblante, está indeclinablemente abocada á terminar en sociedad gentil.

¡Oh, si hoy mismo, como se retira con la mano un velo apartárais de nuestra generacion las apariencias del culto externo y ciertas costumbres públicas amparadas por el rubor de romper con un pasado cristiano! Veríais con asombro, con estupor, que detrás de esa cortina está formándose, casi formada, una sociedad pagana.

No es difícil comprender que restaurar la religion es el recurso exclusivo; pero ciertamente no es tan fácil atinar el *cómo* de la restauración.

En el estado actual de creencias débiles, confusas y en indecible *tergiversacion*, con toda la repugnancia que engendra á las verdades eternas la relajación en las costumbres, ¿qué misión resucitará la fé casi extinguida? ¿Quién será el afortunado catequista que lleve hasta la voluntad la enseñanza necesaria, si los restos desfigurados que conservan querrian arrancarlos de su alma, cual sombras pertinaces que le sirven de tormento? ¡Oh! almas que fueron cristianas y que al presente, con vestigios estériles de mero culto cristiano son gentiles, se encuentran en disposición infinitamente más desventajosa para abrazar de lleno la moral de Jesucristo que el habitante de la selva á quien el ministro presenta por primera vez el crucifijo!

Conozco el mal que trabaja á la generacion presente; conozco cuál

es el único remedio á su mortal enfermedad; cónstame la situacion difícil del enfermo en hábitos inveterados, y colocados frente á frente á destruir la virtud de los remedios. En el *modo* de intentar la curacion atacando el mal en su *raiz* sin acabar con la existencia del paciente, quitando á la vez la influencia á sus malos hábitos que de su parte le quitan al remedio su eficacia, en eso está cifrado acaso el desenlace apetecido de la empresa.

Las *creencias* han de pareceros tan encarnadas en las aspiraciones del alma, que experimentaríais deseo de verlas en vosotros restauradas, si en lo mismo que vayais leyendo para llegar á suponerlas en esa natural conformidad con vuestra propia condicion, no se encontrara ya hecha interiormente la restauracion que deseárais, habiendo adquirido robustez esos vestigios lánguidos de vuestra fé.

El *obrar* segun la pauta de la moral cristiana, os convencereis tambien sencilla y éxpontáneamente, que no es más sinó trazar la línea de conducta en conformidad á las tendencias del mismo corazon no destragado. No son dos, la pauta es una, está dentro de nosotros, y persuadidos así, no maquinareis supongo para introducir enmiendas en la norma de todas vuestras acciones; porque nadie lo intentó jamás comprendiéndola conforme, sino por aprenderla en discordancia al corazon.

Sé lo que prometo, no lo prometo á mi nombre; solo los medios materiales serán míos, el incremento lo dá Dios.

Tened indulgencia; sed pacientes, no es obra de un solo dia, enlazad todo cuanto vayais leyendo, habeis de ayudarme mucho, habeis de hacer infinitamente más que yo. Podré no recojer el fruto, pero aspiraré de mi parte á poner los medios que acabo de ofrecer. No penseis que voy á desarrollar alguna intrincada teoría, internándoos paso á paso en laberinto de que no podais retroceder. ¡Ah! ¡Las obras de Dios son tan sencillas! Escuchad.

PARTE PRIMERA.

I.

La religion toda entera está escrita en el corazon del niño; y ese texto compendiado que escribe Dios en su alma, cuando de su orden viene al mundo, vereis como dispone Dios que lo comprenda y realice.

Jamás olvides ¡oh hombre! que eres el sér más débil al nacer: el primer período de tu existencia, que por alguna razon es harto largo, te acompaña tambien tu sin igual *debilidad*.

Desde que tus sentidos recibian impresiones, desde que infante *sentiste*, áun sin saber tú que sentias, encontraste delante de tí un sér que te prestó *poder* constantemente, supliendo tu debilidad; un pecho que te alimentó, una mano cariñosa que te envolvía y preservaba del frio y toda intemperie, desarrollando así tu vida al calor de su regazo y blando arrullo de su amor.

Todo esto que sentias, sin saber que lo sintieses, iba preparando en tu interior el sentimiento del *respeto* á un sér que encontraste antes que tú y superior á tí; un sér revestido de un poder delicadamente propio en donde tu debilidad encontró amparo; y aquellas impresiones gratas repetidas, de un sér fuerte á tu sér débil, las *conoviste* despues, recordabas las pasadas, sentidas sin conocer, y continuabas recibiendo nuevas que enlazabas en tu mente, confusa todavia, con aquellas; é insensiblemente, pero sin poder ser otra cesa, fué *desenvolviéndose en tí el conocimiento* de tu debilidad, y á la vez el sentimiento de respeto al sér supe-

rior que te amparó. Un tiempo hubo en que respetaste, sí, á tu madre como á madre.

Y la presencia de otro sér cuyo nombre tu débil lengua ensayó á pronunciar á la par con el primero, lo imponente de su voz, la austeridad de sus formas, templadas siempre para tí, la animacion que la casa toda respiraba á su llegada, la atencion que de tu madre y de toda la familia se atraia en medio de alegría y confianza, todo esto grabó en tu tierna alma la imágen imponente y grata de ese sér, más superior aún que el sér primero; y tú, yedra entrelazada al tronco de robusto cedro, reconociendo ligada á él tu débil existencia, irresistible y dulcemente, á ese sér lo respetabas. Así respetaste, no lo dudes, á tu padre.

Dios te intima que respetes á tu Dios, y... ¡oh! caminos adorables de la divina Providencia! Antes que conocieras el deber te habia enseñado á cumplirlo: ya lo has visto, lo cumplias, tus padres eran tu Dios.

Tanto es verdad que el respeto filial lo deposita el mismo Dios en el corazon infante y que á este le inclina á respetarlos tan decidida é instintivamente, que el hijo vé en sus padres dos séres distintos de todos los que le rodean. Para ellos sus padres son sobre-humanos. El sitio donde habitualmente se sentaba, las prendas de su vestir, todo lo que directamente se refiere ó pertenece al padre, se le representa al hijo infante con ese invisible perfume de una cosa casi santá: un trasunto de lo que el alma piadosa experimenta cuando en su fantasia está mirando restos venerandos, ó huellas las más marcadas que los santos dejaron en esta mortal vida; eso es lo que más se acerca al sentimiento del infante en la escena del hogar doméstico. ¡Oh! y triste, tristísimo y desgraciado el día en que el alma del niño se desencanta de esa bellísima ilusion ó realidad!

En el cuadro de la vida conyal ¡qué figura tan interesante forma el niño! ¡Cómo se identifica él mismo en las fases que la vida íntima presenta! Si en el semblante de su padre vé esparcida la alegría, advertireis en su modesto rostro pintada la satisfaccion: si ceñudo ó triste, lo vereis cabizbajo, pensativo y mudo.

Sus padres para él son impecables; la primera vez que oye el hijo una espresion que remotamente lastime el juicio que él tenia formado de su padre, un dardo envenenado le atraviesa el corazon; y siendo comedido el niño por su educacion ó condicion de carácter, sufrirá la intempestiva frase y callará desazonado; ó siendo de altivez su temple, su débil brazo y si no su lengua, defenderá á su padre, aunque el ofensor fuera un gigante. El respeto á su padre es tan profundo, tan fundado, tan natural su instinto y tan ardiente, que reputa su persona inviolable.

Y es que si Dios ha depositado en el corazon tierno del hombre esa honrosa inclinacion, tambien en los padres hace que se desarrolle con la paternidad ese magestuoso sentimiento de dignidad, de proteccion

afectuosa y eficaz, de superioridad benéfica; ese sentimiento, en fin, de mostrarse digno de sus hijos y ejemplar.

De manera que, como los hijos serian los mejores ciudadanos, mostrándose en la gran familia social en cuanto cabe, cuales son en la suya privada del hogar doméstico; así lo fueran los padres igualmente presentándose en ella, en ese habitual decoro tan natural y tan simpático que los hace respetables en el seno de familia.

Dios habia dispuesto y colocado dos seres con poder al lado de tu debilidad, y deliciosamente para tí hizo brotar de tus entrañas el sentimiento de respeto, ¡alma infeliz! Y si cuando ignorabas el valor, el interés, el cariño de cuanto hicieron por tí, los respetabas; cuando te consta ya, porque conoces y reflexionas y meditas, les niegas ese respeto, ¿sabes la prevaricacion que has cometido?

Pero nó, no conoces ni meditas.

¡Oh! entonces ser quien eres imposible! ¿Y piensas que sin respeto á los autores de tu vida, respetas y veneras á tu Dios? En la cuna abrió la escuela de respetar á nuestros padres, en ellos aprendimos á respetar despues á Dios. Dios les delegó el poder para criarte, y al mismo tiempo que les dió esa investidura, más honrosa ciertamente de lo que el hombre se detiene á meditar, declinó en ellos la *responsabilidad* y los cuidados necesarios á presentárselos criados. Eran entonces nuestros padres, nuestro Dios: ahora, despues de Dios, son lo primero. Son permanentes los títulos á su respeto, la irrecusable credencial de su delegacion no la retira Dios jamás; hicieron sus veces solos, por eso quedan despues su representacion más adecuada. Nuestro Dios visible son los padres, y como Dios no se vé ni se penetra el corazon, la señal sensible más segura, el testimonio más auténtico que ha dejado en contraseña de lo que el hombre es con su Dios, consiste en tener sabido lo que él mismo es con sus padres, lo que fué.

Creo que con gusto os persuadireis de otras verdades; pensad lo que en esta vez habeis oido y medita.

II.

Quando veais en el angosto recinto de la sociedad doméstica que todos se tienen por iguales, y que reciprocamente aspira cada uno en singular á imponer su voluntad á los demás, y que, por tanto, ninguno se siente dispuesto á obedecer, podreis decir con propiedad que la *Revolucion* ha destronado al monarca de esa casa.

Pero destronáronle sus súbditos, por el gran pecado de que mandaba á todos lo que á cada uno verdaderamente convenia; y como eso era contrario á lo que su respectiva pasion apetecia, era necesario rebelarse

y arrancar de su asiento á quien mandaba. ¿Y qué hay que hacer con los revolucionarios de esa casa? Siéndolo todos, dejarles. Un castigo del cielo; una catástrofe que ellos mismos se preparan, son en caso, los únicos remedios para ellos. Si algun hijo hay en la infancia, enseñadle desde la *cuna* á obedecer, antes de conocer la obligacion; los que existen no aprendieron, cuando se les dijo «teneis que obedecer»: la intimacion les pareció de un déspota, y, ¿corazon que no se dobla á la obediencia, dejará de doblegarse á una pasion? Es que lo estaba, y el hombre entre dos tiranos, por más que quien le manda no lo sea, quita de en medio al de fuera, sometiéndose al tirano que lleva en su corazon, porque á quien manda en su bien le llama déspota odioso, al paso que á quien le tiraniza cruel se le somete, quedando esclavo de hecho el que aspira á ser señor. Y quien no supo jamás doblar su voluntad á su primer superior, no creais, aunque os lo diga, que la doble al imperio de su Dios. Como escepcion podrá ser; pero por ley general, el hombre sin esa escuela ningun precepto obedecerá de religion.

¿Con que es fundado afirmar que el hombre debe ser enseñado á obedecer antes de conocer la obligacion? Obedecer no es otra cosa que *entregar* nuestra propia voluntad en manos de quien nos manda. No está el obedecer en mover el pié á lo que al hombre se le intima. El bruto irracional marcha por la senda que el látigo le marca y no obedece. Para *crear* por su palabra á un hombre necesitamos dar nuestro asenso á lo que el hombre nos dice. Para *obedecer* á un hombre, necesitamos unir á su voluntad la nuestra. Esta identificacion de nuestra voluntad con la suya es la obediencia. El que con los lábios dice «creo» y en su interior no tiene unido su juicio á otro juicio, ciertamente que no cree. El que obra lo mandado, ó puesta su voluntad á la voluntad que manda por solo la presencia de la fuerza, de manera que faltando ese temor no obrará; no direis que ese obedece. ¡Obedecer! Eso es mejor disentir, rebelion vergonzante es eso; eso es, en fin, no atreverse á soportar el castigo, y nada más.

La fuerza, pues, hace esclavos; pero nunca por sí sola hace obedientes; y como la tiranía es violenta, una sociedad de esclavos, aparte la indignidad, jamás seria perpétua. Y pendiendo toda la moral de la obediencia, del asenso libre, de la entrega de la voluntad á la voluntad del que nos intime ese precepto; una sociedad de esclavos, llamada como gustéis, mas no la llameis cristiana.

La obediencia, imprescindible para hombre de sociedad bien entendida, é imprescindible para la vida cristiana, es inseparable de respeto; y como respetó á sus padres antes de conocer la obligacion de respetar, así aprenderá á obedecer, obedeciendo á solo ellos, antes de conocer la obligacion de obedecerles.

Esa es la escuela que Dios abre para el hombre si se detiene á medi-

tar. Un poder, un ser superior; pero un superior que advierte siempre benéfico y solícito en su bien, inspira irremisiblemente en el infante su respeto. Y ese ser superior respetado de su hijo se encuentra en la única situación ventajosa para atraer gratamente á su voluntad que manda la voluntad de quien debe obedecer. Hay un tiempo en que el hombre no es capaz de cosa alguna; y ese es el período cabalmente en que su hábito de obedecer debe formarse. ¡Cuán poco nos paramos en lo que á tanto trasciende! Cuando el niño comienza á discernir lo que es mandarle ó vedarle alguna cosa; más de un millon de veces, en maneras adecuadas é informales le habrán *intimidado* ya sus padres como parte de caricias y embeleso. Y esa repetición indefinida de ceder ó de abstenerse á lo que, amoldándose á su pueril condicion, se le incita ó se le afea, eso es lo que sin saberlo él, ni acaso los más de los padres, va formando en su interior el hábito de obedecer. Que lo que tanto ha de valer no se extrañe que tanto trabajo y tiempo cueste; disponiendo el Criador que lo mismo que los padres hacen instintivamente con sus hijos en transportes de cariño, vaya desarrollando así los sentimientos más bellos que han de ser el pedestal de su educacion y de su dicha.

La razon del niño no se encuentra todavía en ejercicio, y ya sus sentidos y apetitos le hacen *desear* lo que de ordinario le será nocivo. La voluntad no es tan ciega que se entregue en manos de nadie cuando ~~conoce ya, aunque conoce con error, que le impide lo que cree convenirle.~~ Entonces, ¿quién si no un padre conseguiria que un infante doble su capricho á su mandato, halagando vivamente sus sentidos aquello que se le manda no tocar? Porque cuando en el período anterior, el entendimiento no ayuda aún al mero instinto, el niño que alargando su manecita á la luz de una bujia, que le es grata, la retire á la desaprobacion de un estraño, se explica bien el que ceda; porque frente á voz adulta no resiste su debilidad y su ignorancia juntas. Pero cuando ese respeto de temor, y de una vez lo contrapesa ya el conocimiento que cree tener de lo que vé y la mayor vehemencia del deseo, ¿quién le hará propiamente obedecer al niño que viendo un fruto grato y reputado bueno, se le veda, sin embargo, por acerbo? A quien no conoce todavía la obligacion de obedecer porque ni conoce obligacion alguna, ¿quién le haria obedecer sino aquel mismo á cuya señal de silencio enmudecia mucho antes cuando no solamente ignoraba lo que fuese obligacion, si es que ni aún pronunciar claro sabia, lo que apetecía por mera impresion de los sentidos? ¿Qué reflexiones hareis á que desista á una inteligencia que *conoce* sí lo que apetece; pero solo para el efecto de apeteecer con más vehemencia? Solo el hábito de ceder siempre á sus padres puede hacer capaz, á un hijo, en este período de la vida, de renunciar á sus caprichos.

Y si en estos años de la infancia no existiere en el mundo la auto-

ridad paterna, era imprescindible, ó poner en reclusion de algunos años nada menos á cada generacion entera, con todos los inconvenientes y estorsiones que eso entraña, ó resignarse á presenciar el ridiculo espectáculo de una sociedad atormentada por una invasion de langosta, ó mejor de cínifas humanas, con todas las condiciones de inquietar inherentes á inteligencias caprichosas sin razon, y al mismo tiempo inviolables para poderlos ni alejar, cuanto menos extinguir, eso primero; y prepararse despues á la funesta escena, de tanto en tanto renovada, de una mortandad inevitable por suicidio sin crimen; muerte que se dieran por sus propias manos llevando á sus labios, en toda la variedad de sus caprichos, la copa que los sentidos muestran grata, ignorando que contenia su veneno.

Esa misma sociedad que gusta ver y promueve en cuanto puede, con falsos principios y reprobado ejemplo, la desaparicion de la familia, jamás agradecerá bastante los beneficios que disfruta y debe á la autoridad paterna que afecta desconocer, que se propone destruir. ¿Y cómo agradecer si no comprenda? ¿Y cómo comprender, si leve y voluble cada persona de esa sociedad fluctuante y aérea no se fija un momento á meditar? Siga, siga en su desdeñoso devaneo, debilitando y relegando como á la historia de tiempos risibles los encantos y resultados vitales de la obediencia filial, y esa sociedad llegará pronto al Agosto en que recoja sazonados ya sus frutos. ¿Quereis saber lo que esa sociedad será? Ved lo que es ya una familia si son sus hijos adultos y tuvieron esa escuela, que no es la escuela de Dios.

Pero. ¿quién eres tú, hombre infeliz, que estás trabajando en preparar y apresurar en cuanto puedes esa catástrofe social? ¿Ignoras que estás cavando tu sepulcro? Mas, aparte de tu mal, dime, ¿naciste tú como las plantas? ¿Padres que respetar tú no has tenido, ni obedecias tú á tus padres? ¡Ah! sí, sí. Tú lo ignorabas y cedias á su voz; era la voz de Dios que entonces estaba en tu inocente corazón; por eso le escuchabas y cedias. ¡Y si supieras lo que tus padres han hecho por ti cuando tú no lo entendias! ¡Cuántas veces, cuando el sueño iba á cerrar sus párpados y olvidar las amarguras que la vida social hace experimentar á todos, más ó ménos, ó descansar del trabajo mental ó corporal que acaso agravaban pensando en tu porvenir!.... ¡Cuántas veces, al tiempo de reclinar su cabeza, con un quejido repentino rasgabas tú y desvanecias la blanda nubecilla que iba á envolver su alma en el descanso! ¡Si hubieras visto cómo te velaban en la cuna! ¡Qué precauciones! ¡Qué delicados recursos para que no despertaras! Despierto, ¡qué ingeniosos pensamientos para mantenerte entretenido! En ligera enfermedad que les reveló el ver solamente la languidez de tu mirada, que observaban como espejo, ¡qué celos! Confirmada, ¡qué sorpresa! Agravada, ¡qué inconsolable situacion! ¡Pero qué solicitud en los remedios!

Preguntar, discurrir, adivinar, infinitamente más es lo que hicieron; y aunque cuanto hicieron hubieras visto con tus ojos y presente lo conservaras tú, aun así, de lo que merecen más respeto y obediencia en eterna gratitud siquiera, no vieras ni recordaras absolutamente nada. Era necesario que cuando todo eso hacian, á tu padre y á tu madre, hubieras visto el corazon, el interés, la ternura, el amor de padre y madre con que sufrieron las inquietudes que les costaba cada dia de tu infancia, y el acerbo dolor con que rasgabas sus entrañas, y las cubria de luto el más leve recelo de perderte.

Y no creais que exagero, almas desnaturalizadas que, juzgando *aun á vuestros padres* por lo que pasa en vuestro corazon, resecado y pervertido, no los reconocéis capaces de ternura ni de amor y abnegacion, y solo sí, como vosotros, de repugnante egoismo. No, ningun padre hay que, aun siendo malo, lo haya sido con sus tiernos hijos. Será un furioso, un demente, un fenómeno contado, desvarro de la naturaleza; ¡pero los padres! ¡la ley general de los seres que nos comunican la existencia! ¡Oh! representantes de Dios, palpablemente se vé que Dios los contiene dignos en cuanto á su sagrado cometido. El padre, en general, es siempre lo que debe ser un padre; por eso el hijo, cuando á nadie del mundo haria entrega de su voluntad, porque es hacer renuncia del vehemente apetito que los sentidos le hacen experimentar, y que el entendimiento, sin razon todavía, le presenta más vivo, aumentando la pujanza del instinto, entonces, precisamente entonces la voz de un padre es bastante á desbaratar el plan de sus caprichos y hacerle inclinar, ruborizado, la cabeza en su presencia.

III.

Hasta ahora, todos los triunfos del precepto de un padre sobre la voluntad de un hijo, más bien que triunfo sobre su obediencia son la preparacion para formarla. Es la obediencia una virtud, virtud sin el ejercicio de la razon ya sazónada, no hay que pedirla jamás, y á ese uso de razon no suponemos que haya llegado todavía. Y en ese tiempo critico de grabar el sello de padres en la voluntad del hijo, elevando su docilidad formada con tiempo y con trabajo, á la categoría de verdadera obediencia, en ese es precisamente cuando el hombre atraviesa el mayor peligro de no amoldarse jamás á esa virtud que ha de hacer ó dejar de haer su dicha.

El hombre en uso de razon raciocina allá en su cerebro; aunque el respeto, su temor, su natural desconfianza ó su modestia no le consienta que veais formular su oculto é imperfecto raciocinio. Cuando en ese



estado, pues, se manda ó se prohíbe al hombre niño, el niño pide en sus adentros, á lo menos la razon de lo mandado. Busca, quiero decir, esa razon y la busca ó se la pide á sí mismo antes de advertirlo él. Tan natural, tan fundado como todo eso es que el hombre que obra ya con conocimiento y libre conozca el motivo que impele su voluntad. No es esto decir que para inclinar la cabeza ante quien manda, deba conocerse previamente la razon de lo que manda, nó. Entonces, despues de escuchar la promulgacion de un edicto, en vez de aprestarse al cumplimiento, era necesario dirigirse al local de una asamblea de súbditos para discutir el fondo y aquilatar la razon de cada artículo; eso que eludiría el cumplimiento, eso que destruiria la obediencia, y que el súbdito no puede *previamente hacer sino en lo que de modo manifiesto fuera contra las buenas costumbres, no es lo que naturalmente desea y debe conocer.* Al recibir un mandato, lo que el hombre necesita saber, no es la razon de lo mandado; pero sí debe constarle que puede, que tiene autoridad, que es autoridad quien se lo manda. Y esta exigencia imperiosa que el hombre de razon experimenta en su interior cual voz de su naturaleza antes de entregar su voluntad á nadie, la encuentra por la misma naturaleza satisfecha, escuchando ya el primer mandato de un hombre á quien conoció el primero, respetó el primero, y á quien por tanto tambien se sometió el primero. Así al hijo, ni aun dudar, ni aun ocurrirle puede que á su padre le falte la calidad que exigiria á quien no fuera su padre. Si al encontrarte en el mundo no te hubieras reconocido á tí mismo en el seno de familia, al hombre que te hubiese mandado por primera vez no hubieras inclinado tu frente, sin preguntarte á tí mismo si ese hombre podia mandarte á tí. El primer mandato lo escuchaste de tu padre y una voz interior blanda y fuerte á la vez te arrastró la voluntad á obedecer sin restriccion, sin vacilar. Es que obedecer, supone el excelente sacrificio de la propia voluntad; el ejemplo de lo que en los demás se observa, el recelo de singularizarse y ser tildado, el temor de experimentar la pena ó la sancion del precepto, podrá mover al cumplimiento mecánico casi ó material de lo mandado al hombre que no se formó, por su desgracia, en la sagrada escuela de familia; pero obedecer en el corazon, eso nó, serán contados. Es que ese rico presente de la propia voluntad que el hombre deposita en mano de quien le manda, supone tambien en quien le manda un carácter, una muy sagrada calidad. Tan sagrada, que es un resplandor del mismo Dios; y de tan soberana manera refulgente, que el súbdito, si como los hijos del águila al brillo del sol, no estuvo acostumbrado desde niño á ver ese resplandor de la divinidad en el rostro de su padre, ese reflejo en otro hombre le hiere ingrato sus ojos, y, repugnándole mirar, lo desconoce y lo niega.

Tu padre ha recibido en sus manos un poder de manos del mismo Dios y para emplearlo contigo y para tí; en tu corazon depositó el gér-

men de un sentimiento que respondiera á esa superioridad, que es el respeto; le adviertes superior y le respetas. Recibió de Dios en su frente un poco de su sabiduría, la necesaria para mandar á sus hijos en bien suyo con acierto y con firmeza hácia su fin; esa sabiduría, ese santo temor de Dios que dicta en tu padre los mandatos que te intima, en tu tierno corazón encuentran eco y obedeces. No me negareis jamás que cuando tu padre os mandaba sin saber quien fuese Dios, creíais confusamente que era Dios quien os mandaba, y ¡Dios de bondad! á fé que no os equivocábais. Dios era, Dios que os enseñaba á obedecer para ser hombres, con el mismo amor que la avecilla cariñosa ensaya á volar á sus hijuelos junto al nido, cuando no están aun sus alas bien formadas para salvar lejanos precipicios. Dios revistió de sus poderes á tus padres para que á nombre suyo y desde vuestra tierna infancia os ensayasen á respetar y obedecer á ellos en el hogar doméstico primero, para respetar y obedecer más tarde en vida social al superior que no conoces, y antes y despues y siempre al criador que no ves. Y como esos poderes no son un encargo ó delegacion escrita y fuera mucho, si es que una calidad intrínseca, indeleble, que formando parte del mismo corazón del hombre, llegado el momento de llamarse padre, con la paternidad principia el ejercicio del sagrado cometido; con sus gravísimos deberes sí, pero tambien por eso mismo con sus derechos y prerogativas sobre toda honra honrosas; por eso en ellos son derechos imperecederos mientras viven, y son en vosotros, sentimientos que nacen en la cuna y solo en el sepulcro acaban.

IV.

El hombre ama antes de saber lo que es amar, y lo que es más, antes de saber que ama. Si cuando llega á saber que debe amar á sus padres un niño en los primeros albores de su razón, y que vivió siempre á su lado, se le intimase en tono sério tal deber, creería escuchar la palabra más bochornosa que existía en la lengua que de sus mismos padres aprendió; y, dando invisible, pero agudo y teñido de veneno, sentiría que le atravesaba su tierno corazón. ¡Ah! ¡Es que el hijo ama á sus padres sin que lengua humana se lo advierta; y no há de amarles así, si aun antes que su misma conciencia le advirtiera, antes que en su interior sintiera la dulce voz que le atraía hácia ellos, y antes de conocer lo que él sentía, los amaba de manera que eran el único ser del mundo donde se fijó su amor!

Sí, lo ignorabas, y eran el exclusivo objeto de todas tus afecciones: ¡arcanos de la divina Providencia! ¡Y hoy que ese arcano está ya abierto, está patente á sus ojos, les negarias tu amor! No, yo no lo creo.

Se ama hácia quien se siente inclinacion; se ama á quien nos ha dispensado beneficios. La primera afeccion, benevolencia; la segunda, es gratitud. Un solo amor, robusto, decidido, exclusivo, irresistible, formando una sola llama de dos llamas que se juntaron y fundieron al tiempo de nacer las dos en tu tierno corazon, ese es el amor que te arrastraba hácia tus padres antes de conocer tú que los amabas. ¡Si eres un pedazo del corazon de tu padre y de tu madre! Por el mismo motivo que los corazones de donde tu formabas parte te buscaban ó amaban instintivamente como para quedar enteros; el tuyo, parte de ellos, buscaba ó amaba ciegameñte á tus padres para verse completado. Tan profunda, tan sábia inclinacion, reconocedlo, hombres adultos, vosotros no la formásteis; hoy no la formariais. ¿La formásteis envueltos en los lienzos de la primera infancia? Confesadlo, sí; esa inclinacion es el lenguaje con que os hablababa el Criador; que el Criador, ya lo veis, sabe hablar aun sin palabras.

Al mismo tiempo que en tu corazon, cuando niño, se encendió la primera llama de amor, de instinto irresistible al padre y á la madre, en cuyos brazos os encontrásteis la primera vez que se abrieron vuestros ojos, no visteis sino caricias que su ternura multiplicaba ingeniosamente y de continuo; delicados beneficios que ensayaban derramar sobre vuestro ser durante toda la vida. Y la madre os alimentaba á sus pechos, pero no solo como quien provée de sustancia á una existencia, sino como quien, desangrando su corazon repleto de amor purisimo, arrima al hijo á su pecho para que beba su amor; hasta el calor de su pecho le trasmite como obsequio. Blandos ó burdos pañales, la madre los pasará cien veces por sus manos y los perfumará con su aliento. ¡Y qué diligencia en proporcionarle cada dia un nuevo entretenimiento! El cariño de la madre, mirándole de hito en hito, le adivina los movimientos de su alma; ella despierta, sí, los primeros albores de su inteligencia; ella le arranca la primera sonrisa que se derrama en sus inocentes labios; ella, en fin, le enseña á balbucear esa primera palabra... que al oirla deja bien pagados sus desvelos.

El padre entre tanto, menos flexible en su carácter varonil para plegarse á tantas, tan distintas, tan delicadas é impalpables manifestaciones de cariño, sin ceder á su madre en gozo puro y en interés eficaz, trabaja en silencio con afan y con constancia, siendo el pensamiento de su hijo, en cuyo bien trabaja, el lenitivo de sus penas y el impulso secreto de su aliento y de sus fuerzas; con aplicar sus lábios en la frente de su hijo, llegando al recinto del hogar doméstico, daba por bien compensadas las fatigas de aquel dia. Decid, y cuando el infante, creciendo en sus formas angelicales, que el Creador se ha complacido en dibujar con indecible mano, crece á la vez y presenta los atractivos de su alma más graciosos, trasparenteándose en toda su actitud, en su

sonrisa y su mirada, el paraíso de encantos que su interior encierra, ¿sabeis los trasportes de cariño que entonces habeis arrancado al corazón de vuestra madre y las muestras de amor derramado sobre vuestra simpática existencia que confunde con la suya?

Decid; y desde que vuestra madre comenzó á idear el primer vestido que, reemplazando á los lienzos en que informemente os envolvíais; habia de presentaros á su vista en esa primera forma de adultos en miniatura; ¿sabeis el fondo de amor que rebotó en su corazón? ¡Ah! era preciso que vuestra misma madre lo dijera, y aun ella; que pudo sentirlo, y lo sintió; decirlo no; jamás pudo; pero precisamente lo explicó deshaciéndote en sus brazos. Hoy de todo eso no se conserva vestigio alguno en tu memoria, pero entonces lo veías, lo sentías y respondías en tus entrañas inocentes á esa explosion de sus caricias; el amor de un corazón, pedazo del corazón de tus padres, se juntó con el amor de gratitud á tan incesantes beneficios, y prestándose ambas llamas su respectivo vigor y su energía, amaste á tus padres; los amaste, sí, con toda la entrañeza de un amor que Dios enciende con su soplo. Á tus padres; ¿quién les ha enseñado á amarte á tí? ¿quién á encender con sus caricias tu amor? Y el áscua oculta que encontró en tu corazón su soplo y la encendió... ¿qué mano la puso allí? ¡Ah! Es amor que Dios enciende para sí; habiéndose valido de tus padres para ponerte en el mundo; se vale también para encender tu amor; entonces se les cede todo, lo regala; pero detrás de tus padres estaba entonces y está Dios, y el amor que á ellos les tengas, ése es el amor que le tendrás y recibirá tu Dios.

V.

Sí, la voz de la sangre ama irresistiblemente á los que le dieron la existencia; viviéndo siempre á su lado, su presencia formó en su corazón un hábito; y esto, y las indecibles finezas recibidas de continuo fortificaron esa voz de tal manera, que el amor á los padres está afianzado ya; no sólo en una, sino en tres leyes de la naturaleza: la eficaz oculta fuerza de la sangre, la fuerza del hábito, la fuerza de instintiva gratitud. No se ha desenvuelto en el niño todavía su razón, todavía no conoce su deber y os ama como acabais de ver. ¿Qué le resta ya que hacer al comprender la obligacion de amaros? ¿Qué? Desde que el párroco, desde que su preceptor le han dicho y hecho entender que debe amaros, por lo mismo que se siente ya tan inclinado hacia vosotros, y que en su interior naturalmente experimenta la inspiracion de un puro y secreto regocijo que se anticipó al sentimiento del deber; el primer pensa-

miento que le asalta, ó sentimiento más bien, es ya el de manifestarles de manera ostensible y eficaz que efectivamente y en hecho de verdad, les ama.

Como no es lo mismo encontrarse en lo que de ordinario llamamos en uso de razon, que tener la razon bienazonada ó bien formado el juicio, por eso, incapaz aún para disponer en orden y enfrenar la precocidad y vehemencia y aún graciosa locura en los deseos del corazon infantil, ¡qué densa bruma de oscuras esperanzas, planes aéreos y fantásticas quimeras se le presentan á lo léjos á la débil imaginacion del pobre niño! Y él las medita y las calla; ó fácil y expansivo en raptode gozo las revela como las siente á sus padres, creyendo así pagar anticipadamente la gratitud que le inspira y el dulce amor que experimenta. ¡Sabiduria de Dios! Tú pusiste el amor en las entrañas de los padres que partieron con sus hijos su corazon, su sueño, su reposo, el pan de su alimento y su existencia; y cuando las ilusiones que os proporcionaban los años de su infancia se desvanecen como nubes sonrosadas que se aploman delante de vuestros ojos; y el mundo de la realidad se os va aproximando en su aspecto severo y de inflexible condicion, haciéndoos presentir, si no ya experimentar, la fria acogida que en la escena de la vida puramente social se os tiene preparada cuando ancianos; desde entonces, apareciendo encendido en nuevas llamas teñidas de gratisimos colores, el fuego de aquel amor que el corazon de vuestros hijos custodiaba, apartándose de una en una esas impalpables pero densas brumas, que os iban cerrando el horizonte, os deja Dios descubrir claros celajes de un porvenir más risueño. Y esas esperanzas van creciendo y haciéndose más verosímil la dicha que de dia en dia se aproxima. Y los hijos á la par van sintiendo más viva la inclinacion á ser el consuelo y el amparo de sus padres; y el gratisimo deseo de convertir en realidad ese dulce presentimiento que los autores de su vida halagan en el fondo de su corazon, va adquiriendo lozanía en el alma de los hijos y haciéndose más eficaz y más formal con las nuevas muestras que cada dia dan sus padres, de esmero, de solicitud, de sacrificio. A las caricias cuando infante han sucedido testimonios de un amor siempre creciente, y el hijo, á la vez, responde con una resolucion más eficaz de consagrarse siempre á su honra y á su bien. ¡Ah! El padre, aún en condiciones de un sólido bienestar y un afianzado porvenir, siente imperiosa la necesidad de vivir siempre solícito tambien en mejorar su situacion, en sacarla incólume, á lo menos, á través de las contingencias de lo humano, con el pensamiento fijo en su familia amada. El hijo que ve los desvelos de su padre observa y calla; su amor se fortalece y en edad de comprender mejor el sacrificio y la hermosa intencion que lo arrostraba y su constancia; en esa edad el amor de un hijo hácia sus padres recibe el sello augusto de la perpetuidad.

Tormentas del corazon que arranquen como el huracan la secular encina de la selva, pero tan infrecuente como eso, serian solo capaces de llevar de las entrañas de un hijo un amor tan robustecido y bien formado. Que si tantas ingratitudes, tan vergonzosas perfidias, apostasias crueles del amor á los padres se ven hoy, es que algun amor adúltero, envenenándolo, lo ha muerto. Y adúltero llamo á todo amor que se ha hecho incompatible con el amor de toda la vida, de más allá de la muerte, con el amor eterno... que el Criador inspira y manda al corazon de los hijos pedazo del de sus padres. Inspirar amor á un hijo no es lo mismo que robar el de sus padres. ¿Quereis saber la señal, el distintivo del amor legítimo? Solo aquel que vive sin matar al de los padres. Y la persona que con otro amor ó sin amor roba del corazon de un hijo el amor que debe á los autores de su vida ¡tiemble!... Porque si tiene hijos, sus hijos le llevarán el castigo más amargo; si tiene esposo, su esposo; si nada tiene, con su propia mano lo hará Dios. ¡Robarle el amor á un hijo!... es destruir la obra de Dios; y quien destruye la paz de una familia, no exajero, la marca del condenado lleva en su frente y no lo vé.

VI.

¿Pero el amor de un esposo no es legítimo, y sin embargo, puede apagar en la hija el amor á su madre y á su padre? ¿Quién os ha enseñado que con resultados semejantes es legítimo ese amor? Legítimo al exterior, porque el matrimonio es segun ley, pero legítimo ante el autor del amor conyugal y amor filial? ¿Por qué pensais que esos dos amores los ha hecho Dios tan diferentes en tendencias? ¡Infelices! ¿Por qué pensais que repugna el uno, lo mismo que al otro arrastra? ¡Oh! Será para que existan juntos en un mismo corazon, en el corazon del hombre hijo, amando á sus padres como á padres con el uno, y á su esposa como esposa con el otro. Nó, las leyes que Dios ha escrito de su puño, jamás vereis que se pisen entre si.

Vuestros padres os aman, porque la voz de la sangre habla en su pecho, ¿y vosotros responderíais á esa voz con desamor? La voz de la sangre es la de Dios, y á Dios que os pide así que les ameis, le direis intempestivo? Vuestros padres os aman, y amarán á vuestros hijos. Hermoso cuadro verás en medio de dos generaciones; lazo sagrado sereis que una á los abuelos y á los nietos; ¿sabeis la oculta ternura de un abuelo que se ve reproducido nuevamente, y cuando apenas le resta ya si no el sepulcro? Pues si no os es amable vuestro padre matais esa ternura de abuelo; porque habiendo dejado vosotros de ser hijos, dejará de parecerle que son

nietos. Y ¿sabeis el encanto de que goza un nieto, apoyando sus tiernas manecitas en las trémulas rodillas de su abuelo? Pues ese encanto angelical es irrisorio, si al subir su amor hácia tu padre, en tu corazón vacío halla una sima donde sin llegar se pierde. Si tus hijos no pueden amar al padre de su padre, porque le niegas tu amor, ese encanto frustrado de tus hijos te condena: y si á pesar de negarle tú tu amor le aman, que le amarán, ese amor furtivo en sus manifestaciones, por no descomplacerte á tí, condena más elocuente tu conducta y es tu merecida afrenta. La voz de la sangre nunca muere si una pasión vergonzosa no la ahoga en la garganta; por eso el anciano sin pasiones ama al nieto, y el inocente niño que no las conoció jamás ama al respetable abuelo. ¿Es incompatible con el amor á tu esposa el amor hácia tus hijos? Pues ningún fundamento nuevo hay para que lo sea hácia tus padres.

«Yo no olvidaría mi deber que reconozco sagrado; pero el amor de mi esposa...» «¡Cómo! ¡amor llamas aún al que esa esposa te profesa! No, no es amor el de una esposa ó de un esposo que hace renegar al hijo ó á la hija del amor más antiguo, más sagrado, más puro, más noble que hay en la tierra. No necesitáis más pruebas: el amor conyugal lo inspira Dios, antes inspiró el filial, y lo inspiró hasta la muerte; para que no se escluyesen les dió tendencia diversa. ¿El amor de una esposa ó de un esposo, os hace helar en las entrañas el amor á vuestros padres? El amor de esa esposa ó de ese esposo no es el amor conyugal, porque no lo inspira Dios. Ó será un amor brutal que os embriagó, quedando estúpida el alma y sin sentimiento digno el corazón, ó será un egoísmo intolerable, tan criminal como mezquino y asqueroso, que te arrastrará á vivir errante y solo en la tierra, sin vínculos que amparen vuestra existencia en sociedad, inútiles para con todos, ridícula fábula de buen sentido. ¿Ó será que os hacen sacrificar los intereses más caros del corazón, á exigencias aéreas del tono y la calidad? ¡Vanidad visible! ¡Pero reirse! ¿Quién encuentra en sus labios risa, al ver renegar de un padre ó de una madre y hacer como que no se conocieran y existieran tales seres, porque el amor del esposo ó de la esposa que temen humillarse, no se ofenda?»

Lectores, no sé reirme; ante ese cuadro que al Criador rasga lo más esmerado de sus obras, yo me indigno. «Indignación de fuego es la indignación de Dios,» dice un Profeta. ¿Qué es esto? ¡Esto es amor conyugal! Esto es la espuma de la soberbia que precipita al cristiano... al tipo de la humildad, á la más ridícula de las vanidades á que puede llegar una persona atea y embriagada además por los miasmas de un corazón corrompido, vacío de todo sentimiento sano, repleto solo de hediondez del orgullo.

¿Y tenéis confianza en un amor que se os otorga á condición de asesinar en vuestro mismo corazón el amor á vuestros padres? ¿Pues cómo

la sociedad no nos castiga?» La sociedad no encausa nunca al corazón, lo encausa Dios. ¿Qué diríais si la esposa ó el esposo antes de pronunciar el sí pusieran la condición de privar á vuestros padres de la vida? Sabed, que tan de derecho natural y tan sagrado como no privarles de la vida, es no privarles de su amor. ¡Oh, y cuántas veces de este modo, lentamente consumidos por la amargura insoportable del dolor lleváis á los autores de vuestra vida al sepulcro! «¿Pues nos decís que abandonemos al esposo, que abandonemos á la esposa?» Nó, mil veces nó. No es motivo de divorcio; conviene, sí, que sepais de qué es motivo. Es motivo para hacerle comprender que secando en vuestro corazón de hijos el manantial purísimo del amor á vuestros padres, está secando el amor conyugal que le debéis á ese esposo ó á esa esposa. Es motivo para hacerle comprender que os enseñan á cometer la ingratitud más monstruosa y un género de nefando sacrilegio; y una vez reconocido el desacato, que al fin lo reconoceréis, la voz de la sangre ultrajada, que ahogásteis, resucitará en vuestro pecho, clamando contra quien la sofocó, y el primer impulso que os hará sentir será el de una santa indignación hácia quien os hizo apostatar..... ser..... ¿he de decirlo? parricidas.

¡Cómo! El día mismo en que los padres con lágrimas de gozo piensan llevar á su colmo la dicha de un hijo ó de una hija, ¿había de ser precisamente el desahucio de sus fueros? ¿El risueño día de las bodas de un hijo, desvelo de su padre desde la cuna, ese día había de abrirse el sepulcro al eterno amor del padre? Sin temor á nada y á nadie lo consigno; la verdad no debe permanecer más tiempo sepultada: la sociedad presente, tolerante en todo, para que se la tolere su estragada moral, llevaría muy á bien que esta verdad permaneciese en su prisión. Los derechos, los honores de los padres y las glorias de la ancianidad, forman ya la triste causa arrinconada y proscripta. El capricho, la vanidad y el egoísmo, es la gran causa de una juventud descreída y ofuscada que espera el día de quedar vencedora en la demanda. Y la causa del débil, ¿quedará sin defender? Los derechos de esa naturaleza están sufriendo una opresión ignominiosa; la naturaleza tiene que restablecerse en sus derechos. Los padres dejan de serlo desde el recinto del primer convite de las bodas, y los padres han de serlo mientras vivan. ¡Qué! ¿Se opone el cariño con la dicha conyugal? En cosas que nada afectan los intereses materiales de familia, ¿qué temes, hija ingrata, que te eche en cara tu esposo? ¿qué temes, hijo desnaturalizado, que te eche en rostro tu esposa? Tus padres piden tu amor y nada más; ni de interés material exigen de tus troges los contados granos que contenía una espiga; ni contra el interés ó bien moral de tu familia consentirían en tu daño ni una tilde. Piden tu amor, ese amor que cuando existe se manifiesta de mil modos, sin que esposo ni esposa del mundo deba ni pueda impedir, y que en sus manifestaciones solo muere cuando ha muerto, cuando ha

sido asesinado en el corazón del hijo. Ese amor piden que alimenta hasta la existencia física de un padre, que le compensa las amarguras de su vida, las pesadumbres, la responsabilidad enorme que han abrumado por tí su alma y su corazón; ese amor que honra á un padre más que la corona á un rey, y que te honraria á tí, piénsalo bien, mil veces más, que ese armazon postizo, monstruoso conjunto de anti-cristianas vanidades que haciéndote sordo á la voz de tu mismo Criador, consigue arrastrarte vergonzoso y desgraciado á tu descrédito y ruina á la voz mentida de Sirena.

VII.

Ni alegueis por disculparos rarezas ni extravagancias, y aun algo más que revelareis de vuestros padres. ¡Infelices de vosotros! Una vez estragado el interior, y sin amor á quien debeis amar, el Patriarca San José, que fuera vuestro padre, y María Santísima la madre, encontraríais, en vuestra imaginacion orgullosa y corrompida, por supuesto, motivos para vindicar vuestro criminal desvío. El amor no encuentra faltas, ni mucho menos las busca; desde entonces vuelve la espalda el amor. La inspiracion envenenada os entibió en las venas el amor á vuestros padres; debisteis rechazarla con varonil y santa indignacion; ¿qué hicisteis en lugar de la repulsa? Escuchando la inspiracion de nuevo, más hábil aún y más osada, os fueron ya indiferentes; hasta que en fuerza de escuchar ¡imbécil! ese insidioso acento, ese emponzoñado silbido de serpiente, derramando veneno sobre las venerandas figuras de tus padres, os los hizo repugnantes; merecedores, logró que los juzgáseis de justa animadversion. Eso, eso es, y no rarezas de ancianidad lo que os hizo renegar de vuestros padres. ¡Rarezas! ¡Si supieras tú las que tus padres te han sufrido desde que, envuelto en los pañales te velaban como á un ídolo, en vez de abandonarte como con ellos lo haces tú! ¡Estravagancias! ¡Qué extravagancias no vé un padre, en cierta edad, sobre todo, y sufre con cariño de su hijo! ¡Pero hasta *vicios* habeis descubierto en vuestros padres! Mirados con otros ojos, no los veríais ciertamente; pero, pues quereis que os lo conceda, os lo concedo. Decid: ¿no os avergüenza propalar los vicios de vuestros padres? ¡Qué estragos causa el amor propio para sincerarse de su crimen!

Desnudo, á la vista del público el crimen de la *ingratitude*, del desamor hácia los padres, se presenta á ellos, y, mil veces más audaz que si á fuerza viva destrozando sus gabetas ~~arrebata~~ *arrebata* el último residuo del mermado capital para acabar sus dias, penetrando en el santuario del hogar doméstico, arranca con mano sacrilega el último velo que guardó inviolables los secretos de la vida *intima* de la familia, pensando cubrir

con él la desnudéz de su crimen cometido contra ellos. No, no os cubrís con ese velo; lo que con él habeis hecho es poner el colmo á vuestra desnaturalizacion. Dios lo ha dicho; un abismo siempre ha llamado á otro abismo.

¿Los vicios de vuestros padres? ¡Ah! Yo no los creo, y cuando fuera, ¿como no pensais que vosotros los habeis tenido y los teneis? Y vuestros padres los veian y callaban, devoraban en silencio su dolor, nadie si no ellos se entristecía de vuestro lastimoso estado; aun los que llamábais íntimos amigos, á menos que su afeccion naciera de la virtud, no padecian; nunca el extraño se lamentó en el corazon, de tus vicios; en todas ocasiones casuales y rebuscadas manifestaría sentimiento, estendiendo así, imprudente á lo menos, tu descrédito; pero no te avisó el primero á tí, cauteloso y previsor, ni acaso nunca se creyó en ese deber. Solo tus padres padecian y callaban, disimulando tus vicios, indicándote tímidos tus desvarros, por recelo acaso de no exasperar tu condicion indócil que conocian más què tú. ¿Y quién te ha dicho que no padecen hoy mismo por tus desvíos, aunque tú no te ocupes ni aun de que existen tus padres, quién? Si otros vicios no tuvieras que el horrendo de no llevarles ya en tu corazon, sepas que tus padres sufririan, más que de verse abandonados ellos, por ser su abandono tu descrédito y tu afrenta. ¡Quien sabe si los tendrian si viesen en sus hijos el amor y la consideracion que deberian ver! Un padre conserva siempre dignidad en presencia de sus hijos; ¡qué en presencia! Mientras se acuèrda de que es padre siente una voz imperiosa que le reporta ó le contiene. La idea de que teniendo hijos desafeccionados ya no es padre, le dejó caer, acaso, en las flaquezas comunes á los hombres que no se encuentran con esa investidura respetable que á ellos mismos les impone.

Pero y seas tú ó nó la causa de sus vicios, ¿cómo te creés tú relevado de sufrirlos, si los tuyos los sufrió tu padre? ¿Cómo no los disimulas y los callas, si calló y disimuló los tuyos? ¿Y quién mejor que tú, con el amor de un hijo que hace como una misma persona con sus padres, podria separarlos insensiblemente de su vicio con ese tacto, esa prudencia esquisita que inspira el amor filial adoctrinado además en los secretos de familia?

El esposo ó la esposa que matando villanamente el amor en el pecho de los hijos conducen al abandono á los autores de su vida, é impiden los oficios de buen hijo en el centro y en el fin de su carrera, esperen que les acontezca á ellos lo mismo. Las mismas amarguras que hicieron devorar, devorarán: en esta vida y en la otra tiene Dios recursos en su mano para hacer sentir el dardo de su justicia sobre la cabeza de tan abominable criminal. La obra de Dios no se ultraja impunemente.

Desde la cuna hasta el sepulcro *respetará* el hijo á sus padres: desde la cuna hasta el sepulcro les *obedecerá*: desde la cuna hasta el

sepulcro les manifestará su *amor*. Esos tres lazos que os unen con vuestros padres, os unen con vuestro Dios. Esos tres grandes deberes para con Dios son tres sólidas columnas, que levantándose esbeltas desde la tierra hácia el cielo, son el centro sobre que descansa todo entero el gran monumento de la religion divina. Y demostrado que esos tres deberes ó dulces afecciones que llegan subiendo hasta Dios, nacen, se desarrollan y realizan *exclusivamente* en el seno de familia, queda igualmente demostrado que la vida de familia es el asiento, la gran basa de la misma religion.

VIII.

Pero la familia no está organizada solamente con los lazos que estrechan á los hijos con los padres. Existen lazos tambien que los unen entre sí. El amor filial, segun va expuesto, es esa hebra de oro donde se enroscan los otros dos vínculos de respeto y obediencia que enlazan directamente á los hijos con sus padres, en cuya persona se convergen los de todos como á su centro en un nudo. El otro vinculo que consolida la familia, deshaciéndose igualmente en delicadas hebras ó matices, es el amor *fraternal*. La segunda base del plan del Criador y sobre la cual el edificio social descansa, es el amor fraterno.

El amor reciproco de los hombres es un lazo invisible; pero tan eficaz para sostenerlos sin alejarse entre sí sus intereses materiales y morales, que á medida que esos vínculos se aflojan la vida social se debilita, sus intereses van cayendo en postracion, y desaparecen sus encantos. Y cuando el calor de esa afeccion que á los hombres enlaza, haciendo de la vida de todos una vida de robustez y de pujanza, ha llegado á decrecer y aún apagarse, quedando en el corazon hasta yertas sus cenizas; entonces la vida social, con todo lo que la constituye, presenta el cuadro del cambio que advierte el caminante en uno de esos paisajes más bellos y risueños de que la naturaleza hace ostentacion en lo más lozano de la primavera; y al pasar nuevamente en la rigidez del invierno encuentra, del frondoso bosque el ramaje desigual, desnudo el tronco, seca la zarza, sin césped la pradera y sin murmullo, congelado el arroyo de la fuente cristalina. No es exagerar: de una sociedad donde las afecciones se han helado, cuanto se diga será pálido. Está en la conciencia de cada uno, en la experiencia que la historia pone de manifiesto á todos; el interés privado, única voz que manda en todas las operaciones, poco de bello, poco de grande puede inspirar esa voz que tiene tan poco de encanto y de magistoso. La vida de la sociedad entera es la vida de un *mercado* y nada

más; si alguna traza, si alguna reminiscencia de dignidad social quiere dar otro aspecto más simpático á ese vivir sin entrañas, entonces, forzado y postizo todo, sin dejar de ser mercado, su segunda fase es un teatro.

Los hombres, no digo aún *deben*, los hombres *necesitan amarse*, sentir entre sí cierta afección, tratarse con la confianza que esa afección inspira, con cierta nobleza é interés en bien de sus semejantes, en fin, con cierto amor que no existe. ¿Y ¿sabeis por qué? Porque su corazón no se ha educado en la única escuela donde en el plan del Criador se aprende amar al semejante antes de conocer ni ese deber, ni esa necesidad de amarlo. Si de este principio os penetrais, ¡cuán grande valor concederéis de nuevo á la familia! Antes que en un niño se ha descorrido el velo que le impide ver con la razón, es lo ordinario, según los designios de la Divina Providencia, encontrarse junto á él otro infante á lo menos, á quien incesantemente ve acariciar de sus padres con las mismas manifestaciones, con la misma ternura y efusión con que á él le acariciaban, sin dejar por eso de acariciarle todavía. Vé que su madre le alimenta en el mismo pecho que él apenas ha olvidado; llámale hijo de sus entrañas con la misma embriaguez de dulce amor que desahogaba sobre él; oye los tiernos ensayos repetidos para hacerle articular esa primera palabra... la más dulce que escuchó su madre y que él no ha dejado de pronunciar como alimento de su corazón desde que supo articularla. Y como él ama á sus padres tan ciegamente que con nadie de la tierra compartiría su amor, este amor irresistible á sus padres que le hace identificarse con ellos, este es el primer origen de que el niño ame á ese infante á quien vé que tan estremadamente aman sus padres. Desde que viste, pues, otro niño junto á ti bajo el mismo techo de tu casa, viéndole objeto de un idéntico cariño al que había arrullado todos los momentos de tu infancia, fué disponiéndose en tu corazón el hábito de amarle con ternura. Pero ni la inclinación ni el hábito hubieran encontrado en ti donde apoyarse con firmeza, ni hubieran sido incontrastables y constantes, si una fuerza oculta y tenaz, una atracción irresistible y ciega no te hubiera aproximado el corazón hácia ese infante, haciéndote ver en él una cosa misteriosa, un sér al que tú te sentias unido de un modo dulce é inquebrantable á la vez, y como en virtud de una suave invitación á una cosa lisonjera unida con un mandato soberano que se siente espreso y no se oye, sin saber de donde viene. ¡Ah! ¿Cómo lo habias de saber entonces, si vivias de impresiones de los sentidos solamente y de instintos ocultos que ignorabas?

La voz de tu Criador que te mandaba en bien tuyo, sin saberlo tú, la obedecias. Es la voz vigorosa de la sangre; es decir, es el mandato, es la voluntad del Criador, escondida, amalgamada en el corazón del hombre, á quien, para hacerla cumplir desde mucho antes de conocer-

la en su razon, la intima haciéndola *sentir*, no estando en aptitud de hacérsela *saber* aún. Pues bien: esa voz de la sangre es lo que te arras-traba á amar á tu tierno hermano, y esa voz que Dios te hizo cumplir sintiendo, se confirmó y robusteció mostrándote siempre tus padres en sus brazos, alternativamente conmigo, y viendo tú en él una existencia identificada en cierto modo con la tuya.

Pero cuando tu natural inclinacion hácia tu hermano se sintió más claramente legitima y confortada, fué al ir advirtiéndole que él sentia hácia tí, y en todo lo manifestaba, la misma ciega atraccion que sentias tú hácia él. ¡Qué confianza tan íntima! ¡qué indivisible interés se establece entre esos dos tiernos corazones! Son dos séres, y se reputan uno. El que hace una muestra de cariño al un hermano, la hace al otro; y nadie ofende al uno sin darse por ofendido el otro hermano. Entre ellos si la irreflexion de la edad hizo que en un momento de arrebató su débil mano soltase incierta piedrecilla que tropezó en su frente, el rubor que se dibuja en su semblante viéndole derramar lágrimas por causa suya, el cambio súbito que experimenta de airado en compasivo y cariñoso, son testimonios elocuentes del indestructible amor con que se sienten unidos. Y tanto es verdad, que sus afecciones no se han perdido ni un momento; que la pueril diversion en que el incidente se cruzó, no fué interrumpida por más tiempo que el preciso para recobrase del susto al creerse herido y enjugar sus lágrimas. Y juntos nuevamente, la mariposa, la langosta, el pajarillo, vuelven á fijar su atencion, cambiando entrambos las evoluciones ó suertes que hacian su diversion.

El cariño de la infancia no sabe recibir ofensa. ¡Cómo! Él juzga á todos por él, sin ciencia del hombre, ni esperiencia, que no ha menester por su fortuna; él cree que sienten todos como siente él, y no se engaña; de nadie espera mal, ni teme; es franco, noble, confiado; es inocente..... Y como en todos sus hermanos encuentra, sin excepcion, idénticas cualidades, discrepando solamente en ser más festivo uno que otro, más tímido ó más resuelto, fácil uno, seguro el otro y apacible; pero en el fondo de su alma, los mismos lineamientos esenciales, viéndose el uno respondido en el corazon del otro, y encontrando en cada uno el fiel retrato de su alma, así como en el fondo de un espejo advierte su semejanza, en los contornos de su rostro, y en ciertos toques impalpables que no se desvanecerán jamás; ¡oh! todo esto junto; y esa cordialidad en el trato en esos años de vida íntima y encantadora de familia, verdadero trasunto de un paraíso en cada hogar doméstico, y todo á la sombra imponente y grata de unos padres á quienes sienten tierno amor, atraidos de un imán; á quienes todos respetan por oculto sentimiento que les hace respetar, y á quienes obedecen todos atenta y gustosamente sin haberles intimado acaso ni una vez sola que obedezcan, ó impuesto su autoridad; esa es, esa, la única escuela que el mismo

Criador fundó y abrió para formar ciudadanos que se amen, súbditos que obedezcan, católicos que se salven.

IX.

Resta mucho que decir: la voz de la sangre allí en el seno de familia, se fomenta como un gérmen que espera romper y desenvolverse á ese calor que su autor tiene graduado y prevenido. Ese amor naciente es una fuerza, y va adquiriendo su aumento y su vigor ejercitándose en su oficio, esto es, amando á sus infantiles hermanos que formarán vida con él. Y esa voz, ese gérmen de fraternal amor que sin tener hermano á quien amar, ó teniéndolo sin conocerle, se hubiera ahogado en el corazón antes de nacer allí, en vez de brotar y adquirir vida, la recibe en su grado de mayor pujanza de que es capaz siendo todavía irreflexivo, cuando la ve confirmada en la simpatía que despierta y en las muestras ~~inescantes de cariño~~ que el hermano le devuelve. Todo este lento y esmerado proceder se necesita para que la voz de la naturaleza, *antes de llegar á la razón no quede muerta por completo*, tan muerta como si no hubiera existido. Por eso, pues, vosotros mismos lo advertís, á nombre del derecho natural que es la misma voz del Criador inmutablemente declarada en él, á nombre suyo os lo íntimo; matar el amor fraterno es un género de infanticidio. Y lo cometeréis, siempre que priveis á vuestros hijos del calor sagrado del hogar doméstico. Vosotros no tendreis hijos; ni vuestros hijos hermanos. Nó: el amor fraterno se desarrolla y consolida solamente en la vida de familia, y como ese amor es, á la par que el filial, el único pedestal sentado por el Criador para levantar sobre él la estatua de cada buen ciudadano y buen católico, resulta que cuanto tiende á destruir en su origen el amor fraterno, por su cimiento destruye la obra de Dios.

La misma vida que mantiene á los hermanos en ocasion de que el amor fraternal no enmudezca antes de hablar, es la que, *en uso de razón lo lleva á su complemento*. Jamás se inculcará bastante esta verdad. Como sucesivamente van presenciando el advenimiento de otros hijos á esa dulce sociedad; como se han visto desde la más tierna infancia agrupados en torno de sus padres, amor personificado y protección viviente ~~derramada~~ sobre todos, y la alegría ó displicencia que su padre traía en el ~~semblante~~ la participaban en comun á manera que si fueren uno solo,

los lazos que los unian entre sí iban adquiriendo un género de fuerza oculta y como sagrada, procedente no de ellos, de los padres. Identificados con los autores de su vida, se sienten misteriosamente identificados entre sí, y como á medida que los padres los van advirtiendo más unidos, sienten más amor á todos y cada uno, y les es tan natural mostrarlo así con esas manifestaciones que el ingenio del amor inspira; viendo ellos sancionada y aplaudida su hermosa fraternidad por la autoridad más veneranda que conocen, el amor á los hermanos va tomando ya entre ellos un carácter como divino, como él es, que ellos no explican; pero lo sienten por tal, y como tal lo llevan en sus entrañas encarnado. Entonces la voz muda del Criador adquiere como una espresion articulada que se hace escuchar con todo el imperio de voz de Dios hablándole directamente sin sonido al corazon. Adquiere entonces la eficacia que el Criador quiere que tenga; y el amor fraterno pasa á ser para el hermano una inviolable ley; pero ley tan dulce al corazon á la vez que tan sábia y tan en consonancia á su razon, que el amor á los hermanos, más bien que un deber, le parece una virtud que le fué infusa, blanda llama que desde el cielo descendió á su alma sin saberlo él.

Llegado á este punto el amor fraternal jamás se borra. Yo os diré lo que suele borrarlo desgraciadamente; pero antes quiero confirmar la trascendencia esencialísima de ese amor, y, por tanto, los funestos resultados de ahogarlo en su misma cuna, haciendo notar nuevos designios que el Criador le ha dejado confiados. Hermanos y hermanas en reciproco contacto, en la vida más confiada y más íntima, por largos años y hasta en la edad de más peligro, de tentacion más fácil y de ocasion más propicia, no presenta si no como monstruoso fenómeno rarísimo ni un ejemplo de liviano abuso. ¿Qué digo abuso? ni un deseo habeis tenido necesidad jamás de sofocar en vuestro corazon. Un velo, una túnica impalpable y pura como la vestidura de un ángel envuelve desde el rostro hasta el pié al hermano y á la hermana. Ese velo misterioso que existe y no se vé, ese antidoto, ese conjuro perenne que ahuyenta los estímulos de la concupiscencia, lo diré, es en la ley general de la naturaleza caída como un honroso privilegio que el Legislador Eterno ha concedido de no sentir ni estímulos de su condicion en orden á los hermanos. ¿Qué ni habeis cometido abuso ni experimentado deseo? He dicho poco. El pensamiento que, si no es preparándole sus causas, es independiente y aún rebelde al dominio de la voluntad, el pensamiento mismo no vió empañado jamás el brillo de su cristalina transparencia en inhonestas ideas en la familia. Ni está toda la inviolabilidad reciproca de esas personas en ese recato, en esa limpieza del alma, en esa falta de estímulos sensuales, remedo de la condicion del paraiso; es una repugnancia innata amasada en las entrañas; pero repugnancia, no como la que experimenta á todo lo antipático al sentido, sino como el corazon la siente á lo inno-

ble y lo sacrilego. Si de estos asertos me pedis la prueba, es que no habeis podido conocer hermanos; preguntad á estos y os contestarán por mí. Pues bien; ¿quién direis que ha rectificado vuestra naturaleza nada menos para con ciertas personas, sino el mismo Criador? Y un privilegio (dejadme explicar así), un privilegio en la misma ley natural, ¿alcanzais á comprender bien lo que es? Yo, con toda la fuerza de la conviccion, os digo que muy grande, muy sagrada, de inmensos resultados tiene que ser la vida de familia, cuando, para conservar en ella el amor de los hermanos sin el peligro que corria, ha entregado á cada uno un diploma de inviolabilidad en su mano.

Esa es la escuela práctica donde el Criador tiene dispuesto tambien que el hombre aprenda á amar sin estímulo carnal, á enlazarse en amistad sin interés, á mostrar modales sin afectacion, á sufrir de sus semejantes sin rechazo, á sentirse inferior en talento y resultados sin envidia, y á oír la alabanza justa y presenciar la merecida distincion ó premio dispensada al hermano con prudencia, sin resentirse contra el dispensador de la fineza, creyendo al padre con la rectitud de oráculo. De modo que la mortificacion, la bien entendida educacion del amor propio, tremenda inclinacion desquiciada de nuestra naturaleza caida, y la primera que se hace sentir desde la misma infancia, tiene tambien en la natural organizacion de la familia el primero y el más eficaz, y natural remedio. No profundizamos en los designios del Criador. ¿Cómo, pues, aprovecharnos? Si hubiérais visto que un niño acaba de nacer con un bracito dislocado, ¿á cuándo esperaríais á ponerle en manos de ese hombre que, versado en los arcanos de su fisica organizacion, tocando diestro su vicio, le dejaria normal? Pues lo que en su condicion visible fuera esa imperfeccion ó desquiciamiento en solo un niño, es en la condicion moral de todos la inclinacion del amor propio. Inclinacion desconcertada que hay que volver á su asiento en cuanto cabe. Y ¿quién mejor podrá comprimir esa viciada tendencia que la hábil mano de los padres, mano que besará el hijo antes de enjugar las lágrimas del dolor que le causó?

De la educacion del amor propio, pues, la escuela está en la familia, porque solo allí está el preceptor. Solo; porque es operacion cruenta y solo en el padre está el derecho. ¿Decís que el padre lo delega en un maestro? Falta que el hijo lo sepa y lo comprenda, para que, en vez de reprimir un impulso natural, no lo exaspere, y convirtiéndolo en ira y encono hácia su preceptor, veais desarrolladas artificial y prematuramente las pasiones, los frutos del amor propio, ¡quien creyera! con los mismos medios empleados para debilitarlo en gérmen. Comprimir el amor propio es poner en prensa las fibras del corazon; es ponerse en guerra con la naturaleza, esta no cede si no á fuerzas superiores, y el niño, para ese efecto, no reconoce ningun superior si no á sus padres.

Un respeto exagerado que será temor servil y nada más, podrá hacer al niño tímido, pusilánime y en camino para estúpido; pero el amor propio que jamás se doblegó á la presion de autoridad paterna existe allí bullendo sordamente; carácter de fiera está formando poco á poco, y el dia en que desaparezca esa sombra que al parecer respeta, adulto ya el amor propio, le vereis fiera indomada é indomable. Sí, solo en familia; no hay delegacion bastante; cuando el hijo es capaz de *comprender* que un preceptor le reprime á nombre de su padre un impulso natural que ignora aún si es vicioso, entonces, há mucho tiempo que la oportunidad de comenzar pasó. Y no hay padre que en ese *tiempo oportuno* no sea bastante hábil, si el hijo le llama padre, para iniciar, á lo menos, la educacion que la naturaleza le encargó. Si el Criador ha hecho esfuerzos tan patentes pará establecer y hacer duradera y dulce y sin peligro la vida de familia; si la ha constituido además en escuela donde se desarrollan los sentimientos más hermosos depositados por su mano en gérmen en el corazon del hombre; y donde, de otra parte, se purifiquen y repriman las reliquias que á nuestra condicion le han quedado de su enfermedad original, ¿habrá un padre que no piense cometer crimen horrendo si concurre de frente ó modo oblicuo á destruir con su porte, en vez de conspirar solícito y gozoso á embellecer la obra de Dios?

Hijos formados en el seno de familia: ¡ah! no intentaré, no, deprimir en lo más mínimo á los que no han podido aspirar el suave perfume de esa vida. Solamente notaré que el hijo único sin la sociedad de hermanos, aún á la sombra de cariñosos padres, tendrá siempre su corazon privado de un bellissimo matiz de sentimientos delicados. Y los que, teniendo hermanos, han visto disuelta esa dulce sociedad cuando apenas se hallaban en edad de saborear sus atractivos, habiéndose aflojado los vínculos de ligar los corazones entre sí, cuando habian de estrecharse en el contacto de esa vida donde se verifica la explosion de afectos que reservaba ocultos en la sangre la calidad de hijos de un padre, esos también, no; jamás sabrán lo que es completamente ser hermanos. Cuando el afecto fraternal, aunque no en su complementó, se hallaba ya en su desarrollo, haciendo sentir esa misteriosa voz oculta que al hijo de familia le hace creer ciegamente que es una misma entidad indivisible con sus hermanos y sus padres; entoncés si su instruccion, si razon de interés moral ó material de familia alejase indefinidamente á un hijo del centro de sus hermanos, no temais; entonces espermentará más vivo el amor que abrigaba y no sentia; grandes dificultades habrán de ponérsele delante para no repasar tan pronto como pueda el camino que le alejó de la familia en cuyo seno, mejor que nunca, vé desde lejos el paraíso terrenal. Por ese hijo, por ese hermano no temais. Mientras viva llevará indeleble en sus entrañas la encantadora escena de su casa. Y un her-

mano será siempre una existencia como parte de la suya. El mejor amigo formará siempre detrás del menos entrañable hermano.

Al contrario: no hay persona de toda la sociedad en quien el hombre encuentre menos simpatías, aunque para mera amistad, que la persona de un hermano sin haberse apenas conocido en el seno de familia. No es un yerro de la naturaleza, es un yerro de los hombres; una consecuencia natural de oponerse á sus profundas prescripciones. El bellissimo amor casto, fraternal, no existe; porque se descuidó encender á tiempo su templada llama, y el afecto de amistad no prende en su corazon que lo rechaza con noble indignacion disimulada, porque se siente con legitimo derecho á algo más; es el corazon quien habla, y aun por modestia no se allana transigiendo, porque no puede transigir.

Hierro inflexible la naturaleza en toda ley, ó se respeta su forma, ó mejor que amoldarse, se quebranta. Sin amor, pues, que no existe, sin mera amistad que ni existir puede entre hermanos, resta solo la fria indiferencia del estraño; pero marcada de impotencia, aún para eventualeslazos de amistad. Hay más; desahuciada la voz de la naturaleza de encontrar *amor*, repeliendo la *amistad*, y sabedora de su *inferior* condicion á la de todo estraño, gustaria resignarse con su triste suerte, y ¡quién creyera! como con un signo de réprobo marcado en sociedad, tiene que *descender* otro escalon. No solo es menos simpática esa voz que el más ajeno; sin quererlo, tiene que ser hasta repugnante y *odiosa* á la familia. Esa voz, ese nombre que no puede arrancar de su condicion porque está encarnada en ella, es un severo fiscal de la sociedad doméstica; la más ténue falta en su conducta saben ellos que será censurada á un sin hablar si el fiscal lo sabe; y el temor á esa censura que, viviendo en armonía, seria la voz del Criador que conservára limpia y ajustada en todos su conducta, ahora ¡oh trastorno de la gran obra de Dios! ahora se convierte en odio á quien lo inspira sin quererlo, con ese nombre sagrado, indeleble, título ya de eterna animadversion. El plan de la naturaleza es un modelo acabado; el hombre que no se amolda, el tipo no lo lastima; él se desfigura y despedaza, y quedando frente al tipo, es juzgado por sí mismo con la afrenta de su audacia en intentar contrariarlo.

X.

Sin la vida de familia no solo no hay hijo para el padre, ni hermano para el hermano; no puede haber tampoco amigo para el amigo. La

amistad, ¡oh, cuánto se habla! ¡cuánto se escribe de amistad! ¡Qué alabanzas, qué vituperios se oyen y se leen de esa diosa en los tiempos presentes, sobre todo, en que se ha sentado sobre el trono usurpado al amor de la familia! No, no es científico dejar correr la pluma impelida por el desengaño ó la perfidia para trazar la amistad como un espectro de fantasmagoría. Ni tampoco es de filósofos tomar el pincel de hábil artista, bañar un lienzo de risueño colorido y en su fondo ameno presentar el ángel de la amistad vestido de resplandores, volando á llevar el consejo y el consuelo como un perfume aspirado en el trono de la divinidad. No: la verdad es lo primero; pluma que en ella no se inspire, podrá dejar en la imaginacion ciertos surcos luminosos que la despierten y aun agraden pasageramente; pero como en el horizonte esas ráfagas de fugaz meteoro que deja ver su vaga estela y desaparece sin servir de gozo estable ni de guia, así no aprovechará tampoco para nada práctico y sólido en la vida.

La amistad no es un ideal fantástico; es una exigencia legítima del corazon; desde la infancia hasta la decrepitud esa exigencia no se acalla; son sus tendencias racionales, bellisimos sus resultados, la amistad debe existir. La amistad es nada menos que una dilatacion del círculo providencial que ciñe á los hermanos á su centro; pero tampoco es más. Después de hermano es lo primero; antes que hermano jamás. El aniquilamiento de la vida de familia es la enfermedad mortal que tiene la sociedad entera en postracion; y una de las causas más poderosas de la extincion casi completa de esa vida sagrada á cuyo calor debe el hombre fomentar sus pensamientos y sus planes, es esa romántica tendencia de contar el número de los amigos por el número de hombres á quienes se saludó una vez. Y esa causa es de efecto tanto más seguro y más ineludible, cuanto aparece más noble repartir el afecto, que negarlo; y, hacer la guerra contra lo que se llamará la santa causa de la amistad, reclama, aparte de convicciones muy profundas, un carácter muy entero para presentarlas sin temor.

¡Qué triste espectáculo está presentando nuestra sociedad actual! En cada hombre buscamos y de improviso encontramos un amigo: amigos todos lo son; solamente huimos, nos alejamos y no conocemos al hermano. La casa de todos es la nuestra; y la nuestra es la de todos. Un hombre hay en quien ningun título vemos, ese es el único extraño que nos disgusta, de nombre se llama... hermano. ¡Que es esto! ¡qué ha de ser? Desde el momento en que el individuo de familia siente deseo de apartarse de ese centro, es que, en su conducta, intenta dejar de ser cristiano. Y el dia en que esa tendencia la observeis en la parte mayor de las familias, decid que la moral cristiana y la cristiana religion han emigrado del país de vuestros padres. El rubor de pecar á sabiendas del hermano es el freno más fuerte acaso que el ingenio de Dios ha escogitado y usa para contener al género humano en lo más impetuoso de la vida.

Tirante aún ese freno, la ignominia del pecado es imposible; pero si le veis romper, rompiendo con la familia, tenedle por caballo desbocado que ni conoce la voz dulce de su amo, ni vé ni teme el precipicio ni la muerte. Eso, eso hace decir que la familia es repugnante, y cuando no que hay un tiempo en que los hermanos conservan ya solo el nombre, debiendo ser reemplazados por amigos. No; solamente desde que se declara apóstata de las costumbres se esplica un hermano así. Y esto que la experiencia así lo enseña, vereis que mucho antes lo enseña el plan del Criador. Decidme: cuando en la dulce sociedad doméstica se aumenta sucesivamente el número de los hermanos, ¿hábéis sentido decaer el amor que os unía á los primeros? Nunca; cuanto más hermanos más amor; es que los séres que van presentándose á ensanchar el círculo de esa santa sociedad, en vez de conspirar á que los vínculos que os unian ya se debiliten, conspiran á su afianzamiento y robusted; y si á esto tienden, es porque hacen comun é inseparable la felicidad de todos de la suya. Y ese instinto sapientísimo, oculta voz del Criador, voluntad suya es que dure mientras dure en cada hermano la vida, adunando sus esfuerzos en prudencia y discrecion para coadyuvar de hecho al bien recíproco de todos. Solamente se creerán relevados de insistir en la realizacion de tan hermoso instinto de su dicha, con aquel individuo de familia que, por sus calidades personales, se encuentren en el caso de obrar con él, como obraría el maestro más celoso con el discípulo de quien agotada su paciencia, no hubiera alcanzado ni de alcanzar fruto alguno.

Pues bien: que el amor fraterno en vez de languidecer se vigoriza á proporción que el número de hermanos crece, está fuera de duda; lo está igualmente que eso pende de la dicha comun á que tienden todos con unidad de miras; y que esa tendencia debe durar toda la vida. Los amigos entran á dilatar con su número el círculo que ciñe á los hijos como á su centro á los padres; ellos son indispensables; pero como nunca pueden ser hermanos, es más exacto decir, no que dilatan el círculo, sino que forman un círculo concéntrico más extenso que lo es el de los hermanos, quedando este por centro, como por centro de ellos queda el árbol de los padres. En ese ante-muro del hogar doméstico, presentado ya un amigo, debe merecer de la familia entera la misma grata recepcion, aunque en su grado inferior, que mereció cada nuevo hermano al presentarse en ella. Tambien en su lugar de amigo, deberá aspirar al bien general de la familia, y en esa tendencia leal y eficaz, segun sus fuerzas, deberá perseverar toda la vida. Del mismo modo, quedando él, hijo y hermano, en la circunferencia de su hogar, se verá rodeado del respectivo círculo de amigos; en éste se fijarán en su sitio los hermanos de la familia anterior, y viendo de ellos la misma lealtad y consecuencia en todo buen oficio en su bien y el de los suyos, encontrará su amistad compensada, en su afecto [con afectos], y en sus palpables resultados,

con resultados tambien palpables y eficaces. Así las familias viven en su hogar como en modesta fortaleza; los hermanos son el muro; y cuando los amigos vienen en su proteccion ellos son ante-mural. Mañana cambia la escena, y los que hoy eran hermanos en su casa, van á formar el ante-muro de amigos en la ajena. El hombre que forme inmediatamente detrás de los hermanos y no tienda y fiel, y constante coopere á la dicha comun de la familia, será un explotador de la confianza ajena, un traficante de géneros sagrados que arrancó al inviolable santuario de su hogar, será el cómplice de un hermano imbécil ó inesperto á quien precipite ó arruine; pero amigo no será. El verdadero amigo, despues de hermano, es en la tierra lo primero; pero conoedor de su alta estima jamás aspira á ser tanto, mucho menos á ser más. ¡Ah! Si hubiera de ser lo que el hermano, los vínculos de la sangre, ¿á qué? ¿Á qué esa escuela vedada por tantos años á todos, si no á los hijos? ¿Á qué esa sociedad casi divina, envuelta en el velo del misterio por la mano del mismo Criador? Allí se consumaron goces muy puros y sentimientos muy amargos; pan celestial de la familia que, amasado con las lágrimas del gozo y del dolor de todos; maná conservado, como en el Arca, en el pecho, en la tradicion cerrada de familia, no puede repartirse con ninguno. ¡Oh! ese secreto inocente, archivado en el hijo y el hermano, es el encanto sin igual, el atractivo más dulce y eficaz, y la voz más poderosa que al hermano le dice irresistiblemente: «Eres mi hermano.» ¿Cómo, pues, os atreveis á hacer de estraños lo que el mismo Criador no se atrevió nunca á hacer?

¡Pero un amigo me decís; un verdadero amigo es mejor que no un hermano! Lenguaje del mundo es ese; de la verdad, de la ciencia, de la experiencia, deslindada á sangre fria, no lo es. Os niego verdadero amigo, amigo que se interese por vuestra fortuna, vuestra honra y vuestra vida con igual solicitud y teson que lo hiciera por la suya, si su amistad no está basada en la virtud, si su afecto natural no tiene el temple cristiano, si su decision por tí no la arranca y su constancia no la ampara motivo de religion. Si un hombre, en traje de incógnito te hubiera sacado de un tremendo lance á impulso de cuantas prendas constituyen al verdadero amigo; si de improviso se descubriera diciendo: «soy tu hermano,» ¿negarás que su gran rasgo en tu favor lo encuentras menos heróico que pensando era de amigo? ¡Ah! ¡y el sacrificio es el mismo! ¡y el beneficio tambien! Pero es que, cuando lo más que el amigo pudo hacer lo hace el hermano, el corazon no se sorprende, ni lo admira, y esto prueba, callando, que el hermano, sobre ser cual verdadero amigo es por virtud, es además... el hermano. ¡Y no entendeis que la virtud que al amigo lo hace verdadero amigo es inconstante y movediza como la voluntad donde ella asienta! Cayendo su virtud, entre las mismas ruinas vereis derribada su amistad. Lo mismo puede bam-

bolear y caer la virtud en el hermano; pero queda la naturaleza en tu favor, porque no pende de su voluntad. Del hermano virtuoso podrá la estatua caer; pero el pedestal jamás.

Y los bienes materiales, ó fortuna, que se allegan en improbo trabajo, y se ciñen y encarcelan como el muro de bronce con la palabra propiedad; recurso presente de sola y exclusiva la familia, y legado inviolable á los que de la misma nacerán, ¿creeis que son amigos los que *produzcan, y conserven, y fomenten y vinculen* lo que vosotros hayais de consumir y vuestros nietos? Pesan sobre ellos idénticas atenciones en su propia casa; si en algo os tienden la mano, haced lo mismo con ellos, y quede en pié la gratitud.

Ni ocupa el último lugar el interés del *nombre* de familia encarnado en la naturaleza en nuestro mismo amor propio; eficaz estímulo de nuestra actividad por un lado, y de otra parte de nuestro decoro y dignidad. Plausible, por tanto, en este limite, tachable solo desde que el amor propio se levanta, se engríe y toma las formas repugnantes del orgullo. Y ese buen nombre de familia, ¿sabeis bien lo que vale y lo que cuesta? Los hijos que lo han heredado necesitan ser esclavos de ese pensamiento en todas las evoluciones de la vida. Vale mucho, la sociedad no tiene entrañas, el individuo sentirá con la elevacion de caballero y caridad de cristiano; pero la sociedad está acechando la apariencia sola de una falta para reputar tiznado aquel buen nombre con el más negro borron. Es que la parte de sociedad que no posee esa gran joya, sienta el instinto egoísta de que ninguno la posea; y la parte que disfruta ese timbre y su prestigio, más cauta, más disimulada, más fingida, está anhelando la desaparicion de sus rivales.

Si *conservar* el buen nombre reclama tanta pulcritud en todas las acciones de la vida, y esto es ya empeño de mucho teson y vigilancia, ¿cuántas y cuáles creeis que habrán de ser las condiciones necesarias para *crearse* ese buen nombre una familia? No espereis que los amigos conserven lo que está vinculado al porte de solos los hijos conservar; pero mucho menos imagineis, siquiera, que los amigos den la existencia ó créen ese buen nombre de familia que sólo la familia ha de crear. Para conservarlo, podrian intervenir á lo más *conteniendo* el pié de uno ó más individuos de la misma al pisar fuera de su buen camino; y esto solo harto difícil es ya cuando el hijo de familia, por su edad, no necesita de tutor; mas en orden á crearles el buen nombre, la intervencion es ninguna. Cuantos tuvieron parte en su educacion desde la infancia, le instruyeron, le moralizaron, le formaron hombre, cultivando su corazon y su cabeza, esos tienen, sí, intervencion en su honrado nombre; y esos amigos han tomado en todas las lenguas el peculiar dictado de maestros. Tendrá interés el verdadero amigo, pero él no hará jamás, porque no puede, lo que podeis y debeis vosotros solos.

Y la *duracion* de la amistad ¿podrá equipararse tampoco con la duracion de la familia? ¡Ah! ¡Cuántos incidentes desunen por un momento la voluntad de los hermanos! Si el vínculo que los estrecha fuera sólo voluntad, deshecho el lazo, ¿cuántos hermanos encontrarías ya debajo de un mismo techo? Pues el amigo, unido sólo en versátil voluntad, ¿no temeis que ha de volver la espalda, no por culpa de él, sino por motivo que un día, como al hermano, le dareis? ¿Y no tiene el amigo sus intereses personales? ¿No tiene tambien familia? ¿Deberes que cumplir con ella? ¿Suertes que liguen su suerte? ¿Ningun accidente de su vida ó de los suyos, será más que tu amistad? ¿Es tú adoptado? ¿Es tu esclavo?

Ni pudiendo ni debiendo ser así, y sabiendo que por tí rompió con todo, ¿cómo hay hombre que no tiemble de verse junto á un amigo, mal amigo, que para serlo cual es, renegó de sus hermanos y apostató de sus padres? ¡La verdadera amistad! ¡Ah! Esa amistad es la expansion del cariño concentrado en la familia; esa amistad la pone en contacto con todos los asociados, y se difunde entre ellos la vida represada en el hogar doméstico; los amigos conocen á fondo á la familia, clasifican en cada individuo de ella su carácter, su aptitud y sus tendencias, y á manera que un tertulio se dice que presenta á un amigo en cierto círculo escogido, los verdaderos amigos presentan en la sociedad el carácter y demás calidades de los suyos, antes que estos hayan contraído mérito ó título alguno que les haga acreedores á su deferente recepcion. Así la familia vive ya en la sociedad, no habiéndola frecuentado todavia. Son los amigos limpios veneros, por donde esa vida oculta desliza encauzada hácia la corriente de la gran vida social, que la recibe en su seno de lejanos manantiales; y si un dia adquiere así caudal y fuerza esa corriente; devuelve en generoso retorno á la débil vida individual ó de familia, las ventajas y el vigor de la vida colectiva.

El amigo prepara, pues, sin officiosidad ni aun intento en ocasiones, la simpatía y buena acogida de la familia en el estenso círculo social. Él la preserva de la censura y acritud; él la defiende y saca incólume, cuando preservarla fué imposible. Y es que el amigo se honra en apartar de la figura de su amigo y hacer girones el ropaje con que se le viste por error ó antipatía para presentarle en desventaja, ó ridiculo, ó tachable: se honra en arrancar la máscara al pérfido que, no pudiendo de frente y con verdad, le asesta el golpe por la espalda con el puñal más vil de los puñales: se honra en fin, en decir y hacer por el amigo lo que en sus labios fuera indigno; que la alabanza verdad, brillante y rica perla en la boca del amigo, en la suya propia quedaría envilecida.

¿Se necesita decir más para entender la importantísima mision que en la vida desempeña, el altísimo concepto que se merece el buen amigo? Sin él no hay familia que por sí sola se baste. Dad que casa tal, sea un Torreón de defensa inespugnable; aislada de todo contacto en sociedad, esa

casa se convierte en cárcel primero, y en sepulcro. Si por maravilla se bastase, pocas satisfacciones experimentaría esa familia: tendría además graves motivos de temer una catástrofe que á pocos consternaría. La amistad ampara, honra y dulcifica la vida de familia; un umbral hay que lo reputa sagrado; noble siempre y cariñosa, sintiéndose allí en el *confín* entre la familia y la amistad, aun viéndose instada se detiene, recelando lastimar y quedar ella lastimada. Siendo imposible describir los bienes y los encantos de la amistad verdadera, resta solo consignar que esa amistad con sus encantos todos y sus muy sólidos bienes la pierde el hombre, más exacto, no la alcanza, si nó cultivó su corazón en el cariño y confianza peculiares del trato con sus hermanos. Sin esa vida donde el gérmen que el Criador depositó en el corazón, va desplegándose pausada y dulcemente y sin la que el hijo no se forma para el padre, ni hermano para el hermano, es un discurrir superficial creer formado un interior de amigo para el amigo. Juzgareis tenerlos y amigos los llamareis, pero no tendreis amigos. El amor al hermano, es en su fuente, el amor de la amistad. Si jamás brotó esa fuente ¿con qué amareis al amigo? ¿Ni cómo el amigo os amará? El afecto que os enlace conozco cómo se llama y lo que vale. Solo os diré, que cuanto en la vida humana no descansa en el principio ó base que el derecho natural le tiene señalado, el tiempo se encarga de presentarlo en el suelo hecho pedazos. ¿Quereis no esperar tanto á convenceros? Preguntad á esa matrona pensativa que llaman experiencia agena.

No hay remedio; si la amistad, aun la de legítimo origen, no tiene por condicion ser sus vínculos indisolubles descansando las *mas* en fundamento falso, ¿os estrañará esa multitud de amistades deshechas ó estrepitosamente quebradas? La simpatía está muy lejos de ser un lazo de amistad; podrá ofrecer la ocasion ó coyuntura para estudiarse dos hombres, pero amistad fundada en ella sola, seria amistad pueril. Resta solo el interés; será embozado, por supuesto; de la parte que le espera; más bien pronto la adulacion que empleará como el mejor disfraz para presentarse amigo, ruborizando á la amistad si no es estúpida, le alejará de su presencia; y cuando así no le cayera el antifaz, versátil por condicion el interés ó fortuna, ¿cómo no sesgaría tambien villanamente esa amistad? No; no es simpatía, ni interés escondido en falso amor; la escuela del buen amigo, es la escuela del hermano. ¡Cuántos bienes se atesoran en la vida de familia! ¿Y es posible que hoy esté casi extinguida, casi antiguada esa vida? Pues ni esto es todo lo que en ella hay que aprender.

Hijo junto á su padre, aprendió á ser hijo; se encontró luego entre hermanos y fué hermano; hermano se encontró entre amigos, y supo ser tambien amigo. Réstale ser de todos coneciudadano, y lo será. Hallándose formado, sin saberlo él; con todas las condiciones de serlo na-

tural, y por consiguiente fácil, el porte que debe con todos observar, sencillo le será todo. Semejante, aunque menos que hermano, es el amigo: parecido, aunque menos que amigo, es todo conciudadano. Esa intimidad, esa franca expansion y ese esmero singular en ser grato y complacer en toda circunstancia al hombre amigo, cabe solo para con hombres muy escogidos y contados; pero esa afabilidad sincera, fruto espontáneo de un corazon que sazónó al calor de confianza ciega entre séres que reputaba, identificados con él; esa afabilidad, semblante fiel de un interior sin doblez, comun al hermano y al amigo, le será sencillo y dulce mostrarlo á todos los hombres, porque son sus semejantes; porque se representa á cada uno en su respectivo hogar á la sombra augusta de sus padres, como él, y como él en la vida íntima y respetuosa y grata entre leales y cariñosos hermanos. ¡Oh! Si la gran muchedumbre de los hombres llevara grabado en su imaginacion el cuadro de la familia, en su memoria sus santas tradiciones y sus prácticas sencillas vivas en el corazon! ¡Qué bello afecto se establecería entre los más desconocidos! ¡Qué verdad en sus palabras! ¡Qué interés! La defeccion y el crimen contra sus semejantes más estraños, representados entre hermanos! ¡con qué viveza les pintaría la ignominia delante de sus ojos! Borrada la vida de familia, cada hombre vive como si fuera el mundo para él; vé solo en sus semejantes ó un apoyo para escalar el fin de su egoista aspiracion, ó si eso no vé, en el hombre vé un estorbo. Yo quiero conceder que para educar al hombre se le haya iniciado en las mejores teorías; fuera de esa escuela que preside Dios, la más escogida teoría no llega jamás al corazon; así la vida práctica no existe, no existe, nó, la vida real, ni sus encantos naturales, ni su paz sólida, ni su sencilla dignidad. La vida social no es más que un drama, un drama ni áun verosímil, y el hijo del Criador, renegando su nobleza, acepta un papel que le envilece, sin ser quien debe para nadie, ni tampoco para él. ¡Qué harán si no *comedia* los hombres con el corazon vacío de sentimientos reales, teniendo á la vez que representar verdad!

No hemos nacido sin causa, ni nuestro destino es al *azar*. El Criador quiere al hombre para dejarle en sociedad; las personas entre quienes su autor la deja, esperan algo de él, y á su vez algo le deben tambien. Autor de la humanidad convocada sobre la faz de la tierra, en esa inmensa asamblea que llamamos sociedad, que de medio en medio siglo advertimos casi por completo renovada, sin intrusion de nadie ni desercion de alguno, donde cada individuo tiene su asiento, sus derechos, sus deberes y su fin; á esa asamblea creada, organizada y presidida por una misma Persona que no envejece con los siglos, era natural y lo exigía la honra propia del autor, que preexistiese, que la hubiese dotado de una escuela de digna *preparacion*, sana siempre en la doctrina, en principios invariable y hasta en el método idéntica, llevando en

miniatura el corazón de esos niños tan en consonancia ó parecido con el de los que en sociedad figuran, como la hay entre los delicados contornos que el tierno arbolillo nuestra en su hoja en defendido meridiano, y el aspecto de la gran copa del árbol de la misma especie robustecido por los años.

Ese centro de instrucción sagrada, á la cual está inflexiblemente unida la suerte de la Asamblea universal, era imposible que el responsable de su buena marcha y de su fin no la hubiera preparado; la tiene en verdad, y adivináis que ese centro de instrucción del corazón del niño es la familia; pero además quedais convencidos creo, de la dependencia inquebrantable que existe entre esa sociedad y esa familia, entre ese conciudadano y ese hermano, quedando patente á vuestra consideración que solo el corazón, desarrollado al calor de esa vida de preparación, encierra los sentimientos que formen al amigo y encadenen con afecto blando y fuerte y natural y no fingido á todos los ciudadanos. Este es el plan del Criador; en principio lo habeis visto, y no pudiendo quebrantarse jamás una ley sola de las que forman la inmensa trama de ese plan, sin que se aflojen y resientan otras muchas, advertireis lo que tristemente todos advertimos; desde que la educación del corazón del hombre no se recibe en familia, escuela que el Criador preside, la sociedad, sin aspirar ese aliento no parece igualmente presidida por su autor, y en efecto no lo es; obra de solo los hombres, ignorando ó huyendo desde su origen de su sabia prescripción fundamental, Dios se levanta contristado, y á su despecho la abandona, por indigna de ellos mismos y reprobada de su Dios. Si dentro de su plan organizado tendria el Criador y tuvo siempre que tolerar flaquezas de los hombres, como el buen padre de sus hijos, ¿por qué nos causa estrañeza el cuadro social que presenciamos fundados contra ese plan? ¡Con que solo en la vida de familia puede formarse el corazón! Solo; porque está casi extinguida, la sociedad casi es Babel: marchamos hácia un abismo; porque hemos abandonado nuestro Dios, que nos velaba en la cuna, nuestra guía ya no es Dios; Dios espera; hijos teneis en la infancia todavía; que ellos no se alejen de su Dios, alejándose de la familia, y la sociedad contará con su presencia y su dirección divina.

XII.

Y esa escuela de formar hermanos, y amigos, y conciudadanos, ¿cuánto tiempo deberá permanecer constituida? Dos respectos principa-

les dió Dios. Y séres que así honra Dios, ¿á esos séres dejareis? ¿Os autoriza á eso Dios? Solo el hermano formó el corazon encantador de hermano; solo él, el bello ideal de verdadero amigo; solo él, el dulce carácter que te engolfa en sociedad, en esa sociedad que ahora antepones postergando á la familia. Y séres que te han formado la mitad de lo que vales, lo mismo que á ellos les debes, ¿lo harás servir para alejarles como indignos de quien eres? ¡Son estas las miras del Criador!

La familia es imposible que viva siempre agrupada en torno de sus padres; pero por lo mismo que no es dado á los hijos sentarse á la misma mesa, los vínculos del corazon deben adquirir y adquieren más fuerza en su tirantez del alejamiento involuntario. El hijo que en nuevo estado, abraza á su padre en el umbral, donde su padre queda traspasado el corazon y llorando su partida, ¿me hareis creer que piensa ya haber cumplido con los últimos oficios de buen hijo? Deberes que en las entrañas van grabados, por sí mismos hacen experimentar el deseo de cumplirlos; y es tan seguro que esa voz interior no se ha apagado al traspasar el umbral de la mansion paterna, que aquel de quien se pueda afirmar que en ese trance dejó de reputarse hijo, sin vacilar os diré que no lo ha sido jamás. Nunca acaso sintió con más viveza un dolor, ni más fuertes las afecciones tiernas hácia los autores de sus dias, ni nunca comprendió mejor el imán que ellos tenian, ni experimentó en su corazon el gran vacío que dejarán un dia; que, cuando solo al alejarse de su casa, le queda allí la mitad de su existencia y el encanto más dulce de la vida. No se presentará, pues, ocasion en que el amor filial no la aproveche solícito, como el niño, en mostrar á sus alejados padres que existe vivo y hermoso en su pecho aquel tiernísimo cariño con que les amó desde la infancia. Y esa carta, encargada de salvar distancias incalculables para traerles una espresion de su amor, ¿con qué alborozo la reconocen sus ancianos padres! ¿con qué oculta emocion la léen! sus trémulas manos saben apenas fijarla ante los ojos apresurando su temblor; ¿qué recuerdos, desde la cuna de aquel hijo, se agrupan á su imaginacion! ¿qué dulces emociones! Dios mio, dice en su pecho, el amor de este hijo es mi alimento, él sostiene el aliento de mi vida que se acaba; Dios me inspiró el noble amor que yo le tuve cuando comenzó á vivir, y sin perderse jamás le inspira á él el que me conserva á mí, próximo ya mi sepulcro. La vida humana es falaz; pero existe siempre una verdad; el amor de la familia: mis hijos encontraron mi amor y mis desvelos en la cuna, y ellos me devuelven, á su vez, sus desvelos y su amor hasta mi tumba. No es esto la obra de los hombres; la obra es del Criador. Perpétua es, pues, la familia como centro encantador, siempre estable y segura en el borrascoso torbellino de la vida.

PARTE SEGUNDA.

I.

Buen hijo y buen hermano dentro del umbral doméstico, leal amigo, grato convecino y fiel con sus iguales, y súbdito dócil y obediente en sociedad, cualidades son que constituyen un hombre, y que se adquieren exclusivamente en la familia. Pero ese es el hombre temporal, y aún no en su complemento á la verdad. En el plan de naturaleza, ya no hay duda, ese es el hombre, y por tanto la familia, cual tiene ordenado el Criador. Dios habla por la naturaleza; Dios habla en la revelacion. Y el Cristianismo, el gran plan de la elevacion del hombre ¿creeis que habia de estar en discordancia con el establecido para servir de firme base á esa fábrica sublime? La primitiva elevacion del hombre, ¿descansaba sobre otro cimiento acaso, que sobre el plan natural? De tan grande elevacion cayendo el hombre, se desplomó con él el suntuoso edificio sobrenatural en la área del paraiso; más quedando siempre incólume en la humanidad la condicion natural, siempre tambien será ella el cimiento de la nueva elevacion conquistada por el Hombre-Dios en la cumbre del Calvario.

Y no siendo este propio lugar para poner de manifiesto detalle por detalle, que la religion del Crucificado, en su dogma y su moral, no solamente no está en pugna, si es que en la más concertada armonía con la religion de la razon y del corazon del hombre; quede sentado en complejo que la religion del Salvador descansa sobre la religion natural,

como sobre base dispuesta y preparada en el plan de creacion para hacerla realizable. Sin ella, el Cristianismo seria una brillante teoria que jamás llegaría al corazon. No, la teoría del Calvario es demasiado práctica desde su origen para no serlo en su objeto y en su fin. ¿No habeis visto claramente que el Criador tiene dispuesta la organizacion de la familia para desarrollar allí y formar al hombre en lo que se constituye tal? El sér cristiano no hace sino elevar su condicion; ¿quereis demostracion más concluyente de que *en la vida de familia donde se forma el hombre como hombre, es donde tiene establecido Dios que se forme tambien como cristiano?* Esto bastaba ciertamente, pero lo vereis más claro. El hombre sin ser cristiano no puede alcanzar su último fin; ¿y qué ha podido proponerse Dios al presentarle en la tierra, y presentarle peregrino, haciéndole pasar por el desierto, acampado bajo tiendas movedizas? ¿Qué ha podido proponerse sinó llevarle á una tierra prometida, donde repose ya en paz, libre y triunfante de las molestias y asechanzas de enemigos, que salen á su encuentro en el camino? Sí, Dios lo ha dicho: la conjetura es un crimen; al otro lado de la muerte, al hombre le espera Dios, y le espera para que goce con Él. Esto es lo que se *propone* Dios, por eso es el *fin* del hombre.

Demostrado como está que al hombre en camino, en tiempo, en sociedad, le quiere Dios en la vida de familia, inseparable de su condicion su último fin peculiar del Cristianismo, resulta igualmente demostrado que la vida de familia es la vida del cristiano. Ningun derecho de cuantos invisten al padre sobre sus hijos por naturaleza, deja de estar confirmado en el plan del Cristianismo, ni existe un deber de cuantos ligan con su padre al hijo, que no haya recibido en el Evangelio su sancion. El héroe del Evangelio ha *devuelto* á los padres la *perpetuidad* en el carácter de esa sociedad, familia, declarando indisoluble, como en el principio de los siglos fué, el lazo entre los consortes, y como segun plan natural que violára el capricho, debió ser. Y con ese *inalterable* carácter de superioridad en la persona de los padres ha hecho igualmente *estable* la dependencia de los hijos; confirmando á más sus vínculos de derecho natural ó sus deberes de amor, de respeto y de obediencia, perpétuos como la vida, y despues, como la memoria de la muerte. El mismo Dios forna la familia, los hombres bastardean su organizacion; preséntase Dios personalmente entre nosotros, y con palabras de su misma boca, echando en rostro el abuso, la restablece á su estado primitivo y para siempre.

No sé, lectores, si de parte de nuestro Criador y de nuestro Redentor, pedireis aún más interés, más esmero ó más formalidades, antes que asintais y os conformeis en cuanto á la importancia que le dá, la predileccion con que la atiende y la parte que Dios toma en la familia. Diríase que intentó Dios reasumir en brevísimas palabras la confirmacion ó sancion cristiana á la organizacion de la familia, dispuesta en la creacion, con objeto de grabarlas más y fijar más vivamente la atencion. «Jesús,

dice el Evangelio, vivia juntamente con sus padres, crecia en sabiduría y en virtud y les estaba obediente.» ¡Qué profundidad, gran Dios! Si en el Evangelio se hubiera consignado que viva con su padre el hijo y le obedezca, ¿qué alegaria ya el cristiano? Pero á más de tener ese sentido, y valer tanto como eso, ¿no advertís una fuerza extraordinaria que desarma la rebelion del mal hijo á la potestad paterna? El niño, el Hombre-Dios, vivia con sus padres y les estaba obediente. ¡Qué ejemplo! ¿Y sabeis en qué está su más discreta leccion? En que presenta ser tan natural, tan conforme á la voz de la sangre vivir en compañía de su Santísima Madre y santo Esposo, como que fuese esa vida el único centro en que pudiera pensar Dios que nada puede querer fuera del órden invariable.

La religion cristiana es eminentemente práctica; por eso las personas llamadas al cargo de hacerla practicar, era imprescindible que se hallaran revestidas de dos caractéres especiales, *autoridad* y *ejemplo*. Autoridad más encarnada en la persona, que la autoridad de padre; ejemplo más patente, más perenne, ni más eficaz que el del jefe y autor de la familia, el mismo Dios no ha sabido depositarlas mejor ni hermanarlas en persona alguna con preferencia á la del padre. Si al depositario de todos los poderes que el Salvador dejó en la tierra, quereis designarle por el carácter más augusto, le llamareis naturalmente «el padre universal de los fieles.» Autoridad y ejemplo, sí; eso necesita el hijo desde su primera infancia para ser prácticamente cristiano, y eso lo encuentra en sus padres. La ciencia, ó mejor doctrina, es lo de menos; no entendeis, supongo, que por no ser esencial; lo digo porque aprendida una vez, difícilmente se borra; lo digo porque es y debe ser más compendiada y sustancial de lo que acaso se piensa; lo digo, en fin, porque en breves dias puede grabársela en la frente el párroco que ha de darle con su mano el alimento del alma. Todo lo demás del Cristianismo para el jóven, se encuentra en el corazon; en país católico, rarísimo será el cristiano que deje de ser cual debe por defecto de doctrina. Formar el hábito de una conducta arreglada á la ley del corazon, más clara y concretamente formulada en el decálogo; y á los sencillos preceptos de la Iglesia, eso es formarse cristiano, y eso es lo que principalmente tiene Dios establecido se consiga bajo la sombra apacible de la autoridad paterna y de su ejemplo. Si la vida cristiana consistiera en creer y en el cumplimiento de esas prácticas externas, que reúnen á los fieles en el lugar sagrado, sin exigirle nada al corazon, ó en un sentimentalismo poético y vago solamente; entonces sin la tutela de los padres podia el hombre ser cristiano. Ni tampoco le fuera imperiosamente necesario, si aún consistiendo en lo que consiste ese vivir, conservase siempre sus instintos naturales en esa débil dependencia á la razon en que la austeridad cristiana no encuentra que contrariar.

Pero esa docilidad, esa educacion de los instintos, ¿en qué escuela se recibió si no se recibió en familia? ¿No es allí donde se *dignificó* la condicion natural del corazon? Réstale mucho que hacer para hacerse condicion cristiana, y solo allí donde *principió* tiene que *consumar* su obra. Un tiempo llega en que el corazon mejor formado, siente pugna de todos los días y de todos los momentos entre lo que solía desear y desea todavía su razon y lo que los sentidos le demandan con imperio. El alma y el cuerpo se declaran enemigos. ¡Pobre hombre! Y por si la tormenta preparada sobre su cabeza no es bastante peligrosa, además de las pasiones de su parte menos noble, su mismo espíritu se inflamará en pasiones más terribles que si llegan á estallar le volarán como la mina por la fuerza comprimida. El distintivo más noble de la conducta cristiana consiste en tener siempre del freno los instintos malos de nuestra materia y de nuestro espíritu. La condicion del hombre sobreescitado, comparadla, sin temer, con una fiera; ¿y quién no entiende que más sencillo y más estable que no tenerle del freno constantemente, es dulcificar con lentitud su feroz inclinacion y todas sus tendencias depravadas? Indecible ventaja cuenta ya el jóven corazon que adquirió en la escuela de familia el hábito de amar, y obedecer, y respetar; pero eran tendencias naturales que necesitaban solamente *desarrollo*, al paso que naturales estas igualmente, hay necesidad de *contrariarlas* y dejar su existencia amortiguada, ya que muerta es imposible. El gran trabajo que le resta es tan ingrato como luchar contra sí mismo. Decídmelo; ¿lo hace esto un jóven? ¿No es imprescindible que una persona identificada con él haga por su suerte eterna lo que él no hará por repugnante, porque ni piensa en hacer? ¿Quién si no el único que le enseñó á cumplir deberes dulces cuando no los conocía, podrá habituarle á resistir inclinaciones tenaces y seductoras? ¡Qué fuerza de autoridad se necesita para mandar en las entrañas! No basta ser *legítima*, ni *sábía* ni *prudente*; todo ese aparato es nada: se necesita delante de ese niño una autoridad á quien él ama y respeta y obedece desde la cuna sin poderlo resistir. ¡Qué desvelo, qué interés, qué persistencia desplegará una autoridad que dió el sér á su hijo para que alcance su fin! ¿Y quién mejor que un padre podría conocer las inclinaciones de sus hijos? ¡Si los observa por recreo desde el día en que nacieron! ¡Si miró con la sonrisa en los labios hasta las primeras travesuras de la infancia! Que si el corazon humano es uno mismo, algo hay de particular en cada hombre, y aquella inclinacion que apenas asoma en este niño, es la que en el otro levanta erguida su cabeza. El padre lo advierte todo; sin intento, al advertirlo, le quedan grabados en su alma mil accidentes de la infancia de sus hijos, quedándole impreso también, un cabal conocimiento de la índole de cada uno; y de su inclinacion preponderante. Nadie, pues, mejor que el padre conoce el desvío natural de cada hijo; y para formarle el hábito cristiano, nadie puede

por tanto aplicar mejor su correctivo. Y á fin de que la autoridad paterna no carezca de circunstancia alguna que debilite su accion sobre la conducta de sus hijos, se advierte un hecho providencial que merece la atencion. Dios no impide que un jefe de sociedad estienda su dominio en circunferencia más ó menos dilatada: que en los medios no infrinja los derechos naturales ó tratados, en eso no hay que insistir; pero al ejercicio del poder, no tratándose de una estension quimérica que el buen sentido reprueba por sí solo, no le ha puesto límite preciso. Así entendido, que se agrande un Estado no le importa, pero las familias de que conste, tendrá cada una un padre y á ese padre le ha ceñido con tan singular esmero la estension de su dominio, que el número de sus hijos, sobre todo el de los que conservan simultáneamente la existencia, por ley general que Dios hace cumplir y no advertimos, constantemente es el mismo. ¿Qué es esto si nó velar con especial predileccion sobre la autoridad paterna? Ese límite dentro del cual la Providencia ciñe la atencion del padre, tiene el sábio designio de que siendo pocos, penetre mejor hasta en su fondo, que sea su intimacion con resultado más certero, y su vigilancia, concentrada como la luz en el foco de la lente, sea más perspicaz en el padre, y en los hijos más difícil de eludir. Ni en esa vigilancia se entienda envuelto un remedo de la oculta accion de policía, si no esa mirada del alma que se desvela en el bien de prendas queridas que viven en sus entrañas. La policía hará reos; pero nunca hará cristianos.

II.

Otra de las calidades que hermocean la autoridad paterna para emplearla en reprimir malos instintos en familia, es la *esperiencia*; una esperiencia peculiar, que resulta de esa concentracion ó límite en el número de su familia. Es incompetente la autoridad de un ayo, de un maestro: por experimentados que les querais suponer, faltan á su autoridad circunstancias esenciales. Y el ministro de la Religion, á cuya autoridad nada falta, es ménos propio que los padres á ese efecto, entre otras razones, por falta de esa esperiencia peculiar. No basta conocer el corazon humano en teoría, ni conocerlo en el tiempo que ha costado de cubrirse de canas la cabeza: el ministro, hablando á una inmensa muchedumbre, no puede ser certero en singular; y aunque sean exclusivamente niños los oyentes á quienes dirige su palabra, y con intencionado objeto de reprimir determinada inclinacion, basta que no sea solo

á quien la flecha se dispara, para que áun en aquel que se dió por aludido no produzca resultado alguno. Cuando el padre intima á un hijo la represion de un mal instinto, su palabra se clava como un dardo en aquel tierno corazon, porque vá disparada solamente para él: esa experiencia concentrada que recogió viviendo siempre á su vista, habiéndole dejado penetrar hasta los últimos detalles del desvío, hace que su palabra, en vez de divagar, se abra paso en sus entrañas, hiriendo la fibra *única* que convenia tocar. Pero en lo que la mano de Dios se ha mostradó más pródiga en dotes de buen régimen, al ceñir en la frente de un hombre la honrosa insignia de la autoridad paterna, está en haber depositado un fondo inestinguible de amor vivo en el corazon de quien manda, y otro manantial de idéntico amor hácia él en el pecho de los que somete á su dominio. Un hombre en autoridad puede amar con entrañeza á cuantos le estén subordinados, pero nunca crea que todos le responderán en su cariño en proporcion del que les tiene. Esa reciprocidad de amor, solo en la autoridad paterna es realizable y constantemente realizada: ser infringida es la excepcion. Existe, pues, en la tierra autoridad hecha más expresamente para formar el corazon cristiano, para herir el amor propio, que la autoridad de un hombre que, mandando, ama á quien manda, y que del mismo es á su vez amado? Si no existieran más razones para convenir en que la familia es la única escuela para formar el corazon cristiano, á mí me bastaria saber que el hijo no ama de ese modo irresistible, intrínseco á su misma condicion, sino á sus padres. Qué, ¿sin esa vigorosa accion se encuentran buenos cristianos? Qué, ¿áun sin padres se formaron tambien la gran mayoría de los que reputamos tales? ¡Ah! Los habeis visto hincada la rodilla ante un altar, mas yo ignoro si los habeis visto dominando, entre mil inclinaciones bastardas en el alma y los sentidos, la *soberbia*, por ejemplo, y la *lascivia*, antítesis de la Cruz *humilde* y *pura*. Hombres habrá que sin esa escuela hayan conseguido, en cuanto cabe, dominio en su corazon; pero ellos os dirán (si aman la sinceridad) cuán mprobo trabajo tienen puesto, y cuántos años de sangrienta lucha, como lucha contra sus mismos arranques naturales, han necesitado sostener para alcanzar la paz que anhelaban en su pecho.

No hay que cansarse: Dios tiene un plan, el de la naturaleza es la mitad; su complemento, el de la gracia. Los hombres escogidos sin preparacion alguna para recoger el Cristianismo de los lábios del mismo Salvador y difundirlo por el orbe con dones inusitados; la trasformacion súbita de Saulo, y la estupenda de Agustino, y tambien rarísimos prodigios que de cuando en cuando se presencian, aún despues de normalizada ya su religion, salpicando esa inmensa humanidad cristiana, que á manera de tranquilo Océano, se mueve acompasadamente; son escepciones en que Dios hace triunfar el poder de sus auxilios interiores, contra todas

las resistencias naturales, dejando consumado un corazón en las virtudes cristianas precisamente cuando resistir la menos dominante inclinación se hubiera llamado intempestivo. Lo extraordinario no es el plan, y en consonancia con él, el corazón del hombre se hace corazón cristiano solamente en la familia. Y si en esa escuela educado resiste tan tenazmente los hábitos de humildad en las entrañas, y otros hábitos cristianos contra natural inclinación, ¿qué cristianismo esperais de un corazón que se dejó hacer adulto en su silvestre fiereza? Hábitos sociales los tendrá; su nombre será cristiano; su traje la urbanidad; en la vida íntima no encontrareis al cristiano.

Solo en familia formareis cristiano un interior; renegando de esa escuela, renegais del Cristianismo conservando su antifaz. ¡Hipócrita el hombre, y en la única religión de la verdad! Bajo la autoridad paterna solamente se doblegan impulsos audaces de nuestra orgullosa condición, y sus bajos estímulos se afrentan; y sino hay interés en todo padre, ni en parte notable de la sociedad tampoco, en que la primera autoridad de la familia penetre hasta el corazón, *que lo haya*, es el intento de presentar demostrado que no formándose en familia, nunca de ordinario se formará ya buen cristiano.

Pues qué, ¿creis que la autoridad la delega Dios sin un intento? ¿No es una participación del carácter de la divinidad? ¿Ha meditado bien el padre lo que tiene, teniendo esa autoridad? ¿Y recordais que ninguna la iguala en excelencia? ¿Ni la hay más encarnada en la persona, ni más noble? ¿Y cuál tiene el privilegio de verse amado siempre y por todos sus súbditos; pero amada hasta el extremo de verse identificados el que obedece con quien manda? Ni mandar es, ni obedecer: el hijo busca el precepto y en el semblante de su padre lo adivina. Ved si encontráis en la tierra una autoridad más propia para formar de condición natural condición cristiana, y me contestareis, que á la que más se aproxima á la paterna, le falta mucho para ser tan completamente buena y adecuada. Pero, ¡qué digo en la tierra! si el bello ideal que Dios le permite concebir á la fantasía del hombre, se lo presenta realizado en el portento de la autoridad del padre, sin que más allá le quede nada que desear ni concebir? Ni la imaginación se hubiera forjado nunca un encanto semejante á no haberle Dios mostrado hecho de su mano el tipo.

Para formar un interior cristiano se necesita el ejemplo: mejor que un elemento nuevo para educar el corazón, puede reputarse el complemento. Una lección elocuente que arrastra á practicar lo que se vé, es la invariable condición del buen ejemplo. En agena persona tiene fuerza, en autoridad tiene privilegio, en los padres es irresistible imán. Y es que como la autoridad paterna está dotada de peculiares condiciones, sobre las que constituyen toda otra autoridad, así su ejemplo se le vé rodeado de accidentes especiales que no pueden acompañar al ejemplo de

persona alguna. La primera circunstancia está en ser *patente* á sus hijos. No es una inmensa y bulliciosa muchedumbre, donde rarísimos pueden atender á la conducta de su jefe; ni es en vida oficial ó pública, ó á lo más de sociedad, donde saben todos que puede el hombre presentarse muy distinto de quien en su fondo puede ser. Es ante el número contado de sus domésticos; es en la vida íntima, allí donde el hombre aparece desnudamente tal cual es, allí se presenta el ejemplo de los padres; pueden observarlo todos y lo observan; su ejemplo ni es, ni puede ser, sino la franca espresion de su sentir; su ejemplo, pues, es patente; patente porque se vé; patente, porque no es fingido.

Consiste la segunda circunstancia en ser *perenne*. Por clara que sea una leccion, siendo sola, y áun varias interrumpidas, jamás formarán el hábito de practicarla. Enseñanza que ha de elevarse á ejecucion, y hasta la expedicion ó la destreza, reclama insistencia con empeño y con teson. Y si lo que se está aprendiendo entraña repugnancia natural en unos casos, en otros hay que posponer aquello que halaga más la inclinacion, ¿qué asiduidad no exige entonces en la leccion del ejemplo? Si esa fuerza secreta, única capaz de arrancar la decision en la lucha de la razon con la concupiscencia se retirase en determinados casos, entonces ¿quién triunfaria? Y si no solamente rara vez se hiciera sentir la ausencia del ejemplo, si no que llegase á quedar en lo ordinario, siendo lo infrecuente ó nuevo la aparicion de ese ejemplo, ¿creéis que se forman así las habitudes cristianas? Pues el ejemplo de todo magisterio es infrecuente; solo el del padre es perenne. ¡Y hay tantas cosas que aprender en el ejemplo! Un gran padre de la Iglesia para probar que, segun los auxilios ordinarios, es imposible que evitemos todas las faltas que llamamos veniales, hace notar que son tantos los estímulos para caer alguna vez, que cuando estamos ocupados precisamente en resistir á uno, entonces acaso se levanta otro. Esto mismo es lo que el hombre experimenta al educar cristiano el corazon. Y si en lo sustancial de esa carrera, la fuerza del ejemplo se interrumpe, jamás conseguirá ponerle cima; por eso el ejemplo del padre tiene el carácter preciso para llegar á ese fin; porque solo él tiene el privilegio de vivir siempre y en todo junto al hijo.

Solo el ejemplo del padre es *eficaz*. Siendo el único patente y perenne, eran razones cencluyentes de ser el único eficaz; su eficacia, sin embargo, arranca además de otra razon. El padre le ha dado el sér; una parte de su existencia misma vé en su hijo; su interés y el de su hijo, son cosa identificada; la suerte de entrambos, su corazon se la presenta inseparable. Todo esto al mismo padre le impone, y, débil como otro hombre y flaco, en órden á sus hijos le dá un carácter sobrehumano. El hijo á su vez experimenta una cosa allá en su adentro que no le deja reputarse persona distinta de su padre; nadie se lo ha dicho y sabe

que le pertenece todo entero; una voz oculta se lo intima sin quedarle vestigio de recelo, ni tampoco de pesar por eso; lejos de sentirse esclavo; está su expansion y su dicha en no ser suyo. Si hasta de los más íntimos secretos de su voluntad, no hiciese entrega á sus padres para formar una misma cosa con los suyos, sentiria á sus solas el rubor de oculto crimen. Todo esto lo hace Dios; esa recíproca disposicion pone en los dos; decidme ahora si al ejemplo de ese hombre delante de ese niño, le falta algun don del cielo para llamarlo eficaz. ¿Qué podrá obrar ese ejemplar, ese tipo que los hijos no se sientan arrastrados á imitar si en él tiene las condiciones de un poder irresistible, y en ellos el eco que encuentra les es tan amoldado y grato que solo con violencia podrian dejar de secundarlo?

Si el Cristianismo en estos tiempos es de nombre, es porque los hijos no son hijos, y no lo son, no os ofendais, porque los padres no son padres. Meditad, padres, meditad, que Dios ha puesto en vuestras manos el centro de la familia. Reyes tan nobles, tan de corazon y tan sábios como á ellos os ha hecho para labrar la dicha de vuestra modesta sociedad. Vuestra conducta, vuestro ejemplo mirado en vuestra persona, toma un aire de tan apacible y seductora magestad, que si un dia vuestros hijos no se sienten sometidos á vuestro blando y eficaz dominio, es que lo habeis abdicado; pero con el rostro cubierto de ignominia por no haber sabido haceros superiores á vosotros mismos, rompiendo con la pasion más violenta, antes que bajar las gradas de ese trono, modesto sí, pero á la vez, el más grato y honroso para el corazon cristiano.

III.

No ignoro que de padres ejemplares pueden salir perversos hijos; pero se advertirá mejor que son fenómenos, que es la escepcion, que no son males entrañados en la organizacion doméstica, sino *á pesar* de su carácter sin igual, poniendo á la vista la índole de la última dote, con que Dios ha completado la autoridad paterna en bien de su obra predilecta.

Que el padre se halle investido del derecho de castigar á sus hijos, cosa es, que estando en la conciencia de todos, jamás lo ha puesto nadie en duda; tarea innecesaria, pues, fuera probarlo. Y esta jurisdiccion que sin recelo puede llamarse jurisdiccion penal, redondea un poder todo completo sobre esa reducida y esmerada sociedad; y es poder que reasum-



mido en solo una persona, ni á quien lo ejerce le abrume, ni es á los súbditos temible. Cuando un padre ordena ó dicta disposicion con viso de general y estable, está ejerciendo el poder *legislativo*. Esa disposicion le arranca mandatos particulares para llevarla á cumplimiento, y ejerce entonces un poder *ejecutivo*. Un dia se infringirá su general disposicion ó su particular mandato, y se verá en la triste precision de un poder de que quisiera dejar de hallarse dotado, ó á lo menos no acordarse; pero los recursos externos de obligar son una necesidad, y Dios puso tambien ese poder en sus manos; sin el poder *coercitivo*, en sensible lance para él se veria su autoridad desprestigiada.

Con esto solo se vé ya que nada falta á la autoridad paterna para llevar á su fin su bellisima sociedad en miniatura; pero la última razon de que en el plan divino, la educacion del cristiano está vinculada á la familia, es que cuando el castigo llega á ser inevitable, la índole del poder que el padre tiene de imponerlo, lo hace el más propio á su fin por todas las condiciones en que un padre lo aplica.

Lo último que debe nombrarse en la familia cristiana es el castigo. Si á un filósofo gentil se le franquease entre nosotros de improviso el santuario del hogar doméstico, confesaria que la condicion del hombre, aún siendo para el ejemplo el más vulgar, se encuentra allí en un grado tal de perfeccion, que á él le rebaja y le confunde, y eso sin ponerse á tocar ni dar valor á ese perfume divino del Cristianismo que lo embalsama y él no entiende. El estado normal del hombre es el estado más culto, más perfecto; en el hogar doméstico cristiano tiene su dulce morada, y en ese estado el terror y las penas son elementos muy postizos. El Salvador es el primer padre en la familia cristiana, y en ninguna fuente se puede beber tan sin recelo el espíritu de amor ó de terror, de noble expansion, ó de temor servil que deba reinar en ella, como en los lábios mismos del autor del Cristianismo y restaurador de la familia.

Pues bien; el legislador que para madre suya escogió ya la criatura más dulce y apacible, gustando vivir treinta años de su vida, á presencia de ese angelical carácter; el hijo de María que, investido del imponente concepto de su pública mision, tenia sus complacencias en rodearse de inmensa turba de niños en las plazas de Jerusalem; El que á nadie habló nunca sin dulzura, ni miró sin atraerle con la nobleza derramada en su semblante, increpandotán solo al fariseo, y eso por empedernido en la ficcion; y lanzando una vez sola en ira santa... el sórdido tráfico del templo, decid: el que así mostró en ejemplo vivo, la índole del Cristianismo que siendo del corazon, y no un antifaz de culto esterno, venía á transfigurar al hombre, ¿qué espíritu creéis que habia de sancionar en lo penal, en esa sociedad sostenida precisamente en la ternura natural? ¿Qué espíritu infundir para poder ser cristiana además si no el de *lenidad* en el castigo, en consonancia siempre con el de caridad y de ternura?

Teniendo el padre la facultad de castigar, siéndole tan infrecuente la necesidad de usar de ese poder, tan honroso el no nombrarlo, y habiendo de ser, llegado el caso, su aplicacion con suavidad y con templanza, digno todo del padre y de los hijos, resta que hacer notar como de más importancia, que la situacion en que se encuentra el padre para imponer un castigo es la más propia de entre todas las demás autoridades para obtener los benéficos resultados de la pena.

Enmienda en el penado, freno eficaz que contiene á los que presencian el castigo; *enmienda* para uno, *ejemplaridad* para todos; no veo más caracteres de importancia en la pena que alcanza un padre á imponer á un hijo; esos dos resultados no se recojerán jamás si no se recojen en familia. La correccion de un padre, esa correccion que no consiste ya en una mirada severa y significativa, en un ademán, en una media palabra; esa correccion que formula un cargo y lo reprende y apercibe y amenaza para alejar la reincidencia, el hijo la escucha, le penetra en sus entrañas, le queda grabada como la voz de Dios, y se reporta. Es que ha escuchado á una autoridad con quien se siente íntimamente unido, mas bien diré identificado, y eso por reciproca afeccion indestructible. Es que no ha hecho tampoco recelar al reprendido, que su reprehension se publique, ni temer, por tanto, que ha de verse difamado; sabe el hijo que vive en las entrañas de su padre, y que sus propias entrañas jamás las rasga ninguno; el reprendido es ya mejor.

Los hermanos presenciaron la sensible inusitada escena, veian á su padre, veian á su hermano; amando al primero tomaban interés en lo que aquel lo tomaba, sentían lo que sentía, cuanto le hacia sentir; y á la vez enlazados de corazon con su hermano, idéntica cosa con él, quedaron tan reprendidos, sin incurrir en su falta, como lo quedó su hermano. La reprehension es una pena, suponed impuesta otra cualquiera de las que van embebidas en el poder coercitivo de un padre y siempre reconocereis que su situacion escepcional y las peculiares circunstancias que acompañan la sociedad en que la aplica ó la ejerce, son la garantía que constantemente le asegura los dos resultados esenciales de la pena. Ella *mejora* al castigado; ella *contiene* á los espectadores del castigo.

Esa, esa es la escuela donde se forma el cristiano. ¿Quién supo jamás herir la mejilla de un niño sin hacérsele antipático ó enjendrar en él servil temor? El hijo conserva todavía las lágrimas del sentimiento natural, y ya se aproxima confiado á ampararse en sus rodillas ó besar la mano que le hirió. Y al adulto, ¿quién le increpa? ¿quién le hace sentir la privacion? ¿quién el rubor de una pena sin atraerse su odio, su maledicencia, si no el conato de venganza? Solamente para un padre no hay odio en el corazon ni una espresion en los labios, ¡cuanto menos siniestra maquinacion! Y el castigo es necesario y en familia solamente tiene el resultado natural, y solo allí deja de convertirse en

irrespetuoso el corazón del castigado, y de enfriarse y extinguirse el amor; y para hacer cristiano al hijo, para instruirle y formarle en la virtud, no hay que cansarse, no hay mas recurso que el amor.

La dureza, aún castigando, mata la nobleza del sentimiento cristiano, se desmiente al mismo tiempo que se inspira, que se presume inspirar, y esa práctica contradicción en quien no está todavía afianzado, hace colocar el pié sobre el dintel en la puerta de la apostasía; es hacer apostatar en el fondo del corazón, hacer cobrar antipatía, hacer odiosa la religion del amor.

IV.

Hay tan poco que hacer de parte del entendimiento del infante para dejarle grabada toda la ciencia del Cristianismo; es esta para él tan clara y tan compendiada, que en esto la tarea del padre no es penosa, tanto ménos cuanto que el ministerio sacerdotal toma á su cargo cimentar á la niñez en las verdades necesarias al cristiano. En cuanto á la inteligencia se refiere, pues, al padre que no enseñó errores ni envolvió en preocupaciones y consejos el alma susceptible de sus hijos, le resta poco que hacer; pero necesita tanta preparacion, y ser tan solícito, y estar tan sobre sí para que el hijo no escuche de su boca lo que no es *verdad* y *bueno*, como para dar una enseñanza positiva. No hay oráculo de más valor que las palabras del padre para el hijo: entiendan bien esto los padres, y entenderán la dignidad con que Dios les revistió.

La formacion del corazón cristiano es toda entera de los padres. Ese lento trabajo debe comprender dos partes: lo puramente interior es lo primero. Advertirán los padres en el corazón del niño inclinaciones buenas, y es un deber *alentarlas y dirígirlas*. Si le ven alargar su tierna mano mostrando al pobre el bocado de su pan, ó la moneda que le sirve de juguete, apláudanle con palabra y con caricias; y si su desprendimiento es vago, sin distincion de personas, y se le concreta al pobre, á su tendencia buena, se le dió á más direccion. Aliento y direccion adquirirá á la vez, viendo que le merece una caricia aquello que á él le complace ó se le muestra con agrado, y se le fija el modo de cumplir su natural propension. Junto con esa noble tendencia, mostrará el niño otra baja. ¿Propenso se vió á venganza? En fuerza de *afearle su conato, de amenaza ó de castigo, de reflexiones morales y de ejemplares cristianos, atendida su edad y su carácter; los ímpetus de la iracundia*

cesarán, y excitada al fin la inclinacion contraria, llegará á serle habitual la mansedumbre y lenidad.

Insistan por ese método en destruir el orgullo en el espíritu, y la lascivia en la carne de sus hijos, y solo el padre que forme en ellos el hábito de la humildad y la pureza, habrá formado cristianos á sus hijos, porque solo ellos lo serán de corazon.

Dispuesto así el interior, cristiano el niño en sus entrañas, le será ya natural toda virtud; espontáneo quiero decir que le será, y fácil, por tanto, ir formándose en los buenos hábitos que constituyen su respectiva virtud. Haced humilde á vuestro hijo; velad, conservadle casto; él ignorará el nombre, hasta el número, en suma, de las virtudes morales; observadle en lo que dice y lo que calla, lo que obra y lo que omite; seguidle paso á paso en su conducta y advertireis con sorpresa y alegría, que cuantas virtudes se derivan y comprenden la *prudencia*, la *justicia*, la *fortaleza* y la *templanza*, incluso las cuatro dentro de las cuales están aquellas ceñidas, le son tan naturales, tan familiares á su interior mortificado y puro, que aun ignorando él fuesen virtudes sus tendencias, cada una en su ocasion las practicaba todas. No lo hará con perfeccion; necesario le será en algunas insistir con particular empeño, que despues de conocidas podrá ser ya más concreto y eficaz. Comprenderá los puntos extremos, el defecto ó el exceso en que toda virtud moral tiene su escollo, dentro del cual se llama por su nombre vicio. Huyendo en leve ó grave asunto de mostrarse *negligente*, ni tampoco *astuto*, se mostrará prudente. Para ser liberal se colocará entre el avaro y el pródigo: así su buen fondo, alleccionado por la razon, dando un paso más desde un extremo y retirando otro del opuesto, se encontrará en el punto medio de cada tendencia buena que le dará una virtud. Y no es que el padre, esmerándose en formar el corazon del hijo, ni éste ayudándose de su parte con teson, haga nacer en él estas virtudes por sí solas, no. Pero prepare el labrador la tierra, plante y riegue y cultive cual si de él pendiera todo, aunque le conste no es así: lo demás déjelo á Dios.

Un trabajo es necesario, sí; la virtud paciencia, por ejemplo: ese hábito de tolerar todas las contrariedades siempre con ánimo igual, no se adquiere sin estar muy sobre sí, y el corazon advertido en cada lance y dispuesto al sufrimiento y al silencio; pero esa intervencion de la inteligencia para formar virtud de una *aptitud* del corazon, por no decir inclinacion, pues no la hay de tolerar contrariedades, esa intervencion, repito, indispensable como es, jamás será la virtud. Por eso no me canso de insistir en que se forme el corazon humilde y casto: allí se encuentran en depósito absolutamente todas las virtudes; podrá faltarles en singular algun toque, la inteligencia lo dará á su tiempo, mas intervencion no tiene. Dad que un hombre domine, como el más con-

sumado moralista, la teoría de todas las virtudes y de cada una en singular; sin un interior mortificado y puro, no supo fabricar virtud alguna: lo que lo parezca no lo es; el entendimiento es el artista; él dará forma y relieve, pero de los ricos trozos de ese oro, solo el corazón puro y humilde es el filón. La humildad y la pureza en las entrañas, son el cristianismo entero; y estad seguros que la condición del hombre ni domina su orgullo, ni se conserva puro, sino en la asidua y constante tarea que desde la primera infancia solo á los padres les está encargada por el cielo. Y si desgraciadamente existe un padre no bien dispuesto á cumplir lo que Dios no le consiente delegar en nadie, sepa y comprenda que está renegando del augusto carácter que le inviste; que pierde al hijo el mal padre, y que prepararse á serlo dignamente es tan indeclinable obligación, que su salvación eterna está en fuerte nudo ligada con la del hijo.

V.

¿En qué consiste que naciendo el hombre para el cielo, y no pudiendo llegar á tan delicioso término sin vivir como cristiano, en qué consiste que la vida cristiana es mirada en general con desagrado, causando solo su nombre cierta impresión de tristeza y aún pavor? ¡Ah! No se formó cristiano el corazón en la niñez; adulto ya, se le habla de represión interior, y no entendiéndolo, le enfada. La humildad la denomina baja-za; si en casos dados la admira, dice que no es para imitar esa persona, y en verdad que no lo es para él. La pureza no la cree; sabe lo que sus sentidos son, juzga á los demás por él, y siendo en él imposible ¿os extraña que no pueda creer en otros la pureza? Y ¡cosa rara! si á veces la vé pintada en algún rostro, con esos perfiles de ángel y esas tintas celestiales, expresión viva de un alma candorosa que cuanto más quiere ocultarse se revela mejor y más encanta; entonces él es quien antes que nadie la reconoce y la confiesa, le causa asombro y la respeta.

¿Y quereis que la moral del Evangelio se reciba con la expansión y el contento con que se acoge un gran bien! A los hombres no estragados por completo en la licencia, les nubla el corazón; á los que sin sentimiento alguno delicado, llamándose cristianos, no lo son, les produce la sensación del horror ó les irrita. ¡Ved si es bien triste ser cristiano no siéndolo desde la infancia! Sin un milagro de la gracia, las entrañas de

un adulto que creció como el gentil, no formarán ya jamás el interior de un cristiano; Y si el menos estragado, al intimarle su moral, se le cubre de luto el corazón. ¿os estraña esa cruzada de cristianos de nombre, contra la moral del Cristianismo que los pone en la alternativa de renegar solemnemente, y no se atreven, ó de llevar en tortura insoportable el corazón? A renegar no se atreven, la tortura no lo quieren; aspirar á un término medio es la consecuencia natural; conservar la religion, pero en vez de amoldar nuestro corazón á su moral, invertidos los papeles, sea su moral la que se amolde á nosotros; esta es la resolución. El protestantismo... ese será el asilo en la gran banca-rota general de las costumbres en corazones cristianos, que no se formaron en familia.

Sí, en familia: solo allí se encuentra lo indispensable para preparar el interior de modo, que la moral cristiana parezca y sea la moral natural del corazón, sin severidad, sin rigidez, la única digna de nuestra elevada condicion; porque ella sola nos levanta hasta esa nobleza á que nuestro corazón aspira; hasta ese estado en que nuestro orgullo no nos hace juguetes de su capricho, ni nuestra concupiscencia, afin con la del bruto, nos haga avergonzarnos de nosotros mismos. El niño que allí se formó sentirá mil veces más aversion á la conducta mundana, que el mundano siente al vivir del buen cristiano.

Y allí donde se hizo esa regeneracion del hombre tan lenta y tan blandamente, allí es donde, segun el plan de Dios, tiene que *conser- varse* mientras viva. El centro de la vida cristiana es la familia. Si el hijo, por más esmeradamente educado que estuviera, se desprendiese de sus padres cual si hubieran cumplido ya para con él su mision; si pudiera decirse tambien desligado de sus hermanos; ¿cuánto tiempo durarian los desvelos que en él pusieron con tanto amor los autores de su sér? No; el hijo en la familia cristiana vive siempre bajo la tutela de sus padres, no se *emancipa* jamás. Nunca subirá á dignidad bastante alta, ni causa alguna se presenta nunca que le declare independiente de sus padres; los efectos de la emancipacion legal no los destruye, no, ese carácter sagrado de derecho natural y juntamente cristiano que permanece siempre en pié, sin que tampoco la ley lo debilite ni haya pensado en lastimarlo. Que el padre no lo dirija como en el recinto de familia hacia, ni le corrija tampoco como allí, ni adquiera para él por las manos de su hijo, ¡bien! Pero, ¿y reputais por eso al hijo independiente de sus padres y sus hermanos?

De la familia donde el cristiano se formó, Dios hace á continuacion un asilo donde el cristiano se conserve tal. Y á la vida de rectitud, la defiende y cobija en ese asilo un tribunal, ¡estupenda maravilla! un tribunal de pundonor. Un padre lo preside, los hijos son sus conjueces; ~~así~~ comprende cada uno, y nadie se lo ha enseñado; y ese tribunal que allí existe y no se nombra, tiene la mágica virtud de hacer vivir en

orden y recato á todos, dentro y fuera de familia, sin conocer ni sentenciar contra ninguno. Ese reciproco sentimiento íntimo y mudo de pundonor entre personas que viven en presencia, unas de otras, el roce y trato habitual no interrumpido, va *conservando* sin desvío toda buena inclinacion que en la primera infancia se formó: los hábitos cristianos se van consolidando; el ejemplo incesante de los padres, el porte de los hermanos, bien mayores, el de menores acaso, ¡edifica tanto, lleva un género de fuerza tan irresistible, se insinúa de tan eficaz manera! que no únicamente es conservarse, es recibir la educacion, un cierto sello indeleble; un sello que queda impreso en el carácter del hombre mientras vive, dejando en él, como en relieve, esas armas honrosas de educacion cristiana en la familia.

Ese sello indeleble, lacrando el nudo de afectos y sentimientos cristianos, es el gran secreto que obliga al hijo á no reputarse jamás desligado de sus padres, tampoco de sus hermanos. Esa independendencia, ese enlace de siempre que no puede menos de reconocer, porque lo siente dentro de sí mismo, es el freno más fuerte que le puede contener en toda la carrera de su vida. Nunca temais uno de esos grandes lances lamentables mientras viven los hijos entre los hermanos y los padres. Y serán rarísimos, aun desde la edad de vivir fuera del techo paterno, en hijos que se llevaron impreso en el corazon el sello de la *dependencia*, del *respeto* y del *amor*. ¡Cuántas veces el hombre puesto ya el pié en la senda del vicio, acaso en la del crimen, detendrá su paso por solo el pensamiento de no lastimar con su mancha ó su atentado á esos seres queridos con quienes su existencia está ligada! Sí, el hombre á quien el temor de Dios no contendría, acaso, ó por creer ya débilmente ó porque la fuerza de la pasion venda sus ojos, le contiene tal vez la imagen más sensibilizada y tierna y fuerte para él de la escena de familia que se le representa en la amargura, ó enlutada por su causa. Y á quien el temor santo de Dios no hiciera retroceder, no esperéis ya que, si se reputase independiente de sus hermanos y sus padres, fuera bastante á contenerle ningun otro freno de la tierra. Vinculos de amistad son inferiores; respeto á un protector, es lazo débil, paralelo á una pasion; su mismo nombre sin el que en sociedad no viviría si nó con la frente en tierra, creería sacarle ileso con solo salvar cierta distancia.

Para vivir honrado el hombre, ó le impele la inclinacion cristiana que en familia se formó, ó no conteniéndole del vicio ya ni aun el temor de Dios, le contiene el de sus padres, que sin recordarlo él, por ser sus delegados, le contiene; es que la vida de familia no se ha extinguido todavía: tanto es verdad, que la vida cristiana es esa vida. ¡Observais que el hijo de familia reusa todo contacto, se aíja, se muestra ageno? Sabed que desde ese dia resolvió dejar de ser cristiano; tiempo habria ya que no le contenia estímulo alguno de conciencia; su mala

pasion se iba formando á medida que, como serpiente fomentada al influjo del calor y blando halago, se solazaba y retorcia en el fondo de su corazon; iba alterándose su calma; el uso de su razon se entorpecia; esa claridad con que la antorcha de la fé presentaba al alma las verdades eternas, se ofuscó, dejándole casi á oscuras, perdiendo por instantes su vigor, cual lámpara que se extingue moribunda retirando su luz de los objetos que alumbraba. Como solo á los rayos de esa luz se destacan y toman forma y colorido los sublimes dogmas de la gloria eterna y del infierno, apagada una vez delante de sus ojos, ¿cómo le contendria ya la *esperanza* ni el *temor* en lo que no existe para él?

Porqué del *amor* á quien le crió y redimió, ya no hay que hablar; ese amor, que solo en alas de la fé y de la esperanza puede descender á la mansion de los mortales, ¿cómo sin ellas bajar? ¿Y cómo en su alma anidaria, siendo tan pulcro ese amor, si el sitio donde anidar lo encuentra emponzoñado todo con viles despojos de la tierra? El amor de Dios huyó antes que se apagara la fé y la esperanza se extinguiera, y despues ya es imposible. ¿Qué resortes de la religion le quedan, pues, á ese mortal más fuertes que su *pasion*?

Le quedan los autores de su vida, representantes de su Dios, sus delegados mientras vivan, que áun sin la fé puede escucharles, porque los oye y los ve. Una palabra sola de aquella boca que le besó un millón de veces en la cuna, bastaria á removerle las entrañas á un leon. ¿Huye el hijo de sus padres? La apostasia de la vida cristiana está acordada. Él lo ignora; en sus costumbres lo es hoy; en su *moral*, en su *religion* mañana. Sí, que un hombre quisiera no tener padres en determinado lance para no experimentar rubor de haber cedido á una *pasion* á que no se atreve á resistir, ni sabe posponer al disgusto preparado con eso á la familia, debilidad será ciertamente y no poca falta de nobleza; pero que en lugar de arrancar de su presencia, con generosa valentia, esa ocasion de su caída y su rubor, medite á sangre fria y resuelva con firmeza arrancar para siempre de su mismo corazon á sus angustiados padres, santa causa que le llevó al rostro aquel rubor; ese ultraje, ese despedazar premeditadamente el plan de Dios; esa resolucion audaz de continuar despedazándolo, y de despedazarlo hasta la muerte, no; ese ultraje á sus representantes que desde la cuna le velaron amorosos y esperaban ser llorados por él en el sepulcro, Dios no lo tolera en ningun hijo; Dios, que lo presencia y lo mira, tiene que concederle á ese hijo lo que pide.

Con resolucion tan desalmada, ¿no está pidiendo que se le borre su nombre del libro de los llamados? ¿Quiere figurar acaso en el índice de los cristianos el que reniega de la moral del Salvador? ¿Ó es que el don sublime de la fé, con que es llamado el hombre á ponerse en la senda única del cielo, lo regala Dios como un billete de entrada sin imponer

PARTE TERCERA.

I.

¿Pero y solo en la tierra tenia el cristiano deberes que cumplir con la familia? ¡Ah! La familia cristiana no se extingue ni aún en la misma eternidad. ¡Qué nuevos vínculos, qué interés tan sublimado, qué grandiosidad presenta el carácter de la familia cristiana, precisamente cuando parece iba á extinguirse! El hijo pronunció toda su vida el nombre de padre y madre con respeto y con amor, y con cariño tierno el de hermano; y ese nombre que escuchaban con íntima emocion que no espresaban, ni aunque quisieran sabrían, el eco de ese nombre dulcificaba sus penas, era alimento de su alma, su ancianidad se confortaba, sus canas se ennoblecian. Y ese temor que la naturaleza experimenta al verse próxima, muy próxima al sepulcro, hasta esa impresion se contrapesa y se cambia en esperanza de más vida, con el vigor que, si no en las venas, siente en su imaginacion al oír la voz de padre pronunciada con verdad por esa existencia jóven en que descansa trémula su existencia anciana. El secreto de resucitar y embellecer la misma decrepitud, invencion es exclusiva de la familia cristiana.

Un día el rostro de aquel sér que ama y venera en medio de la flaqueza humana, un día, sí, se desencaja; él vive, él articula palabras, miran sus ojos, y, sin embargo, su rostro va tomando ese indefinible aspecto, ese aspecto imponente y sobrehumano que llamamos de cadáver. El objeto de su última mirada son sus hijos; sus párpados cayeron, el

padre ya no existe. Los hijos cayendo de rodillas, apoyando sus brazos sobre su misma cama y el rostro lloroso entre las manos, levantan su corazón á Dios y en su corazón le dicen: «recibid Criador y Redentor, en vuestro seno esa alma de mi padre que acaba de desprenderse de este cuerpo, ungido con el crisma del bautismo; tendedle una mirada de vuestros ojos elementes, madre de mi Dios y madre mía; alma querida, sea al partir, sea también mi humilde ruego vuestra leal compañía.» Los hijos se levantan, besan la frente de su padre y se retiran. ¡Qué consuelo! ¡qué dulce, qué digno modo de terminar esta vida! ¿En qué consiste que habiendo el padre dejado de existir, y precisamente cuando ya no le habla ni le mira, y advirtió que su aliento es el postrero de su respiración, desde entonces principia á hablar con él en su interior y le acompaña y recomienda? ¿A quién y para qué lo recomienda? ¡Ah! La familia cristiana en íntimo enlace en la tierra, por tantos títulos indisoluble y bello, ¿os confirmáis de que lo es, advirtiendo que todos sus vínculos se vigorizan, se constriñen y embellecen cuando su peregrinación se acaba y se presenta grandioso el horizonte de su término? ¿Y cómo no, si el destino de familia que Dios presenta en el mundo, no es otro sino el principio de su dicha eterna? ¡Qué dulce comunicación! ¡Qué comercio tan encantador continúa establecido entre los padres y los hijos que se despiden de esta vida y se despiden de ella! ¡Gran Dios, qué asombroso complemento de tu obra! ¿No sentís en el fondo de vuestro corazón el instinto del amor más sublimado y más vivo á vuestros padres, desde que os los arrebató la muerte?

Habiéndose alejado un hijo del punto donde acababa de espirar su padre, sin esperar los funerales, antes que hubiese llegado al punto de su residencia, recibió un mensaje noticiándole con interés que su padre no era muerto, que se hallaba sí, sumido en una profunda tristeza, que suspiraba por él y articulaba su nombre con un acento sentido, como que inmensa pesadumbre agobiara su atribulada existencia. Si se encontrara cualquiera de vosotros en el lance dichoso de ese hijo, decid, escuchado el mensaje, ó aún antes de dejarle terminar, hariais otra cosa que volar... ¡Y qué es esto padre mio! aquí estoy yo, ¿qué quereis? ¿qué me pedis? ¿qué me nombráis? ¿qué os acongoja? ¿para hacer vuestra alegría bastará la sangre de mis venas? ¡Ah! cristianos queridos! Palabras del Espíritu Santo y no menos es el mensaje; ¡si valdrá tanto que un hombre que os alcanzó en el camino! Pues vuestro padre no es muerto; y en la situación que habeis oído, y más angustiosa y atormentada todavía se encuentra vuestro buen padre, y á vosotros se aclama, ¡á quién mejor! «Compadeceos, compadeceos de mí, á lo menos vosotros... ¡hijos míos!» Esto dice, y vuestro corazón que nunca se ha sentido tan herido de ternura y tan sediento de mostrar su amor á vuestro padre, como desde que vuestros ojos no pueden fijarse en su semblante, dejará de llevarle en

cuanto de vosotros penda esa alegría que os pide y anhela para él con la vehemencia del amor? ¡Qué consuelo! ¡Qué honra! ¡Qué satisfacción tan pura para un hijo! Enviarle una prenda de respeto y de amor cada vez que en la estancia donde su padre habitó, la heredad donde inclinaba su frente en el trabajo, la fuente donde bebía, en todas partes eleva á Dios su pensamiento, veloz mensajero de un ruego que Dios aplaude y lo devuelve en su bien! La moneda que depositó en la tosca mano del mendigo, leve mortificación de un apetito honesto, solo apartar de los labios el vaso del agua cristalina en vez de humedecer sus fauces, ofrecido por su padre, ofrendas son que le llevarán alivio. ¿Y quién antes, y quién con voluntad más decidida que sus hijos? ¿Se siente alguno con tan pronunciada inclinación, como por el sufragio del que es propio, por el sufragio del ageno? ¡Ah! Es que el deber no es tan estrecho. El hijo por el padre, por el hermano el hermano, por el amigo el amigo. La misma gradación con que el amor va perdiendo de su intensidad en la vida temporal, la misma conserva con las personas que, de su respectivo círculo, sucesivamente van partiendo á la vida de la eternidad.

No hay que cansarse: es de trascendentalísimo interés tenerlo bien entendido: grupos reducidos y de organización inalterable reciben en su seno, desarrollan en él, y en él llevan á su debido desenlace el cristianismo en la vida de la tierra; esos idénticos grupos que, de ley ordinaria, acá no mueren de una vez, son los encargados de llevarlo hasta su último término en cada persona que va partiendo de este mundo, hácia esa felicidad que principió en esta vida, y en el seno de Dios tiene su colmo. Ese grupo es la familia, y ese, y solo ese, el plan de Dios.

¡Si fuera condición de la familia terminar en esta vida! Si á muchos de los miembros que la constituyen les constara que el adiós de la muerte era ya el eterno adiós.... no bastaría, no, la voz sola de la sangre para impedir que mucho antes de la muerte se viera extinguida con frecuencia. Y acontecerá también, porque la experiencia lo demuestra tristemente entre cristianos, que á quien la voz de la naturaleza no le retiene agrupado en corazón con aquellos á quienes la misma le enlazó, tampoco le hicieron fuerza las creencias del panorama de la gloria eterna, de la que, ó jamás ha de gozar llamándose condenado, ó ha de encontrarse frente á frente y amar con especial amor á aquel padre, á aquel hermano que dejó, antipático ú odiado, porque era torbo á su pasión. Verdad triste, pero verdad. Mas si la pasión que triunfó de los vínculos de naturaleza, desligándose de todo, tuvo más fuerza también que la que la Religión le opuso y la arrolló, ¿qué inferireis de esos ejemplos si no que allí la creencia cristiana ya no existe? ¿Qué ven esos cristianos al otro lado del sepulcro? Nada. Eso, sin embargo, no pasa de una excepción.

Para el cristiano de creencias claras que en la muerte no ve un

abismo donde se hunde el alma sin saber su paradero; si es que un velo interpuesto entre dos estancias, que á su paso se levanta y cae, dejándonos en comunicacion con ella; entrada ya á la otra vida con la misma calidad de padre, hermano, pariente, íntimo sócio de familia; el cristiano que con esta claridad descubre á la otra parte de la muerte, como á través de semi-trasparente gasa, la perspectiva de la eternidad, ese cristiano sufrirá, tolerará y sabrá ser resignado mientras viva, si durante toda su vida es necesario, antes que romper la union de corazones ó esperar la muerte en discordia; si con nadie en general, ¿cuánto ménos en ese grupo escogido donde Dios le hizo nacer, y á quienes Dios le ligó, ligando á ellos con él en dulces lazos de amor, que ni en la eternidad se han de romper? Enérgica es, sí, la fuerza que imprime á los lazos naturales de familia para impedir su desquiciamiento, la creencia viva en ese plan de la otra vida, donde tanta intervencion y tan directa ha concedido Dios en bien de los que parten delante á las personas que quedan en esta vida de la tierra. La fé, descendiendo desde su elevada esfera, se pone al servicio de la familia para consolidar la union natural y conservar su concordia en el camino; y Dios hace servir á su vez la voz de esa naturaleza para que el hombre cristiano, marchando en ese santo grupo, protegido en él, llegue á su fin.

Llega un momento dichoso en que vuestro padre, de la mansion de la tristeza y sufrimiento, pasa á la bienaventuranza; ábrense delante de sus ojos las puertas de la eternidad feliz; una inmensidad que, por lo imponente, le estremece, y por lo dulce le anega y extasia, se apodera de su sér. *Esto es la gloria, dice, esto es mi fin. Pero ¿pensais que concluyó ya todo? ¡Ah! Encontrarse de improviso en aquel piélago de dicha que le circunda y le penetra como á la esponja en el mar, y sentir vivísimo deseo de llevar allí á sus hijos y lo que más ama del mundo, todo es uno. Y el mismo que al caer en el lugar de expiacion volvía su pensamiento hácia sus hijos, deseando alivio á su dolor, empapado de pronto ya en la gloria, piensa súbito en ellos deseándoles allí en su misma dicha; y pudiendo, como el amado de Dios puede, ¿qué bienes no sentireis con un padre intercesor? ¡De cuántos males no os libraré, y no lo sabreis vosotros! Porque, ¿teneis creencias ó no? Si no creéis, no leais más. Si creéis, ¿por qué no jurais en vuestro pecho vivir y morir en el amor á esos séres benditos de nuestro Dios?*

Familia en la vida del tiempo, familia en la eternidad; peregrinar juntamente con las personas que encontramos en la cuna, que desde entonces conocemos, con intimidad tratamos, que amamos con la fuerza oculta de la sangre con que la Providencia nos inclina y nos atrae, y por el impulso de la gratitud con que á ese centro modesto de la sociedad estamos obligados mil veces más que á ningun otro círculo de hombres ni particular persona de la tierra! En íntimo comercio, durante su

permanencia en la antesala de la gloria! Recibiendo los beneficios de su proteccion solicita desde el dia de su recepcion á la presencia y compañía del Señor su dulce término! Y al fin pasando de uno en uno por idénticas fases de la suerte humana, que no son si no nuevas situaciones de esta misma nuestra presente vida, encontrarnos todos de la manera que en el hogar doméstico, con sus goces limitados y sus penas, encontrarnos todos, decia, encumbrados en la gloria, admitidos á disfrutar la suerte que disfruta el mismo Dios, á vivir su misma vida...! ¡Qué desenlace señores! Imaginad un plan más bello y mas sublime que el de la familia cristiana desde su *cuna* hasta el *cielo*, y, á quien me lo haga entender y diga *su autor soy yo*, yo le adoro como á mi único Dios.

Á la *verdad* de ese plan nada le falta; nada más se necesita ya que ponga en claro ó patentice que ese es, y no es otro, el designio de la Divina Providencia. Pero una vez que Dios se presentó en el mundo y Hombre se detuvo entre los hombres, honró y confirmó prácticamente y con su ejemplo propio, que la obra de la familia era su obra; y que los vínculos recíprocos de amor que son su vida y su alegría, están sellados por Él, con el carácter de la perpetuidad, durando no solo hasta la muerte, si es que tanto como la bienaventuranza dura. «Yo nazco, dice, con sus propios hechos; yo nazco, de una madre de quien me complazco en recibir *infante* sus beneficios y desvelos; á esa madre de mi vida y á su justo esposo, como á padre, yo me entrego; dócil y atento viviré en su grata compañía en nuestro humilde hogar doméstico. Inferireis fundadamente, aunque lo pasa por alto el Evangelio, que al morir el santo protector de mi niñez y dulce compañía de casi toda mi vida, estaria yo junto á su lecho, y que tendida mi mano sobre su frente al espirar confundió su morir con blando sueño.»

Tres veces alumbró el sol esa constante carrera, que le cuesta doce meses recorrer, mientras que el Salvador iluminaba al mundo con su palabra divina, y el Evangelio os dirá cuál se portaba con su amante Madre aun en el tiempo de su pública mision. Siempre hijo, desde el portal de Belen hasta el dia postrero de su vida, ya no os estrañará, nó, que desde el mismo suplicio dé al mundo entero y para siempre la enseñanza sublime de la perpetuidad de la familia, dedicando las últimas palabras de su aliento agonizante al consuelo de su Madre!

¿Más perpetuidad apeteceis? ¿La duracion sin límite quereis ver confirmada? La teneis. ¿No habeis meditado nunca en la Asuncion de la Santísima Madre de Dios á la region de la gloria! Él Hijo de la Virgen, Hombre y nada más, hubiera querido vivamente y rogaría á Dios que la muerte de su Madre fuera dulce cuando fuera, y que su alma volara allí á su presencia tan pronto que ser pudiera. Pero Dios, el Hijo de Maria, templa la muerte cual á su Madre convenia; el alma que la deja... vuelve á animarla nuevamente, y gloriosa el alma, y gloriosa su santi-

sima morada, no por su propia virtud, pero al imperio del hijo, despreciando de esta region de los mortales, conocida y acatada á su tránsito por todos los moradores de la gloria, colocada junto á él delante de la Trinidad augusta, Señora del universo y de los cielos, allí está y allí estará patentizando á los mortales; que la familia cristiana persevera y se completa en la misma eternidad.

II:



Ningun hombre me hará creer que, habiendo leído no más que con regular deseo de no engañarse cuanto queda expuesto, para demostrar que en el plan de Dios la vida de familia es la vida cristiana en todas sus fases, tanto en este mundo como en el mundo venidero, ninguno, vuelvo á decir, ninguno me hará creer que no ha formado su juicio por sí mismo, quedando profundamente convencido. No habla, no, de buena fé quien afirme lo contrario. Eso no obstante, quiero poner de manifiesto las consecuencias funestas más palpables que por sí mismas se presentan cada vez que experimenta un práctico desvío ese gran plan. Verdadero será él, en él se entraña la verdad, si, en la práctica, un paso que no se ajuste á esa pauta, dá un resultado innegablemente malo.

Tomad en su origen la familia: ese sér que viene al mundo y es conducido á una Inclusa..... privado toda su vida de pronunciar el nombre de padre y madre, ¿no advertís que ese desgraciado sér es ya fruto de un pecado? Sin matrimonio, para existir solamente costó ya la *infraccion* del plan de Dios. ¡Y quién sabe si llegará á la Inclusa! ¡Quién afirmará que la existencia recibida en un pecado no sentirá apagarse sus bajidos en un crimen! ¡Tremenda responsabilidad! ¡Se teme desmerecer ante los hombres, y nada importa desmerecer ante quien todo lo vé! Será su existencia respetada las más veces, sí, y llegarán á esa casa donde la caridad, vestida de tosco sayal y blanca toca, los recibirá en sus brazos. Allí encontrará nutrición proporcionada á su edad; ropas adecuadas que le envuelvan, protegerán del frio sus delicadas carnes; su cuna dispuesta; en condiciones higiénicas la estancia; inspeccion facultativa..... nada, absolutamente nada, hará falta á esos séres, á quienes solamente su desgracia recomienda. Serán pocos acaso los que á ser legítimos hubieran encontrado mejores elementos en el doméstico albergue; y sin embargo, ¡oh dulce encanto de la maternidad! cuántos de

esos séres desgraciados, que al arrullo tierno y vivificante de su madre saltarian de alegría en su regazo, van marchitándose y muriendo como flores enfermizas sin el áura de la vida! Muchos son, sí, muchos los que perecen en la infancia que en el hogar no morirían.

Viéraisles en turbas en la edad de la niñez! La caridad los viste esmerada y los aseá; los alimenta amorosa; inicia su educación; tienen sus ayos, y pasean; sus sitios de recreo y diversion; sus áulas y sus maestros; su capilla, donde el alma tierna se regocija, y su ministro prudente que despierte sus afectos y la prepare á su Dios; ¡y quién creyera! pero no, tampoco os estrañará: tended una mirada sobre esos grupos de niños en la mesa, en el juego, en el paseo, y sentireis que se os anublan las entrañas. Macilentos, sin brillo en los ojos, sin risa en los labios: todo eso en los más niños; crecidos ya, vereis semblantes enjutos sin revelar afeccion; la travesura se trasparenta en su mirada fria; el alma vive; en ningun rasgo de su rostro advertireis que asome el corazon; vereis en algunos pintada la estupidez; vida y nobleza en muy pocos. ¡Oh! el corazon es el hombre: sin padres y sin hermanos es imposible el corazon. Y es que hasta las mismas máximas cristianas que el sacerdote les inspira, sin esa natural disposicion de los afectos que solamente al calor del hogar paterno se desenvuelven sin saberlo, no tienen de ordinario la eficaz, la benéfica influencia que en todo corazon jóven ejercen cuando el corazon se desarrolla natural y cristianamente á la vez en su verdadera escuela. ¡Vais viendo las consecuencias de desviarse en solo un punto del plan trazado por Dios!

Pero ¿qué colocacion social se les espera á esos séres? ¡Ah! Ellos han salido indistintamente de todas las clases de la sociedad, y todos, sin distincion, tambien tuvieron que someterse y afiliarse á la más infima. Un arte ú oficio fué la carrera abierta para todos; un arte mecánico, no bien enseñado acaso, y acaso mal aprendido, completó la instruccion de los que más: voltear la tierra con la reja del arado ó con la fuerza del azadon, será en gran número la ocupacion más dominada. Un taller, un taller pero modesto, de vestido ó de calzado, es el término más ventajoso á que podrán aspirar. Y aún eso sin capital, sin apoyos obligados, sin parientes, solos.

No habria, no, que plañirse aún de tan inadecuada colocacion, cual para muchos lo es, porque el primer título de dominio y de honra está en el lícito trabajo; pero ese aislamiento de una persona que vuelve la vista atrás y no ve á nadie que le precediese; que mira en su derredor y no encuentra un solo sér que le esté unido por el más remoto vínculo; un hombre solo y pobre que se presenta en el mundo en ese aislamiento, que hace más terrible la pobreza y la incultura, no negareis que es desconsolada situacion.

Y unido en santo enlace con persona equiparada á lo más en con-

diciones personales y en fortuna, ¿creeis que su prole, si Dios bendice su union, quedará regenerada y se presentará ya libre de las desgracias de su autor? ¡Ah! Para su padre principi6 el mundo con él; padre sin tradiciones de familia; padre que jamás conoció los encantos de ser hijo, será buen padre en todo aquello que la voz sola de la naturaleza íntima, pero ese temple que toman las afecciones en quien tuvo la dicha de vivir á la sombra de sus padres, y ese porte práctico que tan fácil le sería en ese caso desplegar para sus hijos, sus hijos no lo verán. ¡Meditad hasta dónde alcanzan los trastornos de haber trastornado un plan!

El remedio, ya lo veis, Dios lo tiene preparado: á su nombre la autoridad pública de la Iglesia y del Estado sale al encuentro del mal; la caridad pone recursos á sus órdenes; cosas y personas se organizan; el establecimiento abre sus puertas; la caridad, bajo otra fase, se anticipó á pertenecer al personal; y la honra de los officios más asíduos, más humildes y repugnantes, acaso, la solicitó y pidió con avidéz para ella sola. Remedio tan sábiamente preparado, hace admirar por un título más la Providencia adorable con que á todo atiende Dios; pero entra tambien en los designios de su gobierno universal, que los remedios aplicados á esos males dejen siempre ciertas huellas de la enfermedad social, aunque le lleven alivio, para que nunca se crea que es lo normal el remedio, sino que, por el contrario, conste y salte á todos á los ojos ser un lamentable resultado de la infraccion..... de su gran plan.

III.

Á nombre de Dios la sociedad dá una limosna al mendigo; á ese sentimiento noble, ni el clérigo, ni el seglar fueron ajenos jamás: Dios que lo manda lo inspira en el corazon, y la limosna la sublima de tal modo, concédele tal virtud, que quien en caridad bien entendida hace al pobre participante de sus bienes, propicio le será el cielo. Eso, no obstante, siempre el que pide tuvo que vencer un íntimo rubor, siempre recela de su derecho de alargar la mano; y siempre el que dá recela tambien si aquella limosna se la defrauda á otro pobre. Ese rubor está diciendo al mendigo: *mira que el centro del sustento es el trabajo; y el centro del trabajo es la familia; piensa si es exacto serte el trabajo imposible, y siéndolo, advierte si allegas exclusivamente para tí ó pides para*

llevarlo al hogar y alegrar á tus hijos cual lo hicieras presentándoles el precio de tu jornal. El recelo del noble corazón que dá, le hace á él las mismas indicaciones que el rubor hizo al que pide; y es que en el sentido íntimo de cada uno, en la conciencia de todos hay algo que defiende la familia como centro del sustento material.

Si una vez elocuente es ese algo, que la proclama, callando, como la organización más acabada que Dios hizo para *prevenir* el mal, y á la limosna el *remedio*; recurso bellísimo y fecundo en bendiciones, sin que de ellas prive ni el desierto en el dar, bellísimo recurso, sí, pero remedio. El mal que aquí ataja el remedio, no será infracción punible del plan, como lo fué el anterior; la caridad, recurso de familia en caso excepcional en que su trabajo fué imposible ó no alcanzó, será en sustitución ó complemento; pero un plan nunca será.

¿Y no tiene la sociedad preparado un asilo donde albergarse el pobre y acabar los últimos días de su desvalida ancianidad? Allí se encontrará lo necesario, hasta lo cómodo en algunas exigencias de la vida; no hay esmero que allí no se prodigue, y todo con la satisfacción que produce la confianza de ver su situación afianzada, mientras guste conservarla. Pues bien; ¿sabeis lo que se necesita para que una persona, por asediada que se vea de la necesidad y aún la miseria consienta poner el pié en el umbral de esa casa? Si no tiene padre busca hermanos con quienes no vivia ya bajo un techado; si hermanos no le quedan, se acerca á remotos parientes con quienes acaso jamás estuvo en contacto; en fin, cuando no puede ya contar con nadie, y puede solo llamarse en verdad *desamparado*, entonces resuelve pisar la casa de amparo.

Esa repugnancia, decid, ese instinto á recojerse mejor á la compañía de un pariente lejano y no tratado, ¿qué os prueba si no que la vida de familia es la más en consonancia con santas inclinaciones naturales que el hombre siente en el fondo de su corazón, cuando en el corazón no predomina ya tendencia alguna viciada? ¿Qué os prueba, si no que esa vida es la más dulce, que son los vínculos más fuertes, que el plan de Dios es vivir el hombre y morir, sino á la sombra de toda entera su familia, que el tiempo acaso desmembró, á lo menos á la sombra de los restos que le quedan? Y ese abatimiento que se apodera de su ánimo, ¿no es testimonio de que se siente arrancado de su centro? Si esas casas reúnen condiciones de bien vivir, el tullido pobre y el anciano, la repugnancia innegable que experimentan hácia ellas es la prueba más patente de que es *antes* la familia. Si no las reúnen, es que la caridad, teniendo que valerse de agentes que no se mueven todos á ese impulso, no alcanzando á obrar en todo directamente, ó por sí sola es, en resultados, *inferior* á la familia.

¡Ah! Era lo conforme al plan general que el imposibilitado y el anciano encontraran su frugal sustento allí, en aquel centro de vida

donde el Criador los colocó; y... esas dos figuras poco gratas á los que las rodean, mirándolas el egoismo, que nunca mira si no por el lado del sentimiento mundanal; esas dos figuras podrian completar el cuadro bellísimo de la familia cristiana. ¡Qué saludables recuerdos! ¡Cuántas ilusiones ajarian sin hablar! ¡Qué oportunas ocasiones para ejercitar virtudes que no se ejercitarán!... Conste, sí, conste que esas personas á quienes el egoismo mira desabrido, y querria alejar de la escena de familia, porque no contribuyen á su mezquino vil objeto temporal, esas figuras reputadas por él, feos *borrones*, precisamente son toques maestros del cuadro donde solo el estúpido deja de encontrar cifrado el *mérito*. Sí, la vida de familia es antes y mejor; lo demás es subsidiario; y lo es, con todos los encantos de que Dios sabe revestir hasta los remedios á los males; pero esos remedios son, no el plan, son los síntomas precisamente de la infraccion de ese plan.

Exactamente lo mismo se tiene que discurrir por lo que respecta á esos otros seres infortunados, á lo humano, que gimiendo agobiados bajo el peso de doble y apremiante desconsuelo, encuentran abiertas las puertas de su asilo donde la *pobreza* y la *enfermedad* á la vez halla al ángel del alivio, que les está esperando con el simpático ademán de la compasión y del amor. Ese hospital lo abrió la caridad y lo conserva; el pensamiento que allí preside es todo suyo, pero la caridad que en sus desvelos iguala y aún mejora la situacion de la familia, si á más de las afecciones naturales no embalsama su recinto el perfume de esa divina virtud, la caridad, decia, como no puede por sí misma extenderse á todo, hacerlo todo, no lo hace; y allí, en la línea donde se vé precisada á detener el pié, allí donde delega confiada, creyendo trasmitir su accion vivificante, que de hecho siempre no trasmite; ni obra ya la caridad, ni tampoco el interés peculiar de la familia, aún considerada solamente como mero resorte natural del corazon.

Motivos de postrarse de rodillas son, y descubierta la cabeza besar humildes la tierra; porque la han pisado ya las plantas del Salvador, que hermano del desgraciado, ha levantado esos asilos al *huerfano*, al *desvalido*, al que lamenta en la *pobreza*, herido á más del *dolor*; brillantes ocasiones de afianzar el ciélo, consagrándose fieles instrumentos de su amor; escuelas públicas donde aprender lo que es el hombre, y avergonzarse de las vanidades de la vida; eso son; pero nunca testimonios de que la sociedad guarda nada preparado que sea *antes*, ni *mejor* ni más *estable* que el hogar doméstico para ninguna de las fases de la vida; nunca pruebas de que el poder ó autoridad del Estado debe ni puede reemplazar al padre, ni la sociedad absorber á la familia.

Que la sociedad cristiana casi completamente emancipada de esos vínculos, marchando á grandes grupos en inciertas direcciones como arroyos de caudaloso rio desbordado, entre en su cauce y tome rumbo; fór-

mese allí el hombre y el cristiano, que allí vinculó el Criador inclinaciones escogidas que fuera de familia no hallará; y el Salvador de consuno vinculó allí el magisterio, la autoridad y el ejemplo, para que á la vez que hombre, pues solo en familia dispone que se haga *hombre*, se haga en familia *cristiano*, y á ella enlazado eternamente, viva y muera como tal.

IV.

En cuanto á que son recursos supletorios ó remedios á la infraccion del gran plan en orden á la vida en este mundo, queda demostrado ya. Ver si hay que pensar cosa distinta en orden á la futura vida, es lo que resta analizar. La Iglesia, aun la Iglesia que tanta parte ha tomado en esos providenciales recursos para remediar males necesarios que la familia, á pesar suyo, deja escapar á veces de su mismo dulce seno, pero sin pensar jamás en reemplazarla, desempeña idéntica mision en lo referente á las necesidades del otro lado del sepulcro.

La Iglesia se viste de luto; por todos, sin escepcion, eleva sus preces al trono del Altísimo; por todos ofrece el sacrificio del altar, rogando al Dios de la clemencia se digne aceptar el mérito infinito de esa Hostia, en indulto generoso de aquella parte de pena que á cuantos estén en el lugar de espacion sea de su soberano agrado el otorgar. Esto hace, esto repite y esto se multiplica simultáneamente en todas partes del globo; que el Catolicismo en todas tiene su altar, ¿Pero inferireis de aquí que quedó la familia desligada? ¿que con la muerte se extinguió la relacion, y que el deber que cesó, en caso pasó á la Iglesia? ¡Ah! Tan vivo y directo como en la tierra lo sentia sobre sí en orden á una persona, se mantiene el deber en los que quedan en consuelo de su alma que anticipó su partida. ¡Si está en el corazon de todos! Podrá sentirse débilmente, pero se siente y lo está.

Un dia *señalado* del año, fúnebres sonidos que lo anuncian llevan á vuestro corazon desusadas sensaciones envueltas en melancólicos recuerdos; vestís desaliñado luto, vais al templo; la oscuridad, recogimiento, luto en todos, silencio sepulcral, haciendo resaltar un canto plañidero; eso encontráis; el alma se impresiona, y al doblar vuestras rodillas, decid, ¿qué os ocupaba la mente? ¿qué imágen se os presentó? ¿No era del padre, de la madre, de esposa, hijo, hermano? ¿y no rogábais por ellos? Pues continúa el comercio. ¿Y no fueron ellos los primeros? Pues

sigue el primer lugar que en este mundo les dabas, porque se les daba el corazón, la religión. ¿Quién se les mostró en la tierra más diligente que tú? Ninguno. ¿Y hubieras permitido tú que te reemplazara nadie á ti? ¡Oh! Es que tu derecho era el primero, era directo, y siendo acá el primero y el directo tu derecho, ¿cómo no había de serlo en la otra vida? Llámole derecho y nó deber, porque el deber de rescatar á un padre, esposa, hermano, verdadero amigo, suena más dulce... *derecho*.

La Iglesia os ayudará, hará el *ungido* lo que á vosotros os está vedado hacer; ¿pero ese auxilio de la Iglesia esperais que os busque, ó vosotros sois quienes busqueis? ¿Querreis que el sacerdote os ruegue que le encargueis el sacrificio del Gólgota, ó rogareis vosotros que lo ofrezca? No os canseis, aún en lo que la familia no puede por ser ageno á su incunvencia, la iniciativa es siempre suya; porque el deber directo es suyo, como en la tierra lo fué.

Antes que fallecieran vuestros padres y esas personas unidas en estrechos vínculos con ellos y con vosotros; recordareis que cambios sociales los alejaron de su hogar, y en confusion con otros mil de la comarca quedaron recluidos en inmensa estancia? ¡Con qué interés los visitábais! ¡Cuántos se agolpaban á la vez! ¿No es verdad que cada uno preguntaba primeramente por los suyos? ¿Y á quién antes que á ellos presentaba el vaso cristalino de agua fresca, el dulce, el recuerdo de cariño? Ausentes los padres, cerrados y sedientos; ¿tener acceso y no ir? ¿No penetrar? ¿No llevarles un consuelo? Pues eso mismo teneis deber, derecho solo si quereis, de hacer con sus almas recluidas y sedientas, y angustiadas en el lugar de espiacion. ¿Y esperareis que lo hagan otros? ¿Y vosotros no levantareis el corazón? ¿ni aplicareis una indulgencia? ¿ni abstinencia de un ayuno? ¿ni ese módico estipendio del sacrificio que el unguido ofrecerá en su bien á nombre vuestro? Para dejar de obrar así era necesario no creer que hay un lugar de expiacion, y que el alma allí padece y gime, ó no tener corazón. ¿Para qué os parece que conserva Dios en nuestro pecho y resucita el sentimiento de ternura despues de muertos los padres? Sí, sí, rogais por ellos vuestro amor sigue volando sus almas, y en su copa rebosando de sufragio les presentais el consuelo. Aunque no fuera un deber que lo es muy sério, y fuera solo un derecho de familia, ¿quién renunciaría á su uso sin cubrirse de ignominia? Seria no abdicar, renegar seria de la calidad de hijo. Aunque la Iglesia hubiera de hacer lo que la familia puede y debe, ¿no inferis patentemente que en el hecho de *poder* vosotros, persevera el enlace y el comercio, y que siendo directo y eficaz no es esclusivo de la Iglesia? Si vosotros no existiérais la Iglesia sola lo haría; *la Iglesia quiere ayudaros; más no se íntrusa á escluiros*.

Y, qué, la Iglesia que sabeis que no os reemplaza en los oficios de sufragio y de consuelo del amor en ese tiempo de purificacion, ¿podrá

reemplazaros en el término? ¿Ignorais que cuando el alma entra engolfada en la bienaventuranza, su amor le hace sentir lo primero el deseo de atraer allí y de verse frente á frente en el colmo de su dicha á las personas que más ama? ¿Y á quién se ama antes y mejor que á quien se amó junto á la cuna? ¡Oh! Desde el cielo á nadie se ama sinó en el amor de Dios: y allí donde el capricho de pasion no existe, ¿quién se arrebatará para sí la preferencia sobre esos séres que debieron siempre ser amados, si siempre acaso nó lo fueron? Sí, los vínculos sagrados de familia están allí en su plenitud; y en ese apoyo y plenitud subsistirán mientras la gloria subsista. La obra de la familia, recompuesta de accidentes debidos á la flaqueza humana antes de partir del mundo; purificada en el crisol del purgatorio despues; anegada en celestiales delicias y en su reciproco amor últimamente, en vez de *extinguirse, comienza* en la eternidad.

V.

Pensad, padres, pensad; tanto como acabais de ver, tanto es lo que Dios espera de vosotros. Si la religion del Crucificado va desapareciendo de nuestra sociedad, y su moral santa no entra apenas para nada en nuestras costumbres, es porque desaparece en la familia aquella tradicion cristiana que embalsamaba su vida para no extinguirse nunca; y porque las máximas eternas que en los labios de un padre parecia salir revestidas de la autoridad de Dios que las pronunciase por sí mismo, han sido reemplazadas por esas infelices prescripciones de *invencion humana* inspiradas por la vanidad, estendidas por la moda. Sí, pensad; y ya que solamente presentándose cristiana la familia, puede volver á ser cristiana esa desgraciada sociedad que, salvo el nombre, no lo es; siendo tantos los hombres condecorados con el carácter de padres de familia, tantas las mujeres que lo son con el de madres, y considerablemente más las personas próximas y que se van aproximando á la edad y condiciones de serlo; preparándose debidamente todas para desempeñar el sublime y el sagrado magisterio de hacer cristiana de corazon á la familia; esa preparacion indispensable y sería en cuantos son y han de ser sus cabezas y maestros, *anticipará* considerablemente la *restauracion* del cristianismo, y, con él, de toda dicha en esa infortunada sociedad sin creencia fija ni costumbre sana.

Sí, principiad por vosotros, que en número y en importancia parte formais considerable de esa gran masa social que por colosal que sea po-

deis aún hacerla retroceder, no digo, pero sí *detenerla* en su carrera. Si no la deteneis, la espera abierto un abismo; y detenerla, vosotros solos podeis. Servicio inconmensurable habreis prestado ante los hombres y ante Dios, si conseguís esa tregua. No hareis sino cumplir vuestro deber; pero hoy cumplido, es el rescate de la sociedad que tiene un pié en el gentilismo, y con el nombre cristiano, y signando su frente con la cruz, le falta solo un paso para entrar; y no lo dudeis, si no la conteneis vosotros, entrará. Entonces todo es perdido.

El cristianismo de hoy no vive del ambiente de familia; sostenido de un modo artificial, su vida es lánguida, enferma, cada dia es un paso hácia su muerte. Penetrados de que el hogar doméstico es donde exclusivamente nace sano, crece robusto y robusto vive, la generacion que venga puede recibirle aún de vosotros en el seno de familia si quereis; pero estando, como está, muriendo ya, si en la actual generacion espira, la próxima que llegue lo encontrará ya muerto... ¡Y qué haríamos entonces con trabajar para que esperen en lecho de flores á un cadáver! Á un cadáver se le entierra; y en el mismo sepulcro en que vaya cayendo cada padre de familia, que no legó su religion á sus hijos, en el mismo quedará enterrada con él y para siempre. Cuando estos hijos hayan de formar el corazon de los suyos, ¿los nutrirán de cristianismo y de virtud que no aprendieron?

¡Lectores, que nos perdemos y no hacemos alto á meditar! El episcopado católico, el ministerio parroquial, el sacerdocio entero, no es bastante por sí solo, no digo aún para hacer católico á un Estado, ni á conservarle en el Catolicismo es bastante ni por mucho, si al Catolicismo se le niega el domicilio en la familia, su *afiliacion*; si no tiene allí su *cuna*, su *escuela*, su *autoridad*, su *ejemplo*.



PARTE CUARTA.

I.

Súbdito es el hijo, hermano, amigo conciudadano que llevamos formado en la familia. Formado el hombre en la calidad de súbdito, es consiguiente considerarle tambien en la calidad de superior. El número de los que rigen y gobiernan será siempre muy limitado, frente al número de los que han de ser gobernados por ellos y regidos; pero existe un *tipo único*, al cual tiene que modelarse todo súbdito; y es conforme, es imprescindible, porque es vital su importancia, examinar si existe igualmente un tipo, si es único y cual es él, para poderse plegar dentro de ese modelo interesante, todo hombre en cargo de autoridad.

Si la familia pudiera vivir sin entrar á formar parte de la gran asamblea de la humanidad, á que el Criador las tiene convocadas todas, los hijos no conocerian nunca sino la autoridad del padre; pero siendo indeclinable que formen parte de la gran familia sociedad, esa autoridad paterna ya no alcanza, porque allí los respetos, los fines sociales, sin dejar de ser idénticos á los respetos y fines de familia, son todos en grande escala; y porque no siendo una, sino infinitas las familias, é infinitos igualmente los jefes de esos grupos parciales, llamados á constituir un solo grupo, reclama tambien un solo jefe, ó único gobierno. De ese centro de poder es indispensable que se deriven poderes subalternos que lleven su accion hasta el último confin, en cada uno de los círculos que constituyen esa asociacion inmensa. Un poder central y otro local, son, pues,

elemento de acción tan indispensable en sociedad, como en familia lo es el padre. El hombre que siendo la personificación de ese poder central, ó representación del derivado ó local, sea de la índole que quiera, es denominado autoridad, hombre que manda sobre el hombre que, estando debajo de su voluntad, se llama súbdito; para ese hombre-autoridad, tiene que existir un tipo, dentro del cual deba formarse indeclinablemente, como lo hay para formar el súbdito que le obedece.

El hombre que supo ser buen hijo, hermano, amigo, conciudadano, súbdito se formó exclusivamente bajo la autoridad de un padre; solo una autoridad idéntica, en cuanto cabe, á la que le forma súbdito puede ser la autoridad que le mande; ella misma, no existiría siquiera si la paterna se bastase; no es otra, no es diferente, es una prorogación, una continuación y nada más de la autoridad de un padre. Existe, pues, un *tipo*, es *único*, es el *padre*. El tipo es innegable, el deber de parecerle, ineludible; el hombre en autoridad que sepa calcar con más exactitud la fisonomía del buen padre, su carácter distintivo y peculiar, aquel será, aquel únicamente el hombre á quien Dios quería para ejercer á su nombre autoridad.

No es una bella ilusión, no un poético ideal el buscar ese modelo, no; es una de esas profundas prescripciones suyas que los hombres no siempre quieren ver, que andando el tiempo ya no ven, y que en uno ú otro caso, pasando por encima con frente desdeñosa ó ignorante, atraen sobre sí sus iras, bien concitando contra su propia persona los ánimos de sus súbditos, bien cayendo por sus mismos pasos en doloroso conflicto, donde encuentren con su descrédito su pena. No existe en el mundo más autoridad que la de Dios, y Dios la ejerce siempre como padre; la ejerce primero valiéndose de los que lo son legítimos naturales, oculto en ellos allí desde la cuna es nuestro padre.

¿Quereis comprender si desde aquella edad en adelante lo es también? Sin réplica lo vais á ver. En toda propiedad, rigurosamente Dios es nuestro padre hasta el sepulcro: *tres tendencias, tres inclinaciones* encarnadas en el corazón del hombre cuando niño, son las que el autor de su naturaleza tiene dispuesto que se desarrollen, se formen y se consoliden bajo de la autoridad paterna, solamente allí se encuentra realizable y realizado ese grande pensamiento de su plan. Esas tres tendencias instintivas cuando niño, pasan á quedar constituidas en tres deberes cuando hombre; y esos tres deberes en el súbdito del padre, son en éste los tres derechos únicos, pero bastantes, que Dios le ha otorgado sobre el hijo. Sintió el hijo una fuerza oculta que le impelia á respetar, á obedecer, á amar al padre, y ciegameamente cedió á esa fuerza: á su tiempo conoció el deber de hacer en conciencia lo que hacia por instinto, y ese deber lo cumplió; el padre vió á su vez satisfechos sus derechos sobre el hijo.

¿Cuántos son y cuáles los deberes que Dios ha impuesto al hombre hácia su Dios? Precisamente son *todos y solos* é idénticamente los *mis-mos* que le impuso hácia su padre: en nada más los gravó en cuanto á súbditos suyos; ningun nuevo derecho se reservó su autoridad: que le respete, le obedezca, le ame; con eso se dá por satisfecho ese gran padre, la primera, la única autoridad. Demostrado queda, pues, que Dios, del mismo modo que ejerce paternalmente su dominio sobre el hombre infante, valiéndose de sus legítimos padres naturales, del mismo modo, sí, continúa siendo padre; *padre, y nada más, de todo hombre mientras vive.*

¿Pero cuántas cosas hay que le intimó Dios al hombre sin relacion con su Dios? Si sus derechos son los tres idénticos con los derechos del padre, ¿cómo intimar precepto además en mil extremos de la conducta del hombre? Eso será, sí, propio de Dios; pero no es propio de padre; llámese, pues, autoridad de Dios su autoridad, no le llameis autoridad de padre. Esperando estaba ese reparo, precisamente para completar la teoría de su dominio exclusivamente paternal. Despues de los preceptos encaminados á conservar incólumes sus tres derechos de padre, que podrian refundirse aún en solo el del amor, presentadme uno que no tenga por objeto la *concordia* entre los hombres; no me lo presentareis. Tomadlos todos en las manos como un haz de prescripciones, contadlos; de uno en uno deshacedlos como un cordon en sus mil hebras; prolongadlos despues en sus últimas aplicaciones, en sus deducciones más lejanas, pero legítimas y rectas; esto hecho, ó antes que lo hiciérais, tened preparado un análisis con precision y exactitud de cada uno y de todos esos derechos y deberes que *aproximan y alejan* á los hombres entre sí, constituyéndolos en un hábil equilibrio á la accion de esas dos fuerzas iguales y contrarias en todas las situaciones de la vida. Terminado ese trabajo, mostradme un precepto, una sola deduccion, áun de las más imperceptibles, que no vaya encaminada á mantener la armonía, el bien vivir de los hombres entre sí, y me hareis abandonar mis convicciones. Insisto en que no lo hareis, y tanto menos presentareis lo que os pido, cuanto el trabajo en buscarlo sea más escrupuloso y concienzudo. ¿Qué padre podria consentir que sus hijos se despedazaran entre sí? ¿Y podrian decir sus hijos que le amaban? Identificados con él, la discordancia con el hijo es discordancia con el padre, y el intimar que no perturbe, que no lastime, que no cometa atropello con un hermano un hermano, no es apropiarse derecho nuevo, es usar del que ya tiene; tiene derecho al respeto y al amor de *todos* ellos, y el que le perturba á un hijo hace un ultraje al respeto y al amor que debe al padre. La concordia, la armonía, el amor entre los hombres, tienen esos preceptos por objeto y nada más; confirmacion indestructible de que la autoridad de Dios es eminentemente paternal, es toda y sola la autoridad de la fa-

milia. Esos preceptos los intima Dios á cada hombre de la humanidad entera; porque todos los hombres son sus hijos, entre sí son sus hermanos; la autoridad de Dios es la autoridad de un padre.

Si despues de todo esto existe un hombre que por ejercer autoridad espera ver de sus súbditos más de aquello que el padre ha visto siempre de sus propios hijos, ó más de lo que á éstos mismos les pide para sí su Criador; decid que ese hombre desmiente á sabiendas su mision ó que la ignora; esos tipos de mando que creó el orgullo del hombre, en vez de crearlos Dios, en todos tiempos han sido designados con un nombre de muy áspera pronunciacion; y mucho más desde que Dios en persona consagró la autoridad de la familia; y, de otra parte, dejó á los hombres, hasta la fórmula divina de dirigirse á la primera autoridad, encabezando su recurso con la palabra «Padre nuestro...» Desde entonces, sobre todo, el hombre, en autoridad que no se muestra al ejercerla entre sus súbditos con las entrañas de padre entre sus hijos, no solo acredita que desconoce su mision, la desmiente y la destruye; llevar seria en su frente la inscripcion de un rebelde, no de un delegado de su Dios.

De todos los dones de Dios puede abusarse, todos puede el hombre convertirlos en arma contra el mismo fin para que Dios los concedió; pero el don de la autoridad, si el hombre á quien inviste ese resplandor de Dios no se encuentra preparado en humildad profunda para olvidarse de sí, y de entrañable amor á todos para ejercerla en su bien, es el don que en más peligro pone al hombre de erigirse en ídolo de su amor propio, en lugar de servidor atento y fiel, en proporcion precisamente de la inmensa confianza, en hacerle depositario de ese don. Humildad profunda, sí, es virtud más imperiosa que en el padre; porque en este el amor hácia sus hijos, siendo voz de la naturaleza, es más intenso y más seguro; le tiene fijo el pensamiento en consagrarse en su bien, y no le deja acordarse de sí mismo. Ese amor en que el hombre en autoridad debe parecerse en cuanto cabe, al padre, lo sentirá difícilmente tan entrañable hácia sus súbditos. Si una humildad muy profunda no reemplaza el vacío de una parte de ese amor, el don de la autoridad no será el don concedido en bien del súbdito; una arma será temible para él, y para el mismo que la usa, irremediabilmente peligrosa.

El peligro es de un orgullo que petrifique el corazon, y ese peligro es inminente, por lo mismo que lo ignora: autoridad que se ejerce sin ser su impulso el amor, el bien del súbdito; trocados los papeles se convierte en alimento de amor propio; los derechos de respeto, de obediencia y de cariño, son su pensamiento fijo; hácenle creer que es un sér inviolable, y lo es; pero el amor propio no ama á nadie, repútase circunvalado de esos tres derechos, cual de triple muro, y en su centro, levantándose su autoridad como fortaleza inespugnable, sus ojos están vendados. Condicion del hombre es el orgullo, pero el orgullo comun,

detrás de ese bastion de autoridad, se ha sublimado; la luz se va perdiendo de sus ojos; fuera de él apenas descubre ningun sér, ningun derecho; él vive solo y para sí: es entonces el orgullo un gran emblema, una figura apocalíptica; no hay además, ni palabra, ni silencio que no lo repute un atentado. ¡Desgraciada situacion! ¿Cuándo la autoridad del padre se vió tan recelosa y tan inquieta entre sus hijos? Aquella autoridad que más fácilmente se encuentra lastimada, aquella es la que más se ha ido alejando de su tipo, la que más se acuerda de sí misma, porque se acuerda ménos del bien de los que debia reputar sus hijos.

El hombre en autoridad, por lo que respeta al desempeño, se encuentra en la profesion más delicada y más árdua; en cuanto á situacion social es, entre todas, la más mala. La elevacion en que queda sobre el nivel de los demás, es demasiado patente para no serles enojosa; y son muy estimables, muy distinguidos, muy hermosos los derechos que forman el cortejo de la autoridad para que no erice alguna espina ese floron. Preguntad á un padre las amarguras que le cuesta el merecer ese respeto, esa obediencia y ese amor, de tan ínfimo número de súbditos, acaso de un solo hijo, y podreis así formar idea cabal de si puede ordenar Dios en su plan que un hombre merezca gozar de idénticas prerogativas, á lo ménos muy afines, en una inmensa muchedumbre, sin la compensacion del desvelo sin tregua, la abnegacion y el sacrificio.

Padre en derechos, en deberes, en el desvelo incesante para el amor para con todos, en el olvido de sí mismo, dulcificando repetidos sinsabores con la satisfaccion oculta que derrama en el pecho el hacer el bien de órden de Dios; esa es en todas sus fases la fisonomía, el carácter de la autoridad. De órden de Dios he dicho, sí; el hombre que no se reputa instrumento, delegado leal de ese gran Padre de la humanidad, absténgase de aceptar autoridad alguna; si la aceptó, que la dimita; áun á nombre de Dios sería víctima sacrificada por su amor, martirio incruento de todos los dias de su vida; pero en la suposicion contraria, será víctima que hará otras muchas; y su martirio será sin lenitivo de presente, y de futuro sin palma. La escuela de todo es la familia; el tipo del *súbdito* es un *hijo*; un *padre* el tipo de la autoridad.

II.

Pero ¿y el poder supremo de un Estado reconoce tambien el mismo tipo? Porque, ó la pena de muerte tiene que desaparecer del Código de

las naciones, ó para el poder supremo existe un tipo que no es el tipo de padre.

La pena de muerte es precisamente el argumento más concreto y concluyente, de que el poder supremo no es otra cosa que el poder paterno. La pena de muerte es *necesaria*; esto basta para demostrar que Dios la aprueba; un hombre de índole perversa, de hábitos viciosos, inveterado en la inmoralidad y aún en el crimen, sabe que en su nación la pena de muerte está abolida, ó que jamás existió; toma en sus manos el Código penal, vé que por un robo que lleva ideado ya, se impone, por ejemplo, catorce años de presidio; y por un homicidio que máquina, y en cuya perpetración tiene el empeño más cerrado y más grato de su vida, se hallan impuestos diez y ocho ó la cadena perpétua. Otros frenos él no tiene; aún esas penas, esperará eludirlas; pero siendo esto imposible, ¿donde estaré yo mejor, se dice él, que en donde nada ha de faltarme y he de vivir entre iguales? ¡El robo y el homicidio son ya un hecho! Y ¿cuántos hay como ese hombre! ¡y cuántos más habría luego...! Borrar la pena de muerte, desaparecer del Código penal y desaparecer también la garantía hasta de andar el ciudadano por la calle, todo es uno. Sin más, la pena de muerte es necesaria. Dios la ha sancionado espresamente en la legislación con que dotó á su pueblo. Esa pena es necesaria; Dios tiene aprobada y sancionada esta pena. Pues bien; solo el autor de la vida, puede autorizar la *ejecución* en que se dá la *muerte* á un hombre. ¿Y de dónde consta que Dios transmite esa autorización á ningun poder supremo? Consta sí de un solo modo; el único que satisface, el exclusivo.

La autoridad del padre es la única que el Criador delega, enviando á cada uno su delegación impresa, mejor que en *pergamino* en el derecho natural. Reunión de esas voluntades de los padres, es el único núcleo de Poder Supremo; entonces la familia en muchos respectos ya es familia común, ó sociedad; la prorogación de esos derechos sobre sus hijos, hace que esos derechos sean tales, cuales la gran familia exige. Dios dá al padre todo el poder coercitivo necesario para *mejorar* al hijo que delinque, para *prevenir* que los otros á su vez delincan; y reparando así la perturbación ligera ó grave del orden de familia, por medio del castigo en uno, y preservándole de la perturbación por parte de los demás, ese orden tiene bastantes garantías de quedar afianzado.

¿No dió el Criador á los padres el derecho también de imponer pena de muerte? No: el orden de familia no lo reclama para verse asegurado, y el Criador nada hace en vano; Dios se lo reserva y calla. Llega el orden social que lo hace necesario, y á *aquel* á quien los padres entregaron los derechos que tienen sobre sus hijos, para que lo ejerza sobre ellos en cuanto ciudadanos, reservándose los necesarios para continuar ejerciéndolos también sobre los mismos en cuanto hijos de familia; aquel, decia, á quien los poderes de los padres hicieron Poder Supremo, el Cria-

dor lo mira y lo considera padre de todos, padre de la gran familia, y á éste le *da* el derecho que dejó de dar, por innecesario, á los padres de la familia parcial.

El legislador que consigna en el Código esa pena, no lo hace en virtud de un derecho que recibiera de nadie; el legislador consigna la pena de muerte, porque tiene el encargo de conservar el orden, la propiedad, la vida, y para esto es necesaria, imprescindible. Y consignada allí por el Poder Supremo, cuando en particular, en concreto llega el terrible caso de imponerla al reo, el magistrado, no áun á nombre de la ley, que en singular á nadie priva de la vida, sino á nombre del Criador directamente, y en cuanto órgano del Poder Supremo á quien el autor de la vida le concede por aquella vez el derecho de quitarla al reo que el magistrado declara como tal, á nombre del Criador, repito, firmará el magistrado la sentencia que ha de ejecutarse en el suplicio.

Dadle otro origen al Poder Supremo, y la pena de muerte no puede imponerse á nadie. ¿Quién dá derechos que no tiene? ¿Manda el hijo en su vida? ¿Manda el padre en la suya propia, ni tampoco en la del hijo? Ó el Poder Supremo la impone, porque los súbditos en globo le dan ese derecho que *creen* ellos tener, ó porque el Poder Supremo *cré*e que por su *indole*, sin recibirlo de nadie le reviste ese derecho; las ejecuciones en el primer caso, se llamarán *suicidios*; en el segundo, *asesinatos*.

La pena de muerte es necesaria, de Dios solamente se puede recibir ese poder; como Dios no lo concede sinó al Poder Supremo, porque es su complemento ó *cima*, y el Poder Supremo no puede recibirlo ningun hombre, sino de los únicos á quienes lo concedió, que son los padres; concluyo, que la pena de muerte es el argumento más concreto de que el Poder Supremo, consistiendo solo en el complejo ó reunion de la potestad paterna de todos los padres de familia de un Estado, tiene que reconocer un *tipo* y que ese tipo es un *padre*.

III.

Aunque se habrá calificado de atrevido, huyendo de un extremo que á los del opuesto ó militante, será grato que abandone, voy á ofrecer ahora otra demostracion no menos sólida, del principio ya sentado.

¿Qué Dios inviste al hombre del Poder Supremo, en el hecho mismo de designarle para ese cometido? Abrid la Biblia y vereis á Dios designando una persona para regir á un pueblo; le vereis enviando un pro-

feta con encargo de decirle á un hombre jóven «vengo á noticiarte que eres rey.» Que Dios designe á Samuel para jefe de su pueblo; que de improviso agolpe sobre la cabeza de David la plenitud del poder Real, todo eso, conviene entenderlo bien, es todo fuera de intento. Trátase allí de un solo pueblo excepcional, por *excelencia* el de Dios. Dios habla con sus caudillos, del mismo modo que con un jefe habla un jefe superior. Cuando el Padre de los grandes jefes y el de los padres de familia dirige á un pueblo tan directa y tan inmediatamente, ¿hay cosa más natural que verle delegar *por sí* todo derecho? Si su legislacion es revelada, si no hay un concepto sinó de inspiracion divina, y esto es un dogma de fé; y por órgano de Moisés se declara *Él* mismo á los hebreos Rey de ellos, siendo esto y su religion y culto la ley fundamental de ese pueblo y su gobierno, ¿qué mucho que la jurisdiccion en todas sus fases, sea de extraordinaria manera trasmitida?

No hay que cansarse. De lo que un pueblo fué en su manera de gobierno cuando el mismo Dios *sensiblemente* significó para con él su voluntad; sábias enseñanzas, eso sí, podrán los hombres de Estado recibir en todos tiempos; pero inferir de lo que esas páginas retienen consignado, que las personificaciones del Poder Supremo, directamente Dios las forma como para su singularísimo pueblo las formaba; eso, sin añadirle á Dios acatamiento, que está solamente en la verdad, es desconocer su general, su inmenso plan. En ese plan inmenso, pues, para con la humanidad eterna, Dios consigna sus designios en cuanto á los fines sociales de la misma por un *proceder universal*.

En la naturaleza ó condicion de solo un hombre en la cuna, y siendo en todos igual, en la condicion de la humanidad entera, deja el Criador como encubiertos sus designios que piensa ver en él cumplidos en cuanto á verle vivir en sociedad; pues le dota de todas las *aptitudes* necesarias, dejando en ellas á la vez depositadas y tambien ocultas, las *facultades* ó dones que lenta y acompasadamente y en recíproca armonía desenvueltas en su física organizacion, inteligencia, sentimientos morales y don de la palabra, van revelándose, haciéndose patentes é inequívocas sus prendas todas sociales, quedando así de igual modo y á un tiempo comprendidos los embozados designios que el Criador se propuso sobre ese infante ceñido en los lienzos de su cuna.

Miniatura de hombre adulto allí, y mero gérmen de inteligencia y libertad; lineamentos de deberes y derechos grabó tambien sobre su tierna alma su autor; deberes que le harán social; derechos que le harán grata la condicion de asociado. Bien; solo su Dios puede imponerle un deber, hacerle sentir la necesidad de *someterse*; solo su autor pudo dotarle de un derecho, hacerle experimentar la expansion de un protectorado oculto dentro de su pecho, que haciendo que se sienta digno, se siente *fuerte* á la vez.

Ese derecho, estampado de prodigiosa manera en las membranas de su mismo corazón; rollado y envuelto en ellas lo deja Dios depositado allí como la antigua ley en arca santa; y á proporcion que ese tierno corazón se desarrolla, aquellos caracteres indelebles sí, que son el sello de Dios; pero en *ininteligibles* hasta que los va descifrando la conciencia misma en cada hombre, llegan á ser tan patentes, se agrandan tanto á proporecion que el corazón se agranda, y con tal precision expresan lo que su autor expresó, que el más iliterato los sabe con perfeccion.

El conjunto de esos deberes y derechos, cuerpo del derecho natural, no es otra cosa que una Biblia escrita por el Criador y de su propia mano, con un caracter de letra de que el hombre no supo jamás forjar el tipo. De ese gran libro, pues, no menos profundo que la Biblia, y de manera no menos estupenda escrito, el contenido no es más que la legislacion del Criador, la norma del legislador, bases de todas las leyes, las sábias leyes de Dios, no para un pueblo y para un tiempo, son para el globo... para la gran cadena de los siglos; para la humanidad entera son; pues son el alma de su gigantesco plan.

Todo es hasta aquí innegable, bien; solo en su naturaleza trae el hombre sus derechos; no hay un infante que venga dotado con un solo derecho más que otro: de padre y madre ligados en *matrimonio*, es plan de Dios que todo hombre se presente en la escena de la vida; todo hijo nace sujeto á sus padres, pero exclusivamente á ellos; los padres, pues, son las *primeras* personas y *únicas* á quienes Dios inviste de autoridad dándoles súbditos; despues de investir al padre del poder que por la naturaleza le hace inherente á su paternidad, la naturaleza no inviste ni á *él* ni á *nadie* de nueva potestad; y de otro modo que por el sencillo, profundo y general de la naturaleza, ni á él ni á nadie la concede Dios *jamás*. De todos estos asertos probadme la falsedad de solo uno, y retiraré mi teoría; mientras no lo hagais, que no lo hareis, debo llevarla á su término.

El poder no puede proceder sino de Dios; Dios, de ningun modo extrínseco, lo concede á nadie; en la naturaleza solamente lo deposita y lo concede; y por naturaleza exclusivamente lo concede al padre; *hablando* en la naturaleza constituye esos reyes de familia, cuya frente ciñe de soberanía el dia mismo en que le presenta el primer súbdito en quien mostrarse soberano.

Patente ya hasta la evidencia que Dios no ha concedido en la tierra más autoridad que la paterna, hasta la evidencia queda patente tambien que la *suma* de potestades paternas, prorogadas por los padres en cantidad necesaria para hacer de la vida de familia la vida á la vez social, esa es la única legitima potestad suprema de un Estado. Y aquella persona ó colectividad en cuyas manos el depósito se hizo; tácito fuese ó bien expreso (pero espontánea y libremente), de esas parciales potesta-

des que convergiendo en ella recibe y conserva concentrado, aquella es el padre central, el poder supremo, el soberano.

Toda es potestad paterna la soberanía de un Estado; un padre central precisa y exclusivamente el gran poder ó el soberano; véase ahora si el tipo del Poder Supremo es bien marcado; y si es propio, peculiar, inherente á ese carácter, que proceda siempre como procede el padre, un soberano cuya soberanía no es sinó poder de padres; cuya figura personal es la representacion de padres; y cuando el mismo Dios que queda mirando hasta el pensamiento más oculto de su frente, infinitamente más alto sobre él, que el soberano sobre la frente del pastor, desde el pastor hasta el rey, ejerce su autoridad sobre nosotros, desde la cuna hasta el sepulcro, como *padre*.

¿Con qué podrán los padres depositar y retirar su potestad á su arbitrio? ¡Oh! Meditadamente me he abstenido de consignar ese aserto; solo os diré, en vez de un tratado nuevo que deje mi teoría completada, que la parcial soberanía no la concedió Dios á cada padre para jugar con ese don, y el haberlo concedido solo á ellos, tendrá por fundamento acaso el que los padres de familia no suelen experimentar inclinacion á ningun juego: si es *peligroso*, mucho ménos.

IV.

Y en las leyes inmutables de la naturaleza racional ¿se encuentra ó no determinada la *forma* de gobierno á que los hombres deban someterse como mejor y más sábia?

Ageno este modestísimo trabajo á toda tendencia política, y más ageno todavía á todo, todo, lo que en ese terreno se puede llamar de actualidad, no penseis que voy yo á dejar planteado cuál es el tipo ó forma preferenté, ni áun en tésis general, mucho ménos para España, infinitamente ménos en los momentos críticos de hoy. Seria desfigurar, seria quitarle todo el valor á mi intencion.

Que á un hombre, ó muchos, se llame en un pueblo su Poder Supremo; que á esa persona ó colectividad de ellos se ponga un límite, se adapte á su unidad un lazo; que se ciña, en fin, ese poder con todas las modificaciones de la más ingeniosa teoría de gobierno; una verdad quedará siempre inflexible:—el Poder Supremo es el complejo de la autoridad paterna; individual ó colectivamente, un gran padre y nada más, es la personificacion de ese poder.—No es poesía, ni ficcion, ni fanatis-

des que convergiendo en ella recibe y conserva concentrado, aquella es el padre central, el poder supremo, el soberano.

Toda es potestad paterna la soberanía de un Estado; un padre central precisa y exclusivamente el gran poder ó el soberano; véase ahora si el tipo del Poder Supremo es bien marcado; y si es propio, peculiar, inherente á ese carácter, que proceda siempre como procede el padre, un soberano cuya soberanía no es sinó poder de padres; cuya figura personal es la representacion de padres; y cuando el mismo Dios que queda mirando hasta el pensamiento más oculto de su frente, infinitamente más alto sobre él, que el soberano sobre la frente del pastor, desde el pastor hasta el rey, ejerce su autoridad sobre nosotros, desde la cuna hasta el sepulcro, como *padre*.

¿Con qué podrán los padres depositar y retirar su potestad á su arbitrio? ¡Oh! Meditadamente me he abstenido de consignar ese aserto; solo os diré, en vez de un tratado nuevo que deje mi teoría completada, que la parcial soberanía no la concedió Dios á cada padre para jugar con ese don, y el haberlo concedido solo á ellos, tendrá por fundamento acaso el que los padres de familia no suelen experimentar inclinacion á ningun juego: si es *peligroso*, mucho ménos.

IV.

Y en las leyes inmutables de la naturaleza racional ¿se encuentra ó no determinada la *forma* de gobierno á que los hombres deban someterse como mejor y más sábia?

Ageno este modestísimo trabajo á toda tendencia política, y más ageno todavía á todo, todo, lo que en ese terreno se puede llamar de actualidad, no penseis que voy yo á dejar planteado cuál es el tipo ó forma preferente, ni aún en tésis general, mucho ménos para España, infinitamente ménos en los momentos críticos de hoy. Seria desfigurar, seria quitarle todo el valor á mi intencion.

Que á un hombre, ó muchos, se llame en un pueblo su Poder Supremo; que á esa persona ó colectividad de ellos se ponga un límite, se adapte á su unidad un lazo; que se ciña, en fin, ese poder con todas las modificaciones de la más ingeniosa teoría de gobierno; una verdad quedará siempre inflexible:—el Poder Supremo es el complejo de la autoridad paterna; individual ó colectivamente, un gran padre y nada más, es la personificacion de ese poder.—No es poesía, ni ficcion, ni fanatis-

mo; es una verdad demostrable y demostrada que, asiento donde descansan muchas más en la gran ciencia social, puede llamarse *principio*. Mientras que su falsedad no se demuestre, podrá ser desdeñado en una plumada irreflexiva, que en vez de probar profundidad, probará lo que le favorezca mucho ménos: podrá asimismo en la práctica no ser la pauta de ningun gobierno, pero él quedará siempre por encima de todas las traiciones que pueden hacer los hombres á los principios más patentes presentados á sus ojos.

Un paso más á la cuestion. La accion de la suprema autoridad, lo mismo que de las subalternas que delega, tiene que ser directa para ser certera, certera para eficaz. De sus aciertos hay que suponerle preparado un premio, compensacion proporcionada de los aciertos obtenidos, estímulo de otros nuevos; y no hay más premio posible á los desvelos y martirio prolongado del hombre en legítimo poder, que la satisfaccion del corazon. Del infortunio de sus súbditos por apatía, ineptitud ó no recta intencion, si esto cupiese, tiene que haber una responsabilidad de idénticas proporciones; castigo del mal traído, prevencion de males ulteriores que no se harán esperar, y, en ambos casos, leccion para instruir al gobierno de presente, ó incapacitado ya, para que al advenimiento de otro nuevo se dé por aleccionado. Sí, responsabilidad: sin esas puertas de ingenioso escape, sin esas trampas de tramoya en que áun hundiéndose todos no hay uno solo con lesion, llegando hasta persuadirse que la justicia divina queda igualmente eludida y satisfecha, suponiendo, como es fuerza suponer, que son hombres de gobierno, que les impone y la créen.

Aquella forma de gobierno, pues, en que con más naturalidad se personifique ese poder; en que su accion pueda ser más eficaz; en que la satisfaccion de sus aciertos se comparta con menos, y la gratitud de los subordinados converja en foco más determinado y fijo; y aquella en que la responsabilidad recaiga entera concentrada, indeclinable, hasta hacer que el responsable se estremezca entre el peso de la justicia divina y la actitud imponente de los hombres; aquella es la forma de gobierno que le conviene al pueblo: aquella es la forma que Dios quiere. Y al afirmar que es la forma que conviene y Dios quiere, no es porque dejára de adolecer de mil achaques; sinó por ser la que vereis que tiene menos.

Dios coloca en cada familia un padre; padre hay que no le llena su mision cumplida; ¿buscareis por eso un hombre de mejores condiciones que ese padre? De mejores que uno le hallareis; ¿pero quién reemplaza á un padre, y en todo, ni áun á ese mismo entre sus hijos? Ninguno, no lo espereis; por algo Dios no escoje á un sábio ó á un santo; pone en cada grupo á un padre. Dios no ha mandado á los hombres que se gobiernen con determinada forma; las leyes de nuestra naturaleza la prescri-

ben. Nuestra naturaleza, lo sabeis, es un libro, ¡profundo libro! y de él sin dictarlo á nadie ni escribirlo, el mismo Dios es autor. Y como quien, obrando á ciencia cierta, contra lo que Dios tiene prescrito en la Biblia no puede conseguir su último fin; quien á ciencia cierta obre, y áun sin saberlo tambien, contra lo que la naturaleza enseña en determinado asunto, no conseguirá tampoco el fin para el qué en su lenguaje lo decia. Por eso yo advierto con fruicion que la lengua de la naturaleza es la única lengua que se conserva siempre viva, y la única lengua universal. Se aprende sin estudiar, la entienden todos, en todas las latitudes del globo se ensuentra aún en su pureza primitiva; por eso, de lo que al hombre le dice Dios en esa lengua, la ignorancia, que no cabe, no le escusa. ¿Contra la prescripcion de esa voz resuelve regirse un pueblo? Los conflictos, el mal estar general, los trastornos en lo social, en lo politico, en lo moral que vendrán de tras de esa *heregia* contra el derecho natural, son la protesta enérgica y solemne que hace la naturaleza de la violacion consumada porque se la hizo pasar.

Esas protestas se han repetido muchas veces; es muy estensa la tierra; han pasado muchos siglos; ¡en cuántos puntos, en cuántas ocasiones, ha sufrido protestando! ¡Cuántos volúmenes existen ya de esas actas de protesta! Y cada protesta fué un castigo; cada generacion que lo provoca nuevamente, primero se acredita de ignorante, y despues se suicida. Y, ¡ay del pueblo que llegue á inveterarse en el desbarro de que la naturaleza protestó! Si su yerro llega á infiltrarse en sus Códigos, en sus costumbres; formando ya tradicion é instituciones, ¡qué existencia tan contrahecha arrastrará esa sociedad! ¡y cuán pocas esperanzas deben quedarle jamás de verse reconstruida! Y sinó toda la sangre que las naciones han dejado derramar de las venas de sus hijos, fué por desoir el dictámen de la naturaleza; la causa de que en la historia de un pueblo la mayor parte de sus páginas estén escritas con sangre, sangre extranjera y de la pátria á veces, y á veces con sangre de la pátria sola; la causa que movió otras causas, la causa oculta esa fué.

V.

En asuntos científicos que se presentan por sí mismos con la claridad de la evidencia, se puede hablar la verdad sin recelos de inmodestia. Son muchas, pues, las cuestiones que quedan abordadas y resueltas, con lo que va consignado para trazar las dos teorías de hombre social y hom-

bre cristiano, arrancando de la escuela de familia. Los principios fundamentales en toda la ciencia social y religiosa, allí se encontrarán fijados con precision y en solidez inquebrantable.

Resta, sin embargo, por resolver un gran problema; llámole así, porque con ese nombre se le presenta de continuo en el estádio de la prensa: existe si, un gran problema, sobre cuya solucion se habla tanto, se ha escrito y se escribe con tan fecunda y encontrada variedad que no se diria si no que humanamente carece de solucion. ¡Y es tan vital y tan de actualidad esa cuestion!

El Estado y la Iglesia, ¿pueden y deben existir unidos, ó pueden y deben existir independientemente y separados? Que este asunto entraña una trascendencia como la vida y la muerte, no hay por qué detenerse á ponderarlo; pero si la solucion es importante, muchisimo más importa todavía que se afiance sobre principios que no se puedan recusar jamás; porque solo así la solucion se llamará irrecusable. Aspiremos, pues, á dejarla sentada en esas bases; para echarlas, hay que profundizar hasta aquel punto donde no se puede ya pasar.

Tomemos al hombre formado en su escuela prescrita por la ley de la naturaleza; pero formado solamente hasta el desarrollo de los tres instintos de su corazon, y, en ellos, el de toda la moral y religion del derecho natural. Él podrá vivir honestamente; él podrá no dañar jamás á nadie, y respetará su derecho á cada uno; atento á esos principios solos, aunque sábios, hombre social y nada más, siempre le acompañaria inseparablemente un respecto religioso; pero la reunion, la asociacion de hombres así no formarian nunca sino Estado. Los tres sentimientos radicales, el de respeto, de sumision y de amor más ó menos pronunciados, vagos ó concretos, intensos ó superficiales y ligeros, segun la índole peculiar de cada hombre, y las distintas fases de la edad, y las diferentes situaciones de la vida; formarian siempre un culto interno que el hombre no puede desentenderse jamás de tributar al Criador; porque va entrañado en lo más íntimo de su condicion: y este aserto, deducido del estudio de su naturaleza, el culto externo de todas las edades del mundo lo confirma. Eso veriamos que hubiera sentido y manifestado el primer hombre si la historia pudiera presentárnosle solo en la tierra sin haber escuchado otra leccion, otra palabra ni otra inspiracion que la de solo su interior.

Ya, pues, que eso no ha sido, y que ese primer hombre es, al contrario, el que más íntimamente fué tratado por Dios y con más dones enriquecido, cuales son los que constituyen nada menos la sobrenatural condicion original pérdida, dogma tristemente verdadero, consignado de órden del mismo Dios; ya que, vuelvo á decir, eso no ha sido, vemos en cambio que los pueblos alejados de ese otro pueblo escogido, depositario de las verdades reveladas, y de entre ellos aún los que menos vestigios

conservaban ya por tradicion, no hay uno solo que no tuviera y hoy no tenga su culto, su manifestacion de ese interior de cada hombre que se siente ligado con el cielo. Un culto errado, grosero, extravagante, malo, indigno, pero culto. Sus buenos sentimientos se han debilitado y pervertido; pero extinguirse no se registra en la historia.

Y siendo el hombre, áun social y nada más, necesariamente religioso; en su reunion que forme *tal sociedad*, ¿existirá ya un poder *distinto* del temporal? Absolutamente nó. Existiendo en cada hombre el sentimiento de la religion, de su dependencia al Criador, de su gratitud, y por tanto, verdadero comercio con el cielo; habria preces, sacrificios, ritos, y por lo mismo determinado lugar que llamarian sagrado. Habria tambien hombres dedicados al ejercicio de esas demostraciones del sentimiento íntimo de un pueblo, personificado en ellos, que llamarian sacerdotes, y aun dificilmente dejaria de reconocérseles algunas inmunidades. No existiria, sin embargo, motivo real de suponer á ninguno de esos hombres en calidad diferente de los otros, ni á su reunion, denominarla cuerpo aparte, ni menos poder *distinto* del poder que, en ese Estado, habria de ser único, cual lo es el puramente temporal.

En tal sociedad, en tal estado, la religion seria exclusivamente la que procede del órden natural; cada hombre estaria en el deber de ser sacerdote, en el sentido de presentar al Criador la manifestacion del sentimiento religioso que en su derecho, en su Código natural se entraña; si se designaban determinadas personas á ese objeto, fuese por advertir en ellas inclinacion más señalada, fuese por reputarlas en mejores condiciones de carácter personal, de hábitos más adecuados ó de costumbres más severas; jamás esa designacion las investiria de un carácter intrínseco, diferente del de los que las hubieran designado. Ninguna representacion peculiar de la Divinidad, podrian producir ó alegar esas personas, porque realmente no existia. Dios no habia hablado á nadie sinó en las prescripciones del derecho natural, y en esa ley, sin escepcion, todos los hombres son iguales. Será su voluntad, lo es, que el hombre que en su razon alcance más claridad en las verdades de su órden, las comunique y comparta con todos sus semejantes; porque en bien de ellos y no para motivo de orgullo le concedió ese don; pero *mision* en lo que mision significa, encargo concreto, encargo con derecho expreso en órden á él, con obligacion expresa en los demás, pudiendo presentar su credencial por los ojos, como en lo humano se presenta un testimonio irrecusable por lo patente en el hecho y lo legal en todo, teniendo que reconocer la autenticidad del documento, eso ni lo puede, ni tampoco lo pretende, no.

El sacerdocio en ese estado, pues, en primer lugar no puede llamarse asi; nada sagrado desempeña, ni hace nada sagrado, ni nada sagrado distribuye. No tiene más deber que el comun á cada hombre; ni hay doctrina superior á la razon que llevar al alma de sus conciudadanos, ni

el don de fé, por tanto, que adherido en caso á la palabra, anunciando esa doctrina pueda hacer del ciudadano un fiel, ni otro don alguno del cielo con que enriquecer al asociado. De todo esto nada existe para el pueblo, mientras que en él no se presente un hombre con delegacion de Dios. Entonces será *expresa, clara, irrecusable*. Ese hombre se llama sacerdote, ese lo es, ese es algo más que un ciudadano, á él le envian, quien le envia tiene de Dios la mision.

La reunion de los que tienen esa mision de enviar, y bajo la unidad de su cabeza, vicario del Salvador, esa es la Iglesia Docente, ese el Poder espiritual. Y ella y sus delegados tambien, tienen de derecho divino, y es de fé, un carácter peculiar, inextinguible, que los diferencia de todos los demás hombres de la sociedad; es un carácter sagrado, infinitamente más que la consagracion del rey.

El sacerdote del Estado en religion natural llámese, pues, un funcionario público y no más: sus prendas personales no pasan de esa vocacion particular que cada profesion y aun cada ofició reclaman; su aptitud, sus costumbres, todo se halla en igual caso; la idoneidad es inseparable de toda ocupacion que ha de quedar en habitual. Desde el sacerdote egipcio, antes ya de ser levantadas las pirámides, hasta el sacerdote que existe hoy mismo en la China, jamás han sido otra cosa que un funcionario público muy acatado. Por el contrario: el sacerdote de un Estado en religion cristiana es un ciudadano, sí, pero con una mision tan peculiar, que ningun otro ciudadano podrá ejercer, ó desempeñar jamás. Esa mision no es de derecho natural, no es la del funcionario público, no. Dios la dió á los Apóstoles, valiéndose de su palabra viva; con su palabra viva creó el sacerdocio, de viva voz estableció así la Iglesia, y al establecerla no hizo más que encargar perpétuamente esa mision.

Pero ¿y es verdad reconocida que ese sacerdocio fué creado y establecido, y organizada esa Iglesia? Sencilla empresa seria dejar probada irrecusablemente esa verdad fundamental; mas como para el no cristiano fuera estéril, como además en este asunto no es la discusion con él tratándose cual se trata de sociedades cristianas, y no habiendo cristiano, salvo el herege ó el apóstata, que pueda ni lo ponga en duda; en atencion á todo eso, en vez de probarlo, lo suponemos probado. En sociedad cristiana, pues, á distincion de sociedad en estado puramente natural, existe un poder *distinto* del temporal ó civil, un poder distinto y diferente, que es el poder espiritual.

Y dada ya la existencia de dos poderes en una misma sociedad, ¿no será conveniente y necesario separarlos de manera que sus depositarios respectivos vivan independientes entre sí, y la mision que desempeñan no se roce? Imposible. Ni los representantes de uno y otro poder tienen derecho á vivir independientes, esto es, emancipados los unos de los

otros, ni la mision que desempeñan puede dejar no áun solo de rozarse, si es que tiene que existir recíprocamente auxiliada, hermanada siempre, pero intacta siempre su línea de division de tal modo que no resulte jamás identificarse en una sola, ó desaparecer las dos. ¿El representante de la autoridad civil dejará de ser cristiano? ¿Cómo, pues, emancipado del depositario del poder espiritual? Un príncipe es el feligrés de un párroco, ilustre sí, pero párroco. Y el depositario del poder espiritual ¿cuándo se ha despojado de la calidad de ciudadano? Ese gran párroco es el súbdito del rey. Representantes de ambos poderes respectivamente, son tan diferentes uno y otro como lo son los poderes que les están confiados; pero á la vez están tan ligados entre sí, que su enlace no es asunto de *conveniencia* sola, es de imperiosa necesidad, imprescindible. Es union que, por su inflexible naturaleza misma, está ordenada; por naturaleza repugna la separacion, y lo que por esa ley no se puede separar, si se separa se destruye.

Veamos de lleno si su separacion cabe por el lado de la mision de esos poderes. Tomemos solamente la mision del poder espiritual; gánase tiempo y trabajo, y, esta examinada, basta. Si analizada esta sola aparece inseparable, examinadas las dos, lo serán por otras tantas razones ó dobladas. La mision del poder espiritual tiene dos fines; en último resumen consistió toda, primero: en procurar al hombre el perfeccionamiento de su condicion y su vivir digno y su dicha en cuanto cabe en la tierra; segundo: dispuesto y preparado así dejarle al morir colocado como en término en las riberas de la eternidad su último fin. No hay más ni menos; profesar el principio de que la mision espiritual es una cosa aérea, accidental á la vida humana y á la organizacion y vivir social, es no haber pensado seriamente, ni conocer sinó en la superficie lo que se lleva entre las manos; y honra muy poco, áun por el lado científico, al hombre reputado de profundo en ciencias sociales, juzgándole por el desembarazo y aparente maestria con que las anuda y las desata.

La mision del poder espiritual es toda práctica, es para el hombre, es en su bien, tiene que ejercerse sobre él, ella le ha de formar hombre para la vida en el tiempo y hombre en la eternidad. No es para el alma sola, nó; el alma sola no es el hombre, y para el hombre en toda su condicion y en todos los dias de su vida desde el albor de su razon. ¡Qué! Desde que lo presenta el Criador en la escena de este mundo, el primer dia comienzan á derramarse sobre su cabeza, mezcladas con las cristalinas gotas de su bautismo las gracias de esa mision. Todo ciudadano es, pues, cristiano; todo cristiano es ciudadano. ¿Habeis visto un solo hombre desarrollado y perfecto en las facultades de su alma y corazon sin ser cristiano? Yo no lo encuentro en la historia. ¿Sabeis que algun hombre consiguió sin ser cristiano en *profecía* siquiera el fin último para que fué criado? Rotundamente el dogma se lo niega. Si los resultados de la ac-

cion del poder espiritual son tan prácticos todos, y están tan íntimamente unidos con los de la accion del poder temporal, su auxiliadora y su hermana; divorciar la accion de ambos poderes es amputar en cada uno, como en raiz, sus resultados.

Queda demostrado, pues, que el poder civil, es un poder distinto esencialmente del poder espiritual, que su mision, cada una en su escala y en su distinto modo, es llevar al hombre á un mismo y doble fin, el fin en el mundo y el de la inmortalidad; que la accion de ambos poderes debe, por tanto, prestarse recíprocamente su apoyo en lugar de divorciarse, ni tampoco invadirse los terrenos, porque confundándose, en vez de llevar amparo una á la otra, sería llevar su destruccion. Sentados estos principios, bases inquebrantables sobre que debe descansar el grandioso edificio de la sociedad y de la religion, se presentan ya las dos últimas cuestiones íntimamente ligadas entre sí, cuya solucion, por separado, será el complemento á la solucion del gran problema de la independenciam de la Iglesia y del Estado.

Primera. ¿En qué consiste que los poderes temporal y espiritual se advierten tan de ordinario, debilitados é impotentes para la completa asecusion del fin á que por su condicion están llamados? Segunda. ¿Cuál es la solucion práctica para que esos dos poderes puedan llevar y lleven á la sociedad y á la religion, ó sea al ciudadano y al cristiano, al digno término á que por ambas calidades está el hombre destinado?

La causa de esa languidez, de esa habitual ineficacia que se advierte en el Poder temporal y espiritual, para conseguir ambos su fin en el grado apetecido, no pende exclusivamente, no, de su separacion sistemática ó antagonismo decidido. Demasiado claro es, en todo caso, que la accion de dos fuerzas por su naturaleza dispuestas á obrar siempre combinadas, obrando aisladamente una de otra ha de producir un medio resultado y nada más; y el mal efecto de la separacion de esas dos fuerzas ó poderes no consiste solo aún en su resultado negativo, consiste en que desde el momento en que la accion de un poder se desune y aísla de la accion del otro, se desvía y entra por sí solo y de su cuenta en lo exclusivo y peculiar de aquel; más breve, gasta su accion en *intrusarse*. Así la separacion de los poderes que por primer efecto los debilita á los dos, conduciendo además á la intrusion, concluye por confundirlos y dejarlos estériles en gran parte de su respectiva accion. Porque al sentirse confundidos por la patente invasion de sus derechos, la defensa surge, se complica, la lucha se exacerba en reivindicarse, á sí se gastan, se estenuan; y en lugar de apoyarse, se destruyen.

Mas la causa principal de que el poder civil y espiritual son impotentes, no pende de separacion de antagonismo que no siempre existe, no; y existe, sin embargo, la impotencia de su accion para su fin. Oculta hay una causa poderosa, y ella pende de que el súbdito no está

dispuesto, no está formado en la escuela única donde el súbdito debió formarse. Estrechemos la dificultad en la accion de solo el uno de los dos poderes. El apoyo, áun el más decidido, que el poder temporal puede prestar á las autoridades de la Iglesia, hoy por hoy, es impotente. ¿Esperais que el depositario de la autoridad civil mandando á ciudadanos que ni son ni pueden ya ser lo que debieran recaven de ellos lo que sus padres mismos no pueden hoy recavar? Y si bajo la presión forzada de un mandamiento civil entran en cáuce de moral cristiana, ¿qué satisfaccion os quedaria de ese Cristianismo á fuerza? El poder civil reconoce su impotencia propia, y de ahí esa actitud pasiva, esa indiferencia con que aparece casi siempre ante la autoridad espiritual que, no pudiendo tampoco ya otra cosa, indica, ruega ó intima un deber, que no puede negarle nunca ni le niega. Pero así la autoridad de la Iglesia en el ejercicio mismo de un derecho se hace enojosa á la autoridad civil; y esta á su vez si cediendo ú obrando espontáneamente usa del suyo, se hace odiosa. Mientras que la autoridad se ejerza sobre súbditos mal preparados, tendrá que lamentar esos efectos. ¿No es esta la triste situacion que hoy deploramos?

La autoridad del padre solamente prepara al ciudadano y al cristiano. Prepárense en esa escuela, es la única, solo así dejarán de ser esos poderes impotentes. Hay más que preparacion; es el principio y el término de la importante teoría de uno y otro poder. El padre es la primera autoridad temporal y espiritual á la vez en la familia. Con el primer carácter se desarrolla en toda ella la condicion racional; con el segundo le imprime la perfeccion, infiltrándole el espíritu del Cristianismo en el calor del hogar. La autoridad del poder temporal entra despues y continúa, no en encontrada direccion, sino ampliando la obra comenzada por el padre; su accion se despliega, eso sí, sobre reunion inmensa de familias, cuyos hijos ya se denominan ciudadanos. Del mismo modo el poder espiritual continúa y amplía la mision que el padre tuvo de cristianizar sus hijos, revestido, por supuesto, ese poder de un carácter propio suyo y peculiar. Prepárese la sociedad en la escuela de familia, defendida y fomentada ya con la intervencion de ambos poderes; despues vivan estos enlazados entre sí, y en recíproco auxilio y amparo uno del otro, y de impotentes para alcanzar su fin, su accion se hará bastante y eficaz. Para el primer problema de los dos parciales que completan el problema capital, no existe otra solucion.

Y dado que serán potentes con preparacion en el súbdito y recíproco apoyo en los poderes para que puedan éstos llevar y lleven al ciudadano y al cristiano al término feliz por ambas calidades destinado, ¿cuál será su modo *práctico* de obrar? Este es el segundo problema de los dos parciales. Reconocida queda y demostrada la teoría de la unidad de accion en ambas potestades. Jamás, sin embargo, se marcará bas-

tante cuán *fácil*, cuán *espuesto* es en la aplicacion de esos principios, al funcionar los poderes, la desavenencia y escision en sus representantes respectivos. Aquella línea de conducta que los aleje del peligro y dirija sus pasos para coincidir en un punto, donde la buena inteligencia y armonía completa se consolide y perpetúe; esa será la solucion del importantísimo problema. Es ya imperioso saber las bases sobre qué esa conducta práctica es indispensable que descansen.

Un *conocimiento cabal* de lo que la autoridad es en sí misma, es en sus representantes la primera condicion. Esas dos autoridades, esos dos representantes respectivos de la espiritual y temporal, imaginen de continuo ser una *sola* persona á quien formal y solemnemente *encarga* Dios la suerte, nada menos, la suerte temporal y eterna de su entrañable familia. Una sola persona he dicho, sí. La autoridad es una; Dios hubo de encargarla á *dos* personas; porque hay un carácter que no era conveniente estar, y quiso que no estuviese, en cuanto ley general, con el otro poder en una sola. Ese solemne encargo de hacer la dicha de la humanidad entera, entraña todo el pensamiento del Ser Supremo en orden á la misma humanidad, es el pensamiento, el alma de su inconmensurable plan. Ese encargo hace necesario una potestad en consonancia con su magnitud y su nobleza; y por eso no hace falta; un poder proporcionado al encargo inviste y acompaña á ese gigantesco pensamiento.

Esas dos personas presentan una otra, y se muestran de recíproca manera su respectiva credencial firmada por el mismo Dios; las léen, las reconocen; «uno es el encargo, dicen, nos lo confía simultáneamente á dos, tiene su respecto cada uno; cada uno lo intimaremos á su nombre, y en su representacion; su voluntad es una sola, sola una; pero quiere que la expresemos á los hombres por su lengua cada uno, entre dos.» No es la Reina de Inglaterra, no es el Czar de la gran Rusia, nó, el autócrata que sueñan; y, ¡cosa estupenda! existe un autócrata; verdadero y único autócrata lo es... Dios. El brillo de esa doble potestad, ángulo de luz divina, cuyo vértice se esconde entre sus dedos, se abre descendiendo hasta tocar dos solas frentes humanas que ennoblece é ilumina. Sea este el pensamiento fijo en todo representante del poder que emana de esos dos focos, y bien clara y bien patente la *identidad* de su mision sentirá la atraccion oculta de un imán que no le deja ni disociarse de la otra autoridad que á su vez es atraída, ni desviar su direccion y su mirada del norte que la suya propia le señala.

Conocimiento cabal de lo que la autoridad es en sí misma, es la primera; *abnegacion* profunda de sí mismo en el representante del poder, esa es la segunda base. No es esta una condicion aislada de la anterior; precisamente es una consecuencia necesaria: así, se prestan una á otra su fuerza las dos bases, se hermanan, se refunden como en una; en muy angosto compendio constituyen un solo cuerpo de doctrina, con la soli-

dez de la unidad y la precision y exactitud de miniatura. Fácil, por tanto, de abarcar, de retener, de ejecutar. Se habla en abstracto, se consigna en un papel; aquí no se enseña á esas personas de quienes se honraria mucho quien escribe, en aprender.

Abnegacion: no hay persona que lo ignore, que deje de espresar su conveniencia, y lo que es más, que constituido autoridad deje de hacerse la ilusion de que su línea de conducta se inspira en la abnegacion. Los conflictos, sin embargo, entre autoridad y autoridad, entre poder y poder, la historia los registra muy frecuentes; y en las altas esferas y en las bajas los ofrece á cada paso á nuestros ojos ese escenario de la vida, á que nosotros asistimos. Existe un antagonismo tan marcado, tan en relieve, entre autoridad y autoridad, tratándose de la temporal y espiritual, que á no tener bien comprendida la condicion, esto es, el origen, el objeto y el fin de cada una, hariase caer á muchos en el funesto error de que la mision de ambos poderes es por naturaleza incompatible. Dos hombres indiferentes entre sí, unidos acaso con lazos de afeccion particular, de la amistad bien cultivada, y áun del parentesco mismo, investidos por azar de la representacion de esa distinta autoridad, diríase que han cambiado de antecedentes y de carácter entre sí: ignórase qué fascinacion han padecido, pero la metamórfosis se experimenta, sus hechos la hacen palpable. Comenzarán apenas el ejercicio de su jurisdiccion respectiva, y no se hará esperar la ocasion del primer resentimiento personal; un choque vendrá después, y antes de mucho un antagonismo por sistema será el término: no dirán que es de personas, dirán, en caso, que es solo de autoridad á autoridad. Y el destello del poder divino, depositado en manos de pocos hombres para hacer la felicidad de todos, sufre la suerte y soporta la opinion de un elemento enemigo de su dicha. No: la culpa no está en la autoridad benéfica y santa, no; en sus representantes, allí está: su amor propio, su falta de abnegacion, esa es la culpa.

¿Son *personales* las prerogativas que el representante juzga lastimadas, ó son prerogativas de la misma *autoridad* que representa? No existen otros fueros que reclamar ó que creer vulnerados. Las prerogativas personales no deben entrar absolutamente para nada; el hombre desaparece bajo la investidura de la autoridad. Entonces se constituye en un instrumento del poder de Dios, á su nombre obra en bien de los subordinados, que lo son, no á su persona, que no es más que uno de ellos, si no á la autoridad que no es suya, que es Dios. La autoridad opuesta, pues, no puede herirle en prerogativa alguna personal, porque en el ejercicio de la jurisdiccion no existe ya su persona; lo que no existe no se dirá que es vulnerable, ménos aún que fué herido. De toda excision por resentimiento de prerogativa personal es responsable el amor propio; que si todo cristiano está en el deber de mortificar con te-

son, para evitar caídas que le lastimen á él solo, en el representante del poder la obligacion toca en su punto culminante para evitar un encuentro, de cuyas consecuencias, funestas para muchos, responderá por todos. En cuanto como ciudadano y nada más, se vea atacado en sus derechos personales, quédale entonces la misma accion que asiste á todo hombre; él vindicará, él será, pues, repuesto en su razon si le asistia; y el hombre, que bajo la autoridad desaparece, considerado como ciudadano lastimado, se verá reivindicado y protegido en la plenitud de sus derechos.

Visto que las prerogativas personales no pueden tener valor, porque quedan muertas; ¿estará obligado á la misma abnegacion en cuanto á aquellas de que precisamente la autoridad misma le inviste? Harto inverosímil é infrecuente á proporcion será que por ese lado una autoridad lastime á otra; podria aún entonces desapasionada y friamente escudarse del ataque, colocándose detrás de las prescripciones especiales para el caso; y aún en todo evento, antes que romper, antes que inutilizar así en gran parte la autoridad, puesta en sus manos en bien de los intereses generales, y convertirla además en instrumento perjudicial acaso, falta de calma por ventura, en pugna con el competidor que se supone, en todo evento, repito, seria su abnegacion entonces más noble aún y no menos fecunda en buenos resultados para el bien comun, que la abnegacion en las prerogativas rigurosamente personales.

¿Serán, pues, fueros inherentes á la autoridad considerada en sí misma, independientemente de la persona que la inviste, lo que deba motivar un rompimiento si otra autoridad los atacase? ¿Tambien entonces procede la abnegacion? Rotundamente procede. De la autoridad ó del poder, el representante tiene en bien de los súbditos el uso, no tiene la propiedad. Imaginen esos dos representantes, que son, ni más ni menos, que el padre y la madre, aunque en escala mayor, con el sagrado encargo de hacer de consuno el bien material y moral de la familia.

De tres maneras puede desmentir el uno de los consortes su delicada mision. El porte que en cada caso está obligado á observar el otro, cuya autoridad parcial parece herida, es el siguiente: Primero. ¿Vive en inaccion el uno, y en absoluta negligencia en nada ayuda su mision? Incítele adecuada y dignamente. Segundo. ¿Desplega su accion y obra, pero de modo indebido, inconducente, de suerte que en realidad no coopera? Adviértale que rectifique, que su accion tome otro rumbo, si es necesario, márquele el fin y désignele los medios; una intencion inspirada en caridad y sazónada en la prudencia, cura los males morales sin lastimar al paciente; es más, sin apercibirse acaso. Tercero. ¿Le invade ya atribuciones? Esto sí que puede llamarse herir lo más directa y positivamente que cabe á la otra autoridad. ¿Qué hará entonces? ¿Tambien abnegacion? Tambien.

Pero la abnegacion no pende siempre en callar; pende en no *resentirse* y no inspirarse para obrar en ese resentimiento; porque seria inspirarse en amor propio indebido, y ese es un consejero que al hombre le hace siempre traicion. Resentirse, ¿de qué? ¿era suya la autoridad que le invadió? ¿Ó es que se destruyó por eso? Suya no era; indestructible es en sí; «pero destruyó el buen uso.» Concedido. ¿Qué hará, pues, en este caso? Mientras pueda trabajar hábilmente, para que la otra retroceda, hágalo; está en deber de hacerlo así; eso arranca del imperioso deber de esforzarse en el *buen uso*, que es de lo que él responde y no de la autoridad. Pero tentados ya todos los medios, agotada la prudencia, temiendo más energía, llega un punto en que sin estallido ya no puede; ¿y entonces?

Entonces, desistiendo del empeño de que la otra se reporte, y replegándose dentro de sí misma; obre en su radiq cuanto á su cometido va inherente cual si existiera ella sola. Deje de contar con la cooperacion de una autoridad en declarado é irreconciliable antagonismo; en cuanto de modo positivo embarace, invadiendo su accion ó atribuciones, redoble su prevision y su pericia en prevenir el golpe y evitar el daño en cuanto de él dependa; pida entretanto á superior ó suprema autoridad su amparo; y si fuese el Gobierno del Estado y no lo hiciera, ó fuera el mismo Gobierno el opresor de su jurisdicción, resígnese sin decaer y obre, determinadas formas respetadas, cual obrara juzgándose autoridad en aquellas sociedades primitivas en que el poder temporal se conservaba gentil. Para él, en ese caso, el poder supremo ó su representante delegado dejó por completo de existir. No existe su autoridad como amiga, ni como cooperadora de su accion, ni como defensa en el lance de sentirse comprimida; pero al mismo tiempo, tampoco existe como enemigo declarado, sin dejar de serlo y muy perjudicial, detrás del bastion de meras apariencias y estériles formas oficiales.

Siendo un don de Dios la autoridad, y pensamiento suyo la dicha que en esta vida y en la otra ha de ver el hombre realizada exclusivamente por su medio; siendo á la vez tan espuesto y peligroso un desequilibrio y estrepitoso rompimiento entre los representantes de esa misma autoridad; pendiendo de su recíproco concurso todo entero el importantísimo fin que les ha confiado el mismo Dios; una solucion, un medio práctico tenia que existir para cerrar é impedir toda eventualidad de ese funestísimo divorcio. Y queda patentemente demostrado, y no en mero aserto desnudo y movedizo sin raiz de conviccion, que la única línea de conducta para no malograr con la discordia la salvadora mision que el poder temporal y espiritual están llamados á ejercer y completar de consuno sobre toda la sociedad cristiana, se cifra en la *abnegacion*.

Ese aire de dignidad de que el mismo poder inviste al hombre; ese valor inseparable de las almas levantadas que viven solo en la verdad y

en ella, se inspiran y la juran, y esa noble dulzura de carácter que un corazón empapado en el amor á su Dios y á todos sus semejantes le hace simpático ante todos, y excita el respeto aún de quien querría verle caído del pedestal; prendas son y garantía que alejan por su parte la ocasión del rompimiento. Y cuando ella misma, la ocasión, se presentase de la parte opuesta en la audaz actitud del agresor; esas prendas son las únicas que sabrían consumir el cruento sacrificio de amor propio, antes que comprometer la felicidad del ciudadano y del cristiano. El hombre de ese temple es invulnerable en sus prerogativas personales, porque no existen para él; lo es en las que su autoridad le preste, porque olvida que las tiene; lo es en la autoridad de que se vé investido, porque no le edentifica equivocadamente á su persona.

Es, en fin, invulnerable hasta en su uso, hasta en su uso, sí, donde precisamente podría recibir golpe certero; porque mientras él aliente, inseparable su existencia del recto ejercicio de su autoridad, jamás dejará de hacer con él el bien que pueda. Abrevado de amarguras que devorará en silencio, podrá suceder que su mortificada existencia se prolongue; pero con la resignación dentro del pecho, amparando con una mano los golpes del agresor y repartiendo con la otra, amante padre á sus hijos, los tesoros de su autoridad, en esa actitud le sorprenderá la muerte.

Así protege el Criador á la familia bajo la autoridad paterna, con el instinto de perder hasta su vida antes que ver en esposición la de sus hijos. Así protege y vela sobre la humanidad entera formada en ese plantel, confiándola á sus delegados que, tendiendo su mirada á lo que los padres no podían, sin dejar por eso de respetar intactos derechos que Dios les dió y Dios les conserva con sus goces y sus deberes inherentes, hacen en vida social en lo civil y lo cristiano, lo que sus padres hicieron en la vida de familia. Armoniza la voluntad de padre y madre para formar doméstica autoridad sobre sus hijos. Familias con familias una para formar sociedad; y para crear sobre ella representantes de autoridad temporal y religiosa que la dirijan y perfeccionen y protejan, dá prendas adecuadas y vocación peculiar en su peculiar misión. ¿Nace acaso el cuerpo solo? ¿Sola el alma? Con ambos elementos en prodigioso consorcio presenta el Criador formado el niño.

Por eso el Estado y la Iglesia nacen juntos en cada infante que nace, y es sellado con el carácter del bautismo. Esa marca que no se borra jamás acompaña siempre al niño en el seno de familia, y en seno de sociedad; conjunto de esos niños, y no más es el Estado y la Iglesia. ¡Y quererles interponer un valladar! No está más profundamente destinado por Dios el pensamiento para desenvolver en toda la humanidad el precioso don de la palabra; y el don de la palabra sensible y como palpable para desenvolver el mismo pensamiento, que lo está la Iglesia

para los fines del Estado, y el Estado lo está para los fines de la Iglesia:

Y ese íntimo enlace arranca del enlace del padre y de la madre indisoluble por naturaleza precisamente por su fin. Porque sustentó y esmero y educacion de sus hijos reclaman imperiosamente á padre y madre, por eso lo ha encomendado, no á uno, quedando el otro en libertad, sino á todos y solos los dos consortes. Solamente el publicista que profese la disolubilidad del vínculo en el matrimonio puede proclamar libre la Iglesia y el Estado libre. ¡Ah! ¡Qué profundos, qué escondidos están siempre los cimientos de los grandes edificios! Tómese el hombre la pena de penetrar profundizando hasta el sótano, y allí en un recinto que ignoraba, allí verá de donde arrancan robustos en tosca solidez los pilares donde su inmensa mole se descansa. Solo un ministro, un consejero protestante, para quien del vínculo del matrimonio se desligan dos cónyuges por sola su voluntad, es quien inspira á los reyes en esa Europa vacilante, la errónea funesta teoria de Iglesia y Estado *emancipados y libres*. Entonces la Iglesia libre, es siempre la Iglesia esclava.

Pero aunque la Iglesia libre en lo que suena, que equivale á Iglesia sola, no dejará por eso de hacer mucho, desplegando su accion espiritual con actividad creciente y celo; se encuentra, sin embargo, en el idéntico caso de la madre abandonada del consorte en los cuidados y educacion de los hijos. Ella redoblará, sí, sus desvelos, el amor es ingenioso, su autoridad es seductora; pero ¡oh! lances se le presentarán terribles en que, reconociéndose ella misma insuficiente, agotados sus recursos, perdida toda esperanza... lamentará diciendo: «Por algo me ha dado Dios un consorte que me ayude, que imponga al hijo insensible, al ingrato, al discolo, al rebelde, al parricida; él dice que atenderá á su vez á la suerte de sus hijos; pero es lo cierto que no secunda mis miras, ni me escucha, ni me ampara, ni le veo.»

Despedazada la autoridad paterna en la disociacion de los consortes, la vida de familia, girando fuera del plan, es incompleta. Y solo el protestante, que profesa ese principio en religion, sostiene en ciencia social, y la practica, que el poder temporal de una nacion cristiana, y con él los ciudadanos todos, pueden y deben existir emancipados del Vicario de Jesucristo en la tierra. El verdadero cristiano, que no es otra cosa ser católico, levanta sobre el firme estribo del vínculo indisoluble la gran columna del monumento social; y como la autoridad civil es la continuacion de la paterna ¡y nada más, y la espiritual tambien, aunque con un carácter peculiar y personificada en solo un hombre para todo el globo, de ahí que cada monarca ó cada poder supremo, personificacion de aquella temporal, estrechando su mano con la mano del Pontífice Sumo, diseñan de sòlio á sòlio el *iris* de alianza de toda la cristiandad, debajo del cual, pasando constantemente en lazos de familia y de autoridad paterna, cumple en la tierra su mision de ciudadano y

cristiano bajo la del Pontífice y del Rey. Verdadero plan, no existe otro; en el de Dios este es la cima.

LA ÚLTIMA PALABRA.

Demostrado queda ya que en ninguno de los Estados no cristianos existe, ni es posible la existencia de otro poder sino el civil: solo con reconocer que en una sociedad existe á la vez otro poder, se ha reconocido irrecusablemente ya que la religion de esa misma sociedad es verdadera, es la única, quedando calificadas de falsas las demás. Porque poder no hay espiritual en religion sin Iglesia, y no habiendo más Iglesia que la que Dios-Hombre estableció, y de la que su Vicario es siempre el centro; en aquellas naciones que, aun llamándose su religion cristiana, es religion sin Iglesia por no vivir de la vida de su centro, en tales religiones, *conste*, no existe sino un poder; el espiritual no existe.

Por eso; el Gobierno que, reconociendo *dos poderes* no se sienta en decidida resolucion de hacer cuanto queda demostrado que por la índole de su mision tiene que hacer de consuno con el poder de la Iglesia, para cumplir entrambos su deber encaminado á su gran fin; se vé en la indeclinable precision de confesar que á esa parte de la Iglesia, que hace católico su Estado, quiera hacerla protestante ó cismática á lo menos.

La Iglesia, si no es protegida y amparada por el poder civil, como esencial obligacion de intrínseco cometido temporal, tiene que pasar de abandonada á esclava; libre nunca, esté bien seguro el mismo poder civil que lo promete, libre esa Iglesia no será. Esto no es nuevo en el mundo; ese fué siempre el camino del cisma y la apostasia. El gobierno temporal que tuviese bastante virtud para dejar libre la accion de la Iglesia despues que la retiró su proteccion, no le hubiera faltado la bastante para ampararla y protegerla por riguroso deber de su mision; y deber de no convertir en estragos el combinado plan de Dios que al Estado y á la Iglesia dotó de respectivo poder, poder distinto, poder propio y peculiar en los dos.

Y como faltando al primer deber, al abandonar la Iglesia en cuanto carga, porque le exige atenciones, faltará al segundo, cayendo en la tentacion de absorberla en cuanto útil; por eso en pena, por la misma fuerza de las cosas, al tomar en sus manos un poder espiritual que reconoce solamente para hacerle suyo, ese poder desaparece. ¡Oh! No comprendia que al desgajar esa rama del árbol diez y nueve veces secular que cobija debajo de su copa al mundo entero, esa rama frondosa quedaria seca al contacto de su mano. Esto, reconociendo dos poderes.

Ó el Gobierno reconoce un poder *solo*, y entonces tiene que concluir

por afirmar abierta y patentemente, no viendo él otro poder fuera del suyo temporal, no solo que no es católico ó verdadero cristiano, sino que el cristianismo no existe. El principio es sin réplica, la deducción ineludible. Hombres de grande corazón han cometido los más grandes desaciertos. Vendados los ojos, sin advertir la venda, su gran empuje los ha llevado al precipicio; más para quien las verdades son tan patentes á la vista, la buena fé en el error ya no es posible. Ya el error en el hombre de gobierno no le escuda, ni la buena fé ya salva.

Poder supremo que no se hermana con el poder de la Iglesia: gobierno civil que reusa amparar al gobierno espiritual, tenga el bastante valor para decir á la faz del mundo entero que el Cristianismo, la mision siempre viva de la restauracion del mismo mundo es, ni más ni menos, una fábula. Esto tiene que abrazar como gobierno.

Hombre de Estado; en tu misma ciencia vengo tambien á buscarte ahora hasta como padre ó como hijo de familia, viendo en tí solo tu alma. ¿Te digo lo que eres tú? Ó admites un poder solo, ó dos poderes. Si dos poderes, católico; si un poder solo, gentil. Ser protestante, sin serlo ya de buena fé, no solo es no ser cristiano, es llevar la frente marcada con un *estigma* que al gentil mismo no envilece.

RESÚMEN.

El Criador enseña al hombre á darle el tributo de respeto, enseñándole á respetar á sus padres, enséñale á obedecerles para obtener su obediencia y para obtener su amor, á amarles. En el hogar doméstico, en ese primer templo para el corazón del niño es una necesidad el respetar, fácil el obedecer, irresistible el amar. ¡Qué medio tan ingenioso! ¡Qué natural en el modo! ¡Qué elevacion en su designio y su fin! Ellos lo ignoran, y en su alma se encierra ya la moral, la religion. Para el niño se oculta en sus padres Dios, y solo con ir cediendo un dia y otro dia á una inclinacion que les es grata, sin haber aprendido nada con trabajo, saben, comprenden, practican en el fondo la doctrina entera de aquel gran Libro de los sábios, que en su condicion grabó en compendio el Criador. El niño es ya el hombre para el padre, y el hombre para el Criador. De estos dos asertos, una vez ya demostrados, habeis visto cómo se levantan dos grandes, dos importantes teorías: la del hombre en calidad de ser social, y la del hombre en calidad de ser cristiano. Tambien habeis observado en esa escuela el único tipo donde se forma la interesante figura del hombre en autoridad. Por último, de esas dos teorías erigidas sobre la condicion misma del hombre que nunca las dejará desplomarse,

siendo base, como es, que no se puede remover ni falsear, de esas dos teorías que conspiran á un término, á un idéntico fin, como mitades de un arco, que reunidas, lo completan y lo cierran; de ellas juntamente con el tipo de toda autoridad, símbolo de su enlace y de su término, habéis visto que se levanta planteado y resuelto el gran problema del aislamiento ó mancomunidad del Estado y de la Iglesia: último cuerpo, el más esbelto y elevado del magestuoso monumento de la gran ciencia social, que teniendo por asiento ó área la circunferencia de la tierra, se ostenta en su remate coronado con la cruz.

¡Adios, queridísimo lector, adios! Mi pensamiento ha concluido: la dulce religion del Salvador estaba escondida toda entera en el corazón del niño; y en todas las fases de la vida y de la eternidad, desde los encantos de la cuna, á súbditos y gobernantes, esa religion del corazón humano ofrece pauta segura, única pauta, sacando al hombre siempre airoso por la tierra y para el cielo.

Cónstame que no es la verdad, ni el verdadero bien lo que se busca, y que no se buscará. Pero se aspira á la dicha y alguna vez y por alguna será hallada en la verdad. Un día llegará, á lo menos, en que se haga justicia á la intencion de quien os la está diciendo ahora. Entre tanto, pensad que os ama mucho, muchísimo os ama, quien os habla. Voy á deciros quien és.

En silencioso cementerio, bajo la copa de unos sáuces existe abierta una estrecha sepultura; dentro de ella puesto de pié un hombre, apoyando sus codos sobre el borde, siente que todas sus ideas y escasos conocimientos pasan por su alma y desaparecen.... cual formas trazadas sobre el aliento que se enjuga huyendo veloz en un cristal. Un solo pensamiento no se borra; en esa actitud toma un trozo de papel, consigna el pensamiento; se reclina y queda tendido en el sepulcro.

Lo que el hombre más insignificante os diga en esa tribuna, no lo despreciéis jamás.

FÉ DE ERRATAS.



<i>Página.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice:</i>	<i>Léase.</i>
7	7	actitud	aptitud.
7	10	anticipadamente	anticipada muerte.
9	7	en qué	que en qué.
9	10	nuestro	vuestro.
11	15	y á	ya.
13	14	ante	antes.
15	1. ^a	magestuosa	afectuosa.
17	2	irremisiblemente	irresistiblemente.
17	43	existiere	existiera.
22	42	indecible	invisible.
34	38	transpariencia	trasparencia.
37	4	aunque	aún.
44	34	la	le.
45	3	nuestra	muestra.
45	28	fundados	fundado.
50	6	se	le.
55	24	amado	amada.
55	40	privilegio	prestigio.
60	7	dintél	umbral.
69	21	se despiden	quedan.
70	36	torbo	es torbo.
74	8	regocija	recoja.
77	18	su asilo	ese asilo.
77	18	halla	hallan.
84	14	le	la.
86	23	para el	del.
94	17	punto	punto de.